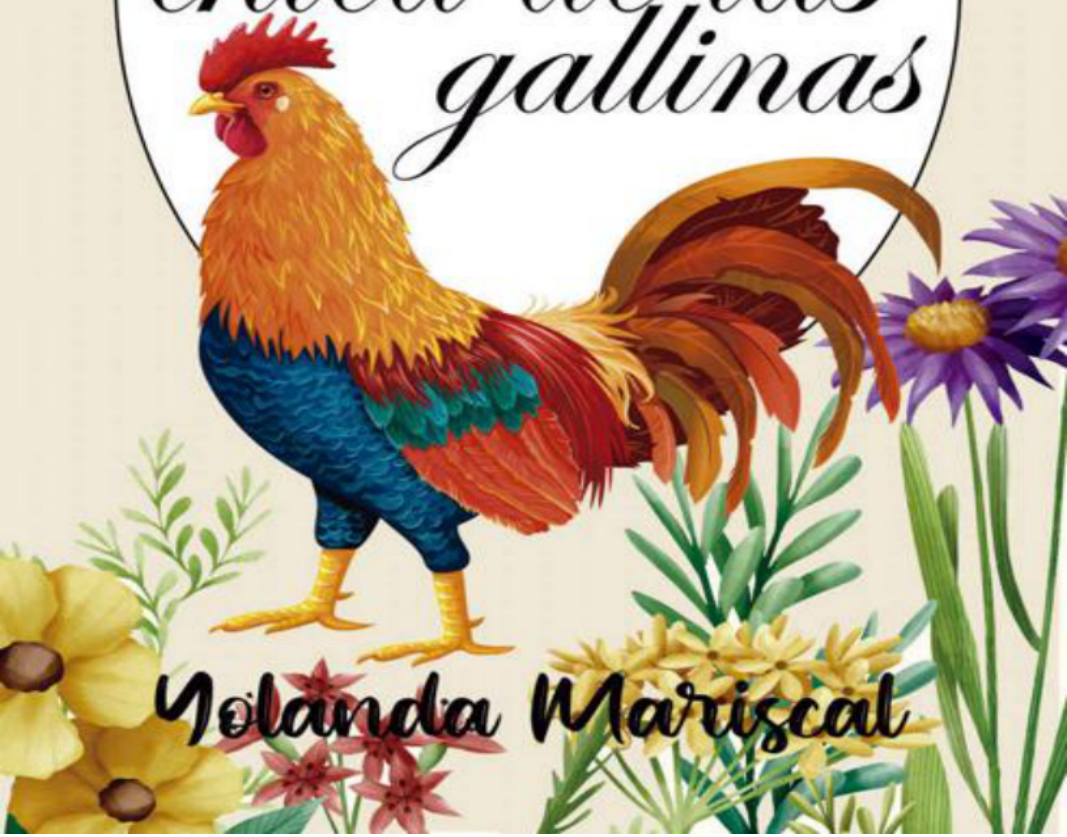
Cómo me enamoré de la chica de las gallinas



Yolanda Mariscal

Sinopsis

Nunca se comen demasiados huevos cuando eso te lleva hasta la mujer que te gusta.

Andrea es joven, quizá demasiado, vive en Barcelona, es auxiliar de enfermería en paro y una chica curiosa a la que le gusta fantasear y divertirse con sus peculiares amigas.

Erika tiene sus añitos, quizá demasiados, se cuestiona constantemente todo mientras cuida a sus gallinas y vende huevos en una remota finca alejada de la gente que la tacha de «rarita».

Las vidas de estas dos mujeres tan distintas se cruzan cuando a Andrea le sonríe la suerte y consigue trabajo cuidando a Montserrat, una anciana de mal carácter que reside en un bonito y pequeño pueblo llamado Beget. Andrea tiene que a acostumbrarse a sus manías si quiere conservar el puesto, entre ellas hacer largas caminatas para comprar huevos siempre en el mismo sitio: donde la chica de las gallinas.

El chispazo que siente al ver a Erika es tan grande e inexplicable como sus ganas de que entre ellas pase algo, pero lo que aún no saben es que en su aventura por conocerse descubrirán la mayor historia de amor guardada bajo llave que jamás habían imaginado.

¿Qué ocurre cuando dos personas no están en el mismo punto?

¿Pueden las diferencias llegar a unirnos?

Y tú, ¿cómo te enamoraste de la chica de las gallinas?

Cómo me **enamoré** de la chica de las gallinas

Yolanda Mariscal

Derechos de autor © 2023 Yolanda Mariscal

Copyright © 2023 Yolanda Mariscal
Todos los derechos reservados

Diseño portada: Yolanda Mariscal
Maquetación: Yolanda Mariscal

Los personajes y eventos que aquí se presentan son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del autor.

Para José y Consuelo,
los mejores «agüelos» del mundo

Hay ladrones a los que no se castiga, pero que roban lo más preciado: el tiempo
MARLENE DIETRICH

1

Andrea

—Andrea, tenemos que recortar personal en la residencia y, como ya se te acaba el contrato, hemos decidido prescindir de ti. Eres una magnífica profesional, pero ahora mismo no podemos seguir contando contigo. Vamos a darte una carta de recomendación y con tus cualidades seguro que encuentras algo pronto y…

No seguí escuchando su discurso. Tres años trabajando como auxiliar de enfermería en ese centro de ancianos, dando todo lo mejor de mí y quedándome incluso más horas de las estipuladas por mi pura vocación de ayudar, para que en el momento en el que había que despedir a alguien decidieran que yo era la que se llevaba el premio gordo.

Fueron meses duros y demasiadas cosas que pagar.

Yo vivía en Barcelona y la situación de desempleo se me fue haciendo cuesta arriba. Después de un tiempo ya no podía hacer frente al abusivo precio del alquiler del diminuto piso donde residía. Plantearme volver a casa de mis padres no era una opción. Lara y Natalia, mis amigas, no pararon de animarme y me consiguieron varias entrevistas de trabajo tirando de contactos, pero no hubo suerte.

«Suerte», esa palabra con un significado tan importante: «Conjunto de sucesos o circunstancias que se consideran predeterminados para la vida de alguien». Es curioso que las circunstancias a veces puedan ser decisivas en nuestra vida, y eso es lo que pasó cuando ese periódico llegó a mí de casualidad mientras me bebía un café malo en un bar del centro. Ahí estaba, doblado justo por la página que mostraba el texto que me salvaría la vida, como si los astros se hubieran alineado para rescatarme del pozo.

> Se necesita auxiliar de enfermería en un pueblo de Gerona para cuidar a una persona mayor con problemas de salud. Deberá atenderla y ayudarla durante todo el día. Ofrecemos alojamiento en habitación propia con todos los gastos pagados y un salario de mil quinientos euros al mes.

Un puesto para el que yo valía y con gastos pagados. Sí, un poco

lejos, pero eso no me suponía ningún inconveniente; así que, aún con el desayuno en la boca, marqué los seis números de un teléfono que esperaba que me cambiara la mala racha que arrastraba. Fue en la barra de aquel establecimiento donde una persona tan imaginativa como yo empezó a soñar con un giro en su vida.

—Hola, me llamo Andrea y he visto su anuncio. Tengo experiencia y formación y me gustaría poder optar al puesto que ofrece. Bueno, si usted lo cree oportuno, claro —dije nada más que me descolgaron el teléfono al otro lado de la línea. Estaba nerviosa, como tantas otras veces en las que me había puesto en contacto con alguna empresa buscando mi «suerte», pero en ese momento tenía la intuición de que iba a ser diferente y ese cosquilleo hizo que mi voz temblara más de la cuenta.

—Hola, soy Ferrer. Iré al grano. —Su tono sonó fuerte y con un marcado acento—. Busco a una persona para que pueda encargarse de mi madre. Vive sola en un pueblo pegado a los Pirineos, es muy mayor y se niega a irse de su casa de toda la vida. Yo lo que necesito es una persona interna, que pueda estar a su lado a cualquier hora del día, ¿entiendes? Es una mujer complicada y con carácter y si no le caes bien no aceptará tu presencia.

—Eso no es problema, podría vivir allí y me encanta el trato con las personas mayores. Además, he trabajado en una residencia de ancianos y una de mis virtudes es la paciencia —contesté para venderme de la mejor forma posible.

—¿Tienes experiencia? Eso es estupendo. Yo vivo y trabajo en Gerona y me es imposible atenderla como necesita. No encuentro a nadie que quiera vivir allí, en Beget, y cuidar de ella. Además, ya he tenido que despedir a varias personas porque no le gustaban. Empiezo a estar desesperado. —Hubo un silencio—. ¿Estarías dispuesta a venir para conocernos y ver qué tal te desenvuelves con ella?

¿Dispuesta? Estaba más que dispuesta, me hubiera teletransportado si hubiera podido. ¿Una persona complicada y con carácter? Lo que mejor se me daba. ¿Un pueblo del que nunca había oído hablar en mi vida? Me pareció genial. Todo era perfecto con tal de estar activa, ganar dinero y pagar las deudas acumuladas.

Ese mismo día cogí una pequeña mochila y conduje durante dos horas y media. Una carretera de curvas imposibles me llevó hasta una localidad donde, según me había estado informando antes de salir de casa, vivían menos de treinta personas. El serpenteante camino me tuvo en alerta por un buen rato y cuando al fin llegué me quedé sorprendida. Era un sitio precioso, no había duda, pero pequeño, muy pequeño, y con una tranquilidad que resultaba apabullante, como si el tiempo se hubiera congelado en aquella zona remota de la montaña.

Beget era uno de esos sitios donde te vas los fines de semana a una casa rural con tu pareja para disfrutar de una chimenea y del canto del gallo a las seis de la mañana, pero no a vivir. Las calles empedradas y los puentes románicos marcaban un paisaje medieval digno de cualquier cuento. Tenía aire puro, calles limpias y un olor a leña que me recordaba que aún estábamos en abril en un pueblo enclavado entre montañas. Al ver todo aquello comprendí que a Ferrer le estuviera siendo tan complicado encontrar a una persona que quisiera dejar su vida para viajar atrás en el tiempo e instalarse en ese sitio tan despoblado. Sin duda, su desesperación por encontrar a la persona perfecta para cuidar a su madre iba a encajar bien con la mía por tener trabajo a toda costa. Además, no me importaba para nada dejar Barcelona por un tiempo, pensé que me vendría bien bajar las revoluciones de la gran ciudad.

Dejé el coche a la entrada del pueblo, era el único lugar habilitado para ello, y fui andando hasta la casa que Ferrer me había indicado por teléfono. Noté que se había sorprendido de forma positiva por mi iniciativa de vernos en ese mismo día. Además, al final de nuestra conversación telefónica su tono me había parecido mucho más relajado, por lo que esperaba que nuestro primer contacto fuera agradable. Cuando llegué no pude evitar sacar el móvil para hacer una foto a la preciosa casa de piedra y mandársela a mis amigas, Natalia y Lara, a las que informé de mi aventura antes de irme para que supieran que esa tarde no iba a quedar con ellas como habíamos planeado.

Andrea_
Ya he llegado, perras, pasadlo bien sin mí y no discutáis. Mirad que choza tan bonita.
(Foto de la casa)

Era una casa de dos plantas. Abajo se veía la puerta de entrada, una ventana repleta de macetas con preciosas flores de color rosado y musgo asomando por unas jardineras de piedra que había en el suelo. Arriba había dos balconcitos con puertas de madera por donde asomaban unos visillos blancos muy bien colocados. Me imaginé a una señora coqueta, detallista y amante de las plantas. En ese momento se abrió la puerta y apareció un hombre canoso de piel morena, figura desgarbada, ojeras pronunciadas y nariz prominente.

—¿Eres Andrea? —Su acento me resultó inconfundible.

—Sí, encantada. —Dudé, pero al final le di dos besos.

—Pasa, hace frío, me alegro de que hayas llegado bien, la carretera para venir hasta aquí da miedo. —Se retiró de la puerta invitándome a entrar.

—La verdad es que ahora entiendo por qué es un pueblo con tan

poca gente, aquí es difícil llegar vivo —bromeé, pero al momento supe que mi humor irónico no hacía gracia a Ferrer, un hombre demasiado serio, demasiado cansado quizá.

La casa era antigua por dentro, pero a la vez tenía un agradable olor a limón y todo estaba limpio y ordenado. Las paredes eran de piedra. Había dos sillones, un bonito aparador que ocupaba toda una pared, sobre el que reposaba una televisión de las antiguas, y una mesa camilla con tres sillas y enaguas de color granate. En las paredes había cuadros de motivos florales y una foto de Ferrer de cuando era pequeño. Se podía ver al fondo la cocina, antigua, de las de butano, y cestitas con frutas en una encimera. Era como haber entrado de repente en los años sesenta.

—Siéntate. Montserrat está durmiendo. Cuando despierte haremos las presentaciones y a ver qué tal os lleváis.

—Seguro que bien —contesté mientras tomaba asiento alrededor de la mesa.

—Es una mujer de primeras impresiones, si te ve y dice que no ya no hay vuelta a atrás. Me ha pasado ya con un joven y con tres mujeres que han venido, no duraron ni una hora en casa —dijo ante mi sorpresa de no ser la primera que se había presentado a ese puesto —. Tú pareces una chica sonriente, quizá le caigas bien.

Me puse nerviosa, me sudaban las manos y deslicé el abrigo por mis hombros hasta quitármelo. Estaba cortada, no sabía qué decir y, de repente, la puerta de aquel salón se abrió. Montserrat se había despertado.

—Mamá, te he dicho mil veces que no te levantes sola.

—¿Y cómo crees que me levanto siempre? ¿Acaso estás tú aquí para sacarme de la cama? Aún tengo piernas, hijo, aunque sean viejas y llenas de varices me funcionan.

—Buenos días, señora —le dije levantándome de la silla.

—Siéntate, niña, no soy la reina para que me recibas de pie. ¿Quién eres?

La señora tenía la piel pálida, el pelo blanco recogido en un moño y los ojos caídos, tristes y de un color azul muy claro. Su nariz era grande, como la de su hijo, y su cuerpo arrugado y encorvado. Los dedos de las manos eran como nudos a lo largo de su cuerpo. Respiraba con dificultad. Era una mujer muy mayor.

—Mamá, ella es Andrea y ha venido para ofrecerse a ser tu cuidadora. Por favor, sabes que yo no puedo estar aquí a diario y necesitas ayuda, sé un poco comprensiva con ella.

—Demonios, hijo, eres muy pesado.

La mujer se dirigió con dificultad a uno de los sillones y fui a prestarle mi ayuda para que se pudiera sentar. Aceptó mi mano, tomó asiento y se me quedó mirando a los ojos fijamente.

—Andrea viene desde Barcelona solo para conocerte. Va a pasar aquí el día y si os lleváis bien, y no la echas como a todos, se instalará para ayudarte.

Las palabras de Ferrer me sorprendieron y di por hecho de que a él sí que le había agradado en el poco rato de conversación que habíamos tenido. Sin duda, estaba desesperado por encontrar cuanto antes a una persona que se pudiera encargar de su madre. Todo dependía de que a la anciana yo le cayera bien.

—Andrea, ¿por qué quieres venir desde Barcelona a este aburrido pueblo para estar conmigo? ¿Acaso estás loca? Demonios, esta juventud no tiene nada que hacer con su vida. A tu edad yo me hubiera comido el mundo, si me hubieran dejado, claro —dijo Montserrat mientras intentaba sonarse la nariz. Me di cuenta de que el movimiento de los dedos de sus manos era limitado, seguramente por la acusada artritis que deformaba sus huesos.

—Me gusta mucho este pueblo, estoy cansada de la gran ciudad y me encantaría poder estar aquí y ayudarla en todo lo que necesite.

—Niña, a mí háblame de tú. Ya te he dicho que no soy la reina. ¿Estás sorda?

—Perdone. Mierda, no, perdón. Joder —dije con los nervios a flor de piel. La mirada de Montserrat me penetró como si me estuviera inyectando todo el dolor de su vida a través de sus tristes pupilas.

Ferrer me dio un codazo para que controlara mi lenguaje, pero Montserrat sonrió al oírme hablar así. Parecía disfrutar con el mal rato que estaba pasando. Menudo carácter retorcido que tenía aquella mujer.

—Así mejor. Naturalidad, niña, naturalidad. Pero no me creo que prefieras esto a estar con tus amigas saliendo al baile o a lo que sea que hagáis ahora los jóvenes. No me gustan las mentirosas.

—Mamá, por favor —suspiró Ferrer.

—No te preocupes —le dije en tono bajo al hombre para que no se sintiera mal por las palabras de su madre.

—Tampoco me gustan las que hablan a mis espaldas. Maldita niñata consentida —sentenció Montserrat.

—Por Dios. —Ferrer estaba agobiado.

—Montse, ¿te puedo llamar Montse? —Saqué fuerzas dirigiéndome a la señora—. Tu hijo está preocupado porque no te puedes quedar aquí sola sin ningún tipo de ayuda. Él tiene una vida y un trabajo en la ciudad que no puede dejar porque tú no quieras salir de esta casa. —Ferrer me miró asustado e hizo un gesto para que parase, pero yo continué—. Te está ofreciendo todos los medios para que puedas estar bien, en tu casa, y él quedarse más tranquilo. ¿Qué pasa si te caes? ¿Y si necesitas ayuda para cocinar o para comprar algo? Tienes las manos mal y te oigo respirar con dificultad, seguro que dentro de poco te

vendrá bien algo de oxígeno y eso no lo puedes hacer sola. No voy a perturbar tu vida ni a hacerte los días más complicados, al revés, solo pretendo ayudar.

—Mira, niña, vete. Mejor vive y no estés con esta vieja que amarga a todos. ¿Cuántos años tienes? Maldita sea. Eres una maleducada y no te quiero en este pueblo.

—Mamá, no, otra vez no.

—Tranquilo, Ferrer, si no quiere no se puede hacer nada. Tengo veinticinco años, señora. ¡Ah! Y para vivir necesito dinero. Y para eso necesito trabajar. Me quedé sin empleo y no puedo pagar mis facturas, ni el alquiler de mi piso, el cual tengo que dejar dentro de poco y me veré obligada a volver con mis padres, algo que puede hundirme aún más de lo que ya estoy. —Cada vez me iba enfadando más y fui a por el abrigo, pensaba que era una chica con paciencia, pero ese día me estaba fallando—. Me gusta esto porque es a lo que me dedico, pero también necesito dinero, claro, y tu hijo me ofrece gastos pagados, alojamiento y un buen sueldo. Con eso podría ahorrar para poder vivir. Porque me gustaría vivir, pero no me llueve el dinero del cielo.

En ese momento, se me resistió un poco la tarea de ponerme el abrigo y con los nervios metí el brazo por el agujero equivocado. Me lo volví a quitar y la manga del jersey se me arremangó hasta el codo. Di sin querer una patada a la silla y la tiré al suelo. Todo un cúmulo de actos patosos que me pusieron colorada como los tomates que la señora tenía en una mesa de la cocina. Estaba dispuesta a irme de allí por la misma carretera de curvas de infarto por la que había ido y acabar con tanta tontería. Ya apuraría cada céntimo que tenía en el banco para poder pagar el alquiler, o volvería a casa de mis padres para discutir a diario sobre lo mal que hacía esto o aquello, porque con ellos todo era un problema.

—Niña, espera —dijo Montserrat con voz firme.

Se me quedó mirando a la mano de forma fija, luego entornó los ojos y me hizo un repaso de arriba a abajo. Me di cuenta de que lo que estaba viendo era una pulsera con la bandera del arcoíris que compré en el orgullo LGTB celebrado en Madrid el año anterior. Al momento pensé que la señora me iba a soltar una de las suyas, porque a su edad y habiendo vivido toda su vida en un pueblo tan pequeño lo normal es que viera con extrañeza cualquier tendencia sexual que se saliera de lo establecido en su mente como «normal». También se me pasó por la cabeza que seguramente no supiera ni lo que significaban esos colores.

—Mamá, me estás abochornando. Si vas a insultarla de nuevo, mejor cállate.

—Niña, quédate, tienes agallas. Vamos a probar. Serás mi enfermera y cuidadora. En el piso de arriba está tu cuarto.

Ferrer y yo nos miramos sorprendidos.

2

Estaba en el piso de Barcelona guardando toda mi ropa y amontonando cosas que ya no necesitaría. Natalia y Lara iban a llevarse la televisión y algunos muebles que les venían bien para su casa. Ellas eran pareja, pareja tóxica, pero las adoraba.

—Vamos a echarte de menos y tú te vas a aburrir como una ostra. ¿Qué harás en ese pueblucho? —preguntó Natalia mientras anudaba el cable de una lámpara.

—Nat, tú siempre eres la mejor para dar ánimos. Ni caso, Andrea, vas a desconectar de esta agobiante ciudad y a respirar aire puro mientras ganas dinero y te pagan todos los gastos. A mí me gustaría ser tú.

—Si fueras ella no me tendrías a mí de novia.

—Pues, mira, lo mismo es lo que necesito.

—Tened la fiesta en paz, chicas, os voy a echar mucho de menos, pero solo estamos a dos horas. Podéis venir a verme cuando queráis; además, es un sitio bastante romántico y no os vendría mal un poco de amor y menos peleas —dije mientras abría los brazos para invitarlas a darnos un achuchón de despedida.

—Prometemos ir a verte. —Lara, que siempre fue la sensible de la pareja, me abrazó más fuerte.

Por la tarde me quedé sola, abrí una lata de cerveza que me quedaba en la nevera y me senté en el suelo del ya vacío piso para despedirme de aquello. Ahí había vivido muchas fiestas con mis amigas, muchos amores de una noche y varios romances intensos, todo concentrado en unos cuarenta metros cuadrados. Saqué del bolsillo un sobre que Ferrer me había entregado con todas las pautas para cuidar a su madre y lo repasé antes de marcharme. Había indicaciones con la medicación que tomaba, informes médicos que mostraban cierta insuficiencia respiratoria, problemas cardiovasculares y de articulaciones, lo que solía comer y, sobre todo, hacía hincapié en lo que no le gustaba: que la molestara en la hora de su novela favorita y que comprara los huevos en un sitio que no fuera donde ella me indicara. Era una mujer con manías y mejor adaptarse a ellas para no tener problemas. En mi horario como interna no tendría demasiado tiempo para mí, pero menos daba una piedra. Sonreí, me levanté y dejé las llaves del piso en la entrada tal y como me había dicho el casero. Cerré la puerta y fui bajando poco a poco todo lo que

me iba a llevar al coche. Tenía los típicos nervios de quien sale de la rutina para adentrarse en algo que no conoce. Empezaba una nueva etapa.

Conduje de nuevo hasta Beget, pero esta vez con el maletero lleno porque no sabía cuánto tiempo iba a quedarme allí. En principio, Ferrer me hizo un contrato de tres meses, pero que se renovaría en el caso de que todo fuera bien. A mí me pareció perfecto, tampoco tenía otra opción y después de ver el carácter de esa señora empecé a dudar de mi propio aguante en aquella casa o de si en cualquier momento me pondría de patitas en la calle.

Al llegar, llamé a la puerta y oí a Montse gritar desde el otro lado.

—Pasa y deja de hacer ruido —me dijo.

—Perdone.

—Que no me llames de usted, niña.

—Perdona, se me olvida. ¿Qué tal estás? Voy a subir mis maletas a la habitación.

—Vale, pero no me molestes que va a empezar la novela. En esta casa cuando está *La reina del sur* no se habla.

Empezábamos bien, la señora no era un ejemplo de amabilidad precisamente, así que supe que tendría que llevar mis niveles de paciencia hasta límites estratosféricos. Me fijé en que tenía una herida en la mano que no le había visto antes.

—¿Te has hecho daño? Hay que lavar esa herida, ahora traigo mi botiquín.

—No seas pesada, no es nada, intenté coger un vaso que estaba muy alto y estas putas manos que tengo no me valen para nada. Se me calló y me arañe un poco con un cristal, pero ya está. Esto cura solo. Déjame.

—Bueno, ahora vengo y te miro ese arañazo.

Subí poco a poco mis cosas a la planta de arriba. La anciana miraba la televisión mientras por el rabillo del ojo sentía cómo me observaba en los varios viajes que tuve que dar. Mi habitación era luminosa, con muebles rústicos y con tan solo un cuadro de una mujer pintada a óleo en la pared. Abrí las ventanas que daban a un pequeño balcón desde el que se veían unas vistas espectaculares de las montañas. Olía a hierva mojada y a flores frescas. Respiré profundo, cogí algodón y un poquito de alcohol y bajé a sentarme con Montserrat.

—¿Ya has acabado? No hagas mucho ruido.

—Déjame ver esa mano.

Me la enseñó con mala cara y pude tocar mejor los nudos de sus dedos casi retorcidos. Tenía un ligero rasguño sin importancia que le desinfecté mientras ella no quitaba ojo de la televisión y le eché una crema hidratante. Tenía la piel muy seca. Olía muy bien, a limón,

como toda la estancia, estaba perfectamente peinada con un moño y vestía una falda larga de color negro y un jersey de punto verde. Me sorprendió comprobar cómo, aun teniendo las manos tan mal, se apañaba tan bien para arreglarse. Mientras le daba los cuidados oportunos ella no me quitaba ojo.

—Pareces una chica atenta —dijo mirando sus manos.

—Lo soy. Me gusta mucho cuidar a los demás.

Sonreí y por un momento la dureza de su rostro se relajó.

—Tu pareja tiene que estar contenta, entonces.

—Si tuviera seguro, pero estoy soltera —contesté.

—Bueno, niña, ahora que ya has hecho lo que querías tienes que ir a la compra. Necesito huevos.

—Vale, iré al mercado.

—No. Tienes que ir donde la chica de las gallinas.

En ese momento me acordé de las indicaciones de Ferrer: «Compra los huevos donde ella te diga».

—Si subes por aquel camino acabarás encontrando un sendero de tierra. Métete por él y continúa hacia arriba. Cuando el campo se abra en dos bifurcaciones ve por la derecha y sigue subiendo hasta ver una casa con un terreno vallado. Dile a la chica que vienes de mi parte. Ella ya sabe todos los que me llevo. —Me señaló hacia la ventana y yo intenté imaginar el camino que decía.

¿Todo eso para comprar unos huevos? Joder, ya podían ser de oro, pero cualquiera le llevaba la contraria. No esperaba hacer una excursión en mi primer día de trabajo, pero, como quería darle buena impresión a Montserrat, hice lo que me dijo sin rechistar.

El camino estaba embarrado por las lluvias que habían caído en los días anteriores. No había nada, tan solo me crucé con alguna cabra que debía de estar perdida buscando la puñetera casa de los huevos, como yo. No es que fuera un paseo agradable por el campo hasta llegar a la casa de Heidi, aquello era una tortura llena de plantas que pinchaban y mosquitos más gordos que un elefante. Cuando llegué a la bifurcación estuve a punto de darme la vuelta y comprar los huevos en el supermercado esperando que la mujer no se diera cuenta, pero era mi primer día, no podía fallar y tener que volver a Barcelona donde ya no tenía nada. Siguiendo las indicaciones cogí el sendero de la derecha y caminé durante otra media hora hasta que al fin vi la casa. ¿Quién podía vivir ahí? Ni los coches tenían acceso hasta ese sitio y no me imaginaba teniendo que subir y bajar cada día para comprar algo en el pueblo. Aquello había sido peor que la primera y única vez que fui a una sesión de *crossfit*.

—Hola, ¿hay alguien? Me manda la señora Montse para comprar unos huevos.

«Manda huevos», pensé. Ahí no contestaba nadie y empecé a

pensar que había ido para nada. Al fin, escuché un ruido y una mujer salió de lo que parecía un gallinero en uno de los extremos de la finca.

—Buenos días. Perdona, estaba arreglando un palo del gallinero. ¿Querías algo?

La chica era morena, tenía el pelo corto y una voz suave. Iba en manga corta, aunque hacía frío, y tenía unos brazos muy definidos. Sus ojos eran tan verdes como aquel campo y los enmarcaban unas gafas de pasta negra bastante grandes. Se sacudió trozos de paja que se le habían quedado en los pantalones vaqueros, abrió el candado de la valla que delimitaba todo su campo y me ofreció su mano para estrecharla.

—Soy Andrea, me manda Montserrat a por huevos, me dijo que tú sabías cuántos se llevaba —le dije mientras apretaba su mano en un gesto de saludo. Me gustó la suave forma que tuvo de soltarse, como si fuera una caricia.

—Ah, vale. La última vez vino su hijo a por ellos. ¿Eres su vecina?

—No, ahora soy su cuidadora y vivo con ella. —Mi voz salió tímida porque no podía dejar de mirarle los brazos desnudos.

—Encantada, me llamo Erika. Espero que tengas paciencia con ella porque parece que tiene mucho genio o, al menos, eso he oído. Pasa y te lo preparo.

La finca era preciosa y muy cuidada. Tenía árboles frutales, un gran huerto, un burro suelto por el campo comiéndose las hierbas y gallinas por todas partes picoteando. Erika caminaba delante de mí y no pude evitar fijarme en que el pantalón le hacía un culo maravilloso. «Soy una pervertida», pensé. Me sorprendí porque nunca había sido una persona que se fijara de primeras en una mujer. De hecho, llevaba meses sin estar con nadie y Erika no era del todo mi prototipo; además, parecía mucho mayor que yo, aunque era preciosa. Era una salida mirando el culo a una granjera que solo iba a venderme huevos.

—Qué bonito es todo esto. ¿Cuántas gallinas tienes? —pregunté para sacar algún tema de conversación y desviar mi mente.

—Ahora tengo treinta. La semana pasada entró un zorro y mató a cinco.

—Oh, vaya. Lo siento. Es horrible. —Siempre había sido muy sensible con los animales.

—En el campo suelen pasar de vez en cuando estas cosas. Hay que acostumbrarse. Las gallinas viven en total libertad por aquí y es un riego inevitable. —Me miró con una sonrisa de esas que dicen: «Pobrecita esta mujer de ciudad».

—A Montse le gustan los huevos más grandes y de color blanco. Por suerte sus gallinas favoritas sobrevivieron —dijo. Yo aluciné de que tuviera gallinas «favoritas». Me pareció el colmo de las tortillas—.

Mira, estás de suerte, vas a tener a la señora contenta porque aquí tengo todos estos que justo los pusieron ayer. Te voy a guardar una docena para que te los lleves.

—Seguro que le encantan. Eso si llegan todos vivos porque me espera un buen camino de vuelta.

—Cuando los pruebes seguro que piensas que mereció la pena. Deduzco que tú no eres de por aquí.

—Soy de Barcelona —contesté de forma tímida. Se me notaba a leguas que no era muy de campo.

—Te acostumbrarás a esto. Son cinco euros —dijo mientras me daba una bolsa con la huevera de media docena.

Saqué el dinero del bolsillo y le di el billete. Rozó mi mano al cogerlo y sentí de nuevo esa conexión absurda que había tenido al saludarla. «Joder, Andrea, que solo es una mano», pensé.

—Gracias. Tus gallinas son preciosas.

Erika se puso a reír. ¿Por qué le había dicho eso? Era ridículo, fruto de los nervios. ¿Tus gallinas son preciosas? Dios.

—Sí, son un amor con plumas. Cuando la señora o tú queráis más aquí estoy. Gracias por venir.

Se quitó las gafas y se frotó la frente con el dorso de la mano. Las gallinas estaban bien, pero ella tenía algo especial y yo… yo quería volver a tocar su piel.

—Nos vemos —le dije, y aproveché para volver a estrecharle la mano como hizo ella al saludarme.

Mi menté voló a una historia de amor de las buenas. Nunca había tenido un flechazo, tampoco sabía si aquello lo era, pero mi imaginación siempre estaba al acecho para inventarse mil fantasías posibles o imposibles.

¿Puede gustarte alguien en tan solo unos minutos?

3

Montse preparó todo para hacer una tortilla como si fuera un ritual. Me maravillaba lo bien que se apañaba para las tareas. A mí solo me dejó pelar las patatas, pero siempre con su mirada clavada para que no se me escapara ningún trocito de cáscara por el camino. Después, la dejé su espacio y me puse a ordenar sus pastillas separándolas por días con la intención de evitar descuidos, algo que solía hacer en la residencia donde trabajaba.

Ya llevaba ahí cuatro días y estaba bien; sin embargo, tenía algo que me rondaba la cabeza: aquella chica de pelo corto y ojos verdes. Realmente me había dado fuerte con ella. No sabía si era porque estaba más sensible debido a los cambios o porque echaba de menos algo de cariño, lo cierto era que yo pensaba en Erika, en sus brazos, en lo suaves que me parecieron sus manos y en su manera de hablarme. Recreé muchas veces aquel corto momento en el que sentí esa conexión especial. «Tonterías. Seguro que no le gustan las mujeres y menos como yo, que soy una cría a su lado», pensé. Aun así, me resultaba divertido dibujarme mil y una posibilidades y jugar a inventarme historias. Total, en ese pueblo tampoco tenía mucho más entretenimiento que el trabajo, las manías de la anciana y mi propia imaginación.

—Niña, ¿te costó encontrar la finca de la chica de las gallinas el otro día? Por el pueblo se comenta que es un poco rarita porque nunca sale de su casa y vive aislada, pero no les hagas caso, son todos unos amargados —me dijo mientras freía las patatas. No me había sacado el tema hasta entonces, que parecía haberse acordado al tener los huevos en su mano.

—Está lejos, fue toda una excursión llegar ahí. A mí no me pareció rara. —Me hubiera gustado decirle que tenía ganas de volver a verla para saber si ese flechazo tan absurdo que había sentido era de verdad, pero no tenía esa confianza con ella—. ¿Por qué solo quieres esos huevos y no los compras en la tienda de la esquina?

Montse me miró taladrándome con sus pupilas azules.

—¿Tú eres de las que se conforma siempre con lo que es más fácil? Ay, niña, yo era como tú antes, pero la vida me enseñó a que si algo te gusta de verdad debes de sacrificarte.

—¿Por un huevo? —me atreví a preguntar.

—Si algo merece la pena hay que andar y cruzar charcos y ríos si es necesario. Si te conformas con lo que tienes al lado solo por

comodidad te perderás muchas cosas de esta vida. Esas gallinas son libres y felices y eso marca la diferencia. —Se limpió las manos con un trapo a cuadros rojos que tenía en la cocina y miró hacia la ventana—. Cuando pruebes esta tortilla lo comprenderás.

Montse tenía razón, vaya si la tenía. Cuando nos sentamos a comer y probé aquel manjar los ojos se me llenaron de lágrimas de placer. Era tan jugosa que se deshacía en la boca, no tenía nada que ver a otra que hubiera probado, hasta el color era distinto. Le di la enhorabuena y ella puso cara de: «Ya te lo dije yo». Esa misma tarde me preparé yo misma un huevo frito porque quería probarlo de mi forma favorita: mojando media barra de pan de pueblo.

Al día siguiente, intenté que Montse quisiera salir a pasear porque no se había movido de casa todavía. Era importante para su circulación que caminara y mi labor era animarla a ello.

—Que me dejes en paz, niña, que yo no quiero salir.

—Tienes que mover un poco ese corazón. Vamos solo hasta la esquina y volvemos despacito. Venga, Montse, el sol te sentará bien.

—Eres una pesada.

—Y tú una refunfuñona, pero hay que hacerlo.

—Yo soy una vieja que solo quiere pasar sus últimos días en paz. Tú limítate a limpiar la casa y a ir a la compra.

—Montse, no soy auxiliar de enfermería solo para hacer labores del hogar. Mi trabajo también es preocuparme por tu salud.

Le tendí la mano para ayudarla a levantarse y, de nuevo, se quedó mirando mi pulsera con la bandera del arcoíris. Entornó los ojos y parecía que iba a decirme algo por ello, pero no lo hizo, solo aceptó mi ayuda y nos fuimos a dar algunos pasos por la calle.

—Putas calles empedradas. Niña, ya estoy cansada —me dijo al minuto, yo la tenía agarrada por el brazo.

—Pero si solo hemos avanzado dos metros. Vamos hasta esa fuente de ahí, solo quedan unos pasitos. Luego volvemos a casa y por hoy te lo doy por bueno, pero mañana tenemos que andar algo más. —Señalé la fuente de piedra que había a unos diez pasos de nosotras. El agua brotaba y había varios gorriones bebiendo de ella.

—No quiero ir a esa fuente.

—Venga, mujer, que no falta nada.

—Te he dicho que no quiero y si no lo entiendes llamo a mi hijo para que te vuelvas a tu casa esta misma tarde. Será posible.

A esas alturas yo ya tenía claro que o hacía lo que ella decía o el trabajo me iba a durar poco. No tenía ni idea de qué pasaba en esa fuente, pero nos volvimos a casa, se sentó en su sofá y se puso a ver la novela.

Ese día me limité a darle las pastillas y a hacer las labores del

hogar porque Montserrat no quiso colaborar en nada. De hecho, no me habló hasta la hora en que se acostó y emitió un pequeño gruñido de «buenas noches». Yo me quedé en el salón leyendo unos informes médicos que había en una carpeta. Quería comprobar si ella tenía algún problema para andar, algo que no fuera típico de las limitaciones propias de su edad, pero todos los doctores recomendaban que caminara un poquito cada día, así que tendría que ir deshaciendo esa cabezonería suya para que se moviera más. Coloqué la carpeta de nuevo en su sitio y me di cuenta de que uno de los cajones del aparador tenía una cerradura grande y dorada que me llamó la atención. Si algo me caracterizaba era el ser cotilla, así que intente abrirlo por pura curiosidad, pero, efectivamente, estaba cerrado con llave. En ese momento me llegó un mensaje al móvil.

> Lara_
> Andrea, he visto en Internet lo bonito que es ese pueblo donde estás. Dentro de un mes vamos a cerrar por vacaciones y, aunque Natalia es la cosa menos romántica que puede haber en el mundo, quiero sorprenderla. He cogido una casita rural allí para pasar quince días.
> ¿Qué tal con la abuela? Un beso, perra.

Natalia y Lara trabajaban en una papelería que ellas mismas habían montado años atrás. El que fueran las dueñas de su propio negocio tenía la ventaja de que se cogían vacaciones cuando les daba la gana, pero el inconveniente de que tanto tiempo juntas había hecho un daño en su relación del que yo había sido partícipe. Esas dos discutían a todas horas, así que lo único que esperaba es que tuvieran la fiesta en paz, al menos en Beget, y que no dieran mucho el cante. Yo bastante tenía con lidiar con el carácter de la anciana.

Subí a mi habitación para intentar dormir, pero el viejo somier de muelles crujía tanto que me despertaba con mis propios movimientos. Fuera solo se oían los grillos, el río, el viento y la calma. Mis pensamientos hacían más ruido del que había en aquel pueblo medieval casi deshabitado. Me preocupaba que todo aquello se me acabara haciendo grande, pero caí rendida en un sueño profundo hasta que a las cinco de la mañana comencé a escuchar algo raro en la cocina. «¿Ladrones?», pensé.

Bajé descalza para no hacer ruidos con mis pisadas y cogí un bote de espuma para el pelo como método de defensa. Seguramente con eso no podría matar a nadie, pero así yo me sentía más segura a la par que patética. Había un tintineo. Había alguien.

—Joder, qué susto me has dado. ¿Qué haces a estas horas? —dije sorprendida de ver a Montse batiendo huevos.

Estaba haciendo una tortilla gigante, como si la señora acabara de

venir de la discoteca con el hambre de después de una noche de fiesta por la capital. En ese momento no supe si volver a la cama o quedarme a comer. Esa mujer tenía una verdadera obsesión por cocinar huevos a destajo.

4

La convencí para ir hasta la fuente. Ese día desenchufé la antena de la televisión sin que se diera cuenta y le dije que, si ella no era capaz de dar esos pocos pasos con mi ayuda, yo no le arreglaría el aparato para que pudiera ver su novela. Aceptó al momento y di las gracias a *La reina del sur* por ejercer tanto poder sobre ella.

Una vez en la fuente, la señora se sentó en un banquito de piedra que había al lado y se quedó callada, mirando cómo brotaba el agua mientras los pájaros bebían de ella. Parecía pensar en algo triste. Me puse a su lado y le agarré la mano. Ella se dejó. Pese a todo, aquella mujer tenía momentos en los que me desprendía mucha ternura, como aquel. Su piel era blanca, llena de manchas marrones, y sus ojos tenían ese brillo de las personas mayores que han vivido mucho y no lo han tenido fácil. No me había contado nada de ella todavía, pero a sus ochenta y dos años me imaginé que su carácter se había forjado a base de momentos duros. ¿Se habría casado alguna vez? ¿Tendría más hijos? ¿Alguna historia de amor digna de una película de época? Podría escribir una novela con todo lo que se me pasaba por la mente sobre aquella anciana de carácter agrio. Su coquetería había hecho que antes de salir hubiera estado veinte minutos eligiendo una chaqueta de lana verde y un pañuelo a juego, pero hay algo en lo que no me había percatado hasta ese momento: de su cuello colgaba un cordón marrón con una llave de las antiguas, como si ahí portara los secretos de su vida. «La llave del cajón del aparador», pensé nada más verla.

—Montse, ¿qué abre esa llave? —me atreví a preguntar.

Ella salió de su momento de introspección, soltó mi mano y agarró el colgante fuertemente. Su rostro reflejaba su incomodidad por la pregunta.

—Niña, no te importa. Esta llave me abre a mí.

Gran respuesta para una cotilla como yo.

—Perdona, solo era curiosidad.

—Pues deja de curiosear y vámonos ya. Tienes que ir a comprar.

Sonreí. ¿Necesitaría huevos? Con la cantidad de tortillas que hacía al día esa mujer debería haber tenido un gallinero propio, pero mi alegría era por la idea de poder ver de nuevo a Erika. A lo mejor la otra vez yo había exagerado un poco con mis emociones y tenía las fantasías en un nivel demasiado *top*. Podría ir y comprobarlo por mí misma.

—¿Qué necesitas? —pregunté impaciente.

—Patatas, zanahorias y puerro para un caldo.

Joder, yo no quería ir a comprar al mercado, yo quería hacer esa excursión que me dejaba dolor de pies para ver a la chica de la finca aislada.

—¿Y huevos? ¿No necesitas huevos? Creo que ya te quedan pocos porque solo te traje doce y has preparado muchos —dije con unos nervios absurdos.

Noté que la boca de la anciana se curvaba hacia arriba en una sonrisa burlona. Me cogió de nuevo la mano, tocó mi pulsera de colores y se levantó.

—Y huevos también, sí, no me acordaba. Ay, niña, al final me vas a caer bien. Vámonos, que ya me hiciste hoy andar bastante.

Cuando acompañé de nuevo a Montse a su casa tardé poco en salir hacia el camino en dirección a la finca de Erika. Fui deprisa, pensando en que con ese segundo encuentro me daría cuenta de si solo eran tonterías mías, propias de una mente fantasiosa, o si esa mujer me había despertado un sentimiento de «querer conocer más» que hacía tiempo que no experimentaba.

Llegué con el pulso acelerado, la respiración entrecortada, los mofletes ardiendo. «Andrea, deberías hacer más ejercicio en tu vida», pensé.

—Erika, ¿estás en casa? —grité cuando me acerqué a la valla.

Esperé un tiempo prudencial, pero no contestaba. Los únicos que se me acercaron fueron el burro y varias gallinas. En ese momento escuché de fondo una máquina. Quizá estaba detrás de la casa y desde ahí no podía verla. No tenía ganas de dar la vuelta entera a la finca después de la caminata que me había dado, así que hice algo que no se tiene que hacer: puse un pie en una barra de la puerta y salté por encima.

Me caí, como una gilipollas.

Se me rompió el pantalón por la rodilla y vi asomar una herida con algo de sangre. Nada importante, pero parecía una niña de cinco años después de venir de jugar con los columpios. Menudas pintas para ver a la chica de las gallinas. Fui hasta la parte de detrás de la casa y la vi. Ahí estaba, con unas gafas de protección y unos cascos en las orejas para que no le molestase el ruido de una extraña máquina que tenía en las manos y con la que cortaba la maleza de un lado del terreno. Llevaba una camiseta de tirantes y me quedé embobada mirando sus definidos brazos y esas manos perfectas que me habían provocado un cortocircuito al tocarlas. Aquella mujer nunca parecía tener frío ni estando cerca de los Pirineos. De repente, paró la máquina, se quitó las gafas y se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano. Su mirada se encontró con la mía y del susto tropezó con una rama y se

cayó al suelo.

—Mierda, qué susto. ¿Qué haces aquí dentro? Casi me da un infarto al verte —dijo mientras se intentaba levantar.

—Perdona. Lo siento, no quería asustarte. ¿Te has hecho daño?

—¿Tú qué crees? —Se miró el brazo, tenía un gran arañazo con sangre—. Ayúdame a levantarme ya que estás aquí, se me ha quedado la desbrozadora enganchada en el pie. ¿Y a ti qué te ha pasado? —dijo señalando mi rodilla.

—Ah, no es nada. Parece que no ha sido buena idea saltar por tu puerta. —Aparté aquella máquina y le di la mano para que se pusiera de pie.

Zap, cortocircuito al rozar su piel. No, eso no podía haber sido otra casualidad. Esa mujer me atraía mucho, hubiera tirado de su mano hasta que su boca quedara tan cerca de la mía que pudiera escuchar su aliento, pero no podía hacer caso a mis impulsos incontrolados porque algo así acabaría con una situación incómoda.

—Bueno, la próxima vez deberías de esperar a que te contestara y te abriera yo, porque todo lo demás se llama allanamiento de morada. —Estaba molesta, no era para menos, pero me miró y esbozó una sonrisa cuando vio la cara de panoli que yo tendría en aquel momento —. ¿Has venido a por huevos para Montserrat?

—Sí —dije avergonzada.

—Voy a la casa a coger una cesta. Entra, si quieres.

Sí que quería. Quería ver la casa de aquella mujer que me daba chispazos al tocarla. La acompañé y me quedé de pie en el salón mientras ella buscaba la cesta. Era una casa sencilla, supuse que las típicas de campo, con paredes blancas, chimenea grande, una mesa central de madera y un gran sillón rojo esquinero. No había televisión, esta mujer ya tenía demasiado entretenimiento cuidando el campo y los animales.

—Tienes una casa muy bonita.

—Gracias. Es sencilla y la tengo un poco descuidada porque solo entro para comer y dormir. Me paso el día fuera haciendo cosas —gritó desde la cocina.

—Me gusta que sea sencilla —dije.

En una de las paredes vi una orla universitaria: «Licenciatura en Biología». Me acerqué y, entre un montón de fotos, reconocí a la chica de las gallinas: Erika López Moreno. Tenía el pelo corto, como ahora, y también llevaba gafas, aunque más pequeñas. La promoción era del año 2008, así que, si las cuentas no me fallaban, la mujer de la que me estaba obsesionando tenía unos cuarenta años. Seguro que yo, con veinticinco, le parecería una cría de ciudad en la que no se fijaría jamás.

—Vamos, ya tengo todo para guardarte los huevos. Además, los

que te voy a dar los han puesto esta misma mañana, así que más frescos imposible. ¿Quieres solo doce? Tengo más, ella come muchos y se le acaban rápido.

—Doce está bien —contesté pensando en que cuantos más me llevara más tardaría en comérselos y yo más en volver a esta casa; así que el «más» no me convenía—. ¿Tienes alcohol y gasas? Me gustaría curarte esa herida del brazo, ha sido por mi culpa y no quiero que se infecte.

—No es nada, no te preocupes. Ya me lo he lavado en la cocina.

—Insisto, recuerda que soy sanitaria. —Retiré una silla y le hice un gesto con la mano para que se sentara. Me sentía mal por haberle causado esa caída.

—Hay gasas y agua oxigenada en aquella caja. —Señaló hacia una especie de botiquín que había en la pared.

Cogí todo lo necesario y agarré su brazo para observar la herida. No era nada del otro mundo, pero me hice la interesante, como si fuera a salvarla de una muerte asegurada.

—Tienes unos brazos muy bonitos —le confesé mientras pasaba la gasa por la herida. Me di cuenta de que estaba pensando en alto.

—Vaya, gracias. No sé, será por el sol y por estar cada día con los sacos de pienso de las gallinas. Pesan mucho. —Rio.

Su voz era tan suave y parecía tan agradable que no podía imaginar por qué por el pueblo decían que era rara. Que viviera en una zona apartada tampoco lo veía tan extraño.

—¿Qué tal se vive aquí aislada? —me atreví a preguntar.

—La gente piensa que estoy aislada, pero puede que los que estén aislados sean los demás. —Se quejó ligeramente mientras echaba el agua oxigenada por su brazo—. Cada uno en su casa y casi sin hablar con nadie o hablando para criticar al de al lado. ¿Eso es mejor vida que la mía? Yo me paso el día al aire libre, sin juzgar a nadie y siempre acompañada de mis animales, con los que tengo una gran complicidad. ¿Quién está más aislado?

Lo que decía tenía toda la lógica del mundo. Una aplastante verdad que la dotaba de una personalidad única. Eso me hizo fijarme en ella todavía más. Eso y la cremallerita que se le formaba en uno de los ojos al sonreír. Madre mía, de repente era preciosa.

—¿Nunca bajas al pueblo?

—Sí, aunque poco. A veces voy a comprar cosas que necesito. Siempre que bajo oigo cuchicheos a mi alrededor. «Mira, ahí va la chica de la Dolores» o «ahí está la chica de las gallinas», es lo que más suelen decir a mi paso y todo el mundo se gira.

—Dolores es tu madre, supongo.

—Sí, ya falleció, pero por el pueblo no se la quería mucho y yo he heredado su mala fama de la nada. En realidad, solo estoy aquí

tranquila, vendo huevos y hortalizas. No hago nada malo, no te creas todo lo que oyes por ahí.

—Eso me dice Montse, que no crea los rumores.

—Vamos, que te preparo los huevos. Esto ya está más que desinfectado. Tú deberías hacer lo mismo con tu rodilla.

—Sí, luego me curo en casa.

Erika se levantó y le fui mirando el culo hasta llegar al gallinero. Sentí atracción sexual y mis fantasías se pusieron a hacer de las suyas imaginando un revolcón entre la paja. «Eso no va a pasar, Andrea, así que no flipes», me repetía para no llevarme un chasco.

—Ten cuidado, no cierres la puerta del gallinero porque se queda encajada desde dentro. Tengo que arreglarla —dijo al entrar y eligió cuidadosamente cada huevo mientras yo miraba cada movimiento que hacía—. Aquí tienes, una docena, te los meto en la cesta y ya me la devolverás la próxima vez. —Guiñó un ojo.

¿Eso sonaba a «quiero verte pronto, así que me invento una excusa para que vuelvas»? Uf, sería demasiado bonito.

Ella era demasiado bonita. Y su pelo corto enredado con la paja de las gallinas también.

5

Observé cómo Montse preparaba mayonesa. Yo solo quería que hiciera todas las recetas existentes en las que el huevo fuera el ingrediente principal para que se le acabaran lo más rápido posible. La llave que colgaba de su cuello tintineaba a veces al chocar contra la cremallera de su chaqueta.

—Niña, ¿qué tal con la chica de las gallinas? —me preguntó mientras sus retorcidas manos hacían magia con la batidora.

—Se llama Erika, y bien. Me parece simpática. No es ningún bicho raro.

—Seguro que es una buena chica.

—¿La conoces en persona?

—Digamos que sí —contestó con un aire de misterio.

—Montse, hoy tenemos que andar un poco más. Quizá podamos llegar hasta el puente y volver. No serán más de cien metros. Mañana tienes cita con el médico para una revisión, vendrá sobre las nueve, y no quiero decirle que te niegas a todo lo que tenga que ver con mover ese corazón. —Esta vez me daba igual que me dijera que no, iba a ser que sí.

Con el paso de los días Montserrat y yo nos habíamos hecho más «amigas» o, al menos, ya no me ladraba tanto como lo hacía tiempo atrás. Se notaba que se estaba acostumbrando a mi presencia. Y yo a ella, a su orden y a sus manías.

—Eso ya lo veremos, niña, no tengo el coño para farolillos hoy.

Sí, también me estaba acostumbrando a su forma tan brusca de hablar. A veces tenía ganas de lavarle la boca con jabón, pero otras me reía a escondidas de sus expresiones.

—Vamos a ir, quieras o no.

—Pues nada, ya lo has dicho tú todo. Qué pesada eres. Seguro que no te aguantaban en casa y por eso has venido a este pueblo a dar por culo a una vieja.

—Lo que tú digas —reí.

Esa tarde la ayudé a bañarse antes de salir. Su coquetería le impedía salir a la calle sin oler a limón, el perfume que invadía toda esa casa, incluso los botes de champú y de gel tenían ese aroma. Se vistió sola, de forma lenta y perfectamente conjuntada.

—Niña, hazme un moño que hoy me duelen los brazos un poco de la puñetera mayonesa. Pero que esté bien hecho, no me dejes pelos sueltos ni modernidades de esas.

Su petición me sorprendió y accedí encantada. El peine se enganchaba con el cordón que llevaba al cuello y le pedí que se lo quitara. Lo posó sobre la esquina de la bañera y no pude resistir mirarlo mientras colocaba su canoso pelo de forma cuidadosa hasta que formé como pude un moño y lo agarré bien con varias horquillas. Los peinados no eran lo mío. Yo simplemente me lavaba el pelo y lo dejaba secar al aire.

—¿Así está bien? —pregunté mientras dejaba que se mirara al espejo.

—Vaya mierda, niña, se me va a soltar a la mínima. Bueno, anda, vámonos ya, que cuanto antes nos vayamos antes volvemos.

Salimos del baño. Me di cuenta de que se había olvidado el colgante con la llave. Podría habérselo dicho. Podría. Pero no lo hice. De nuevo, la curiosidad me ganó la batalla porque me acordé de su frase: «Esta llave me abre a mí». Entré, lo cogí sin que me viera y me lo guardé en el bolsillo.

Llegamos al puente, no sin antes escuchar cómo la mujer echaba mil demonios por la boca a cada paso que daba. Madre mía, lo que se quejaba. Nos sentamos en un banco, contemplando las calles empedradas, el río medio seco y el sonido relajante de los pájaros de fondo. Montse volvió a quedarse paralizada mirándolo todo, absorta en sus propios pensamientos, con las pupilas acuosas y su mano agarrada a la mía. Así estuvimos un buen rato. Empezaron a gustarme mucho esos momentos en los que la anciana y yo simplemente mirábamos el horizonte, ella pensando en algo y yo disfrutando de la tranquilidad de ese lugar. Ya no me parecía algo imposible el vivir en un sitio tan despoblado, sino que veía sus ventajas; sobre todo por la paz que se respiraba.

Toqué mi bolsillo con la mano que me quedaba libre, estuve por darle el colgante. Estuve por dárselo. Pero no lo hice.

Esa tarde, Montse se quedó viendo *La reina del sur* y yo aproveché para llamar a mis amigas.

—¿Cómo te va por ahí, Andrea? —me preguntó Lara desde el otro lado de la línea.

—Bien, os echo de menos.

—Lo sé, no puedes vivir sin nosotras.

—Sois mi pareja favorita, aunque no os soporte —reí.

—Pues, alucina, ayer Natalia se enfadó porque le dije que comía demasiado. Es que se zampó ella sola toda la Nutella y la acababa de traer.

—Pero ¿qué le dijiste exactamente?

—Que le iba a dar algo porque no puede ser bueno tanto chocolate.

—Pues no es para enfadarse.

—Ella se lo tomó como si le hubiera dicho: «Estás tan gorda que no vas a caber en los pantalones y te voy a dejar». Total, que se fue de casa y volvió a las dos de la mañana bebida. Olía a cerveza que tiraba para atrás —susurró como si Natalia la fuera a oír—. Se quiso acostar conmigo y le dije que se follara a la almohada, porque a mí así no.

—Dios, sois lo peor, no tenéis remedio.

—Gracias por los ánimos. Tú es que llevas tanto tiempo sin pareja que no te acuerdas de lo que es tener novia. Algún día también perderás el tiempo en discusiones de este tipo.

—Espero que no, no es mi ideal de lo que significa «amor».

—Nunca te gusta nadie, así que lo de enamorarte va para largo.

Me quedé callada, demasiado callada. Y el silencio me delató porque cuando tienes una amistad de tantos años con alguien esa persona conoce cada gesto tuyo, cada palabra y cada silencio. Natalia, Lara y yo nos habíamos conocido en el instituto. Ellas dos se sentaban juntas desde el principio y siempre me contaban a escondidas sus sentimientos, así que acabé siendo su Celestina. Al final, se confesaron la una con la otra y yo, aparte de amiga, me convertiría en su «doctora amor», en su paño de lágrimas al que acudirían para escupir cada problema de esa relación que había ido empeorando año tras año. Eran muy diferentes.

—A lo mejor no tardo tanto en encontrar a una persona especial —confesé en voz baja para que Montse no me escuchara.

—Espera espera. ¿Has conocido a alguien en ese pueblucho? —preguntó mi amiga con sorpresa—. ¿Cómo es? ¿Cómo se llama? ¿A qué se dedica? ¿Cuántos años tiene? ¿Dónde la has conocido? —El interrogatorio era un tercer grado.

—Para. Ya os contaré cuando vengáis, que no quiero que se entere la señora. Oye, te tengo que dejar. Saluda a Nat de mi parte y no os divorciéis antes de venir, que quiero veros bien a las dos.

Colgué. No me apetecía dar explicaciones. Sé que me juzgarían cuando les dijera que esa mujer estaba aislada en un campo lejano y que rondaba los cuarenta años, porque ellas siempre criticaban a las parejas con mucha diferencia de edad. A mí, por el contrario, ese dato numérico nunca me había importado; además, yo era muy madura para mi edad.

Salí de mi habitación para ver a Montse, se había quedado dormida en el sillón en mala postura y la desperté para evitar que se hiciera daño en el cuello.

—Joder, niña, qué susto —gritó cuando le di en el brazo para que se fuera a la cama.

—Estabas dormida. Vamos, que te ayudo a subir a la habitación.

—Yo no estaba dormida.

—Sí que lo estabas, Montse.

—Que no, coño. Pesada —murmuró por lo bajo todas las pestes que se le ocurrían.

Al final, se tomó un vaso de leche con dos pastelitos y después accedió a que la acompañara a su cuarto. A veces era como una niña pequeña. Así son las personas cuando se hacen ancianas, es como si volvieran a la niñez en algunos aspectos. Me dio las buenas noches de mala gana y yo volví a bajar al salón. Algo me rondaba la cabeza desde hacía horas: quería probar si la llave abría el cajón de la cómoda. Si encajaba en aquella cerradura dorada.

Cerré la puerta para asegurarme de que no me viera en un descuido, solo me hubiera faltado que, con el carácter que tenía aquella mujer, me pillara cotilleando sus cosas. Cogí la llave con la mano temblorosa, como quien está haciendo algo malo y lo sabe. «Venga, tampoco es para tanto. Seguro que guarda una vajilla antigua o cualquier tontería», pensé. Metí la llave en la cerradura. No había duda, era de aquel cajón, encajaba y giraba. Un ruido metálico me avisó de que se había abierto y miré de nuevo hacia la puerta para cerciorarme de hacer aquella pequeña fechoría sin ningún percance.

Abrí el cajón con delicadeza porque aquella madera crujía por todos los lados. Cartas, fotografías en blanco y negro de Montse y su hijo y una pulsera roja con un cordón de hilo trenzado. Eso es lo que me encontré. No me pude contener y miré las cartas. Estaban escritas a máquina antigua, todas en un montón, como si las hubiera colocado cuidadosamente en orden, atadas con un bonito cordel, pero sin sobre. El papel estaba amarillento por el paso del tiempo. No quería romper nada, así que tuve muchísimo cuidado cuando desplegué la primera de las hojas.

6

Carta 1

Mi dulce Montse,

Hoy te vi cerca de la iglesia. Quise saludarte, pero estabas tan guapa que no sabía si me iba a poder resistir a rozarte la mano o a darte un beso. Quizá uno pequeño, en la comisura del labio (ahora imagino tu sonrisa de pilla).

Esta noche he soñado contigo. Caminábamos por un prado y nada nos detenía, ni siquiera las miradas del camarero del bar, ese que nos observa como si sospechara lo que siento por ti. Vale, ya me callo. Sé que no te gusta que escriba cosas así por si a alguien les da por leerlas.

Sabes que me da igual todo, yo te seguiré dejando estas cartas debajo de la piedra de la entrada a tu casa. Pesa tanto que a nadie se le ocurriría levantarla, solo a ti para descubrir lo que no he sabido decirte durante el día.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

7

Vaya con la señora. ¿Tenía un amor secreto? De nuevo la curiosidad era superior a mí. Quería leer todas aquellas cartas como fuera, pero sabía que iba a ser imposible tener esa llave en mi poder demasiado tiempo porque en cuanto se levantara iría a buscarla. Por otro lado, si me las guardaba en mi habitación para leerlas corría el riesgo de que se diera cuenta de que ya no estaban en el cajón o, lo que era peor, que las encontrara entre mis cosas. Tampoco podía hacer una copia de la llave, no me daba tiempo. Después de darle varias vueltas, llegué a la conclusión de que lo mejor era dejar el cerrojo abierto. «Sí, eso es lo mejor. Cajón cerrado y ahí no ha pasado nada. Lo más probable es que a Montse no le dé por abrirlo demasiado a menudo. ¿Para qué? ella ya se las sabe de memoria», pensé. Además, si eso pasara ya tenía previsto el achacarlo a un descuido suyo y no a una fechoría mía. Confié en que, con suerte, ella no se enteraría de que el cajón no estaba cerrado con llave y, en cuanto terminara de verlo todo, volvería a ver la forma de coger de nuevo la llave y cerrarlo bien. «Dios, Andrea, cualquier día tu curiosidad te va a jugar una mala pasada», me decía mi conciencia.

Escuché a Montse toser, guardé todo y dejé la lectura para otro momento.

Al día siguiente vino el médico para hacer una revisión a la anciana. Le dijo que tenía que andar un poquito cada día, lo de siempre, y le recetó unos antiinflamatorios más fuertes para el dolor que tenía debido a la artritis. En su corazón notó un ligero soplo, aunque dijo que de momento no era importante y que se debía, sin duda, a la degeneración de las válvulas del corazón por el envejecimiento. Ochenta y dos años que se notaban en cada arruga de su piel. Cuando el doctor se fue, ella echó demonios por la boca como era de esperar. Que si era un matasanos, que si solo sabían decir que hay que andar como si no supieran de otra cosa en la vida, que si para qué quería seguir viendo a médicos si ella estaba destinada a ser cenizas igualmente… En fin, las cosas de los mayores; mejor dicho: las cosas de Montserrat. Después de todo esto, informé por teléfono a Ferrer mientras la anciana se sentaba en su sofá para, como cada día, ver *La reina del sur*.

—Niña, ¿no tienes que devolverle esa cesta a la chica de las gallinas? Quizá la necesite para algo —me dijo cuando acabé de

hablar con su hijo.

Miré la cesta, había pensado en llevársela desde el mismo momento en que volví a casa con los huevos, pero estaba trabajando y no quería dejar sola a Montse por mi propio capricho. Pero si ella me lo pedía… si ella me lo pedía ya era diferente. ¿Quién era yo para llevarle la contraria? Estaba deseándolo.

—Sí. Debería de llevársela.

—Debes llevársela. —Montse me miró fijamente a los ojos, con ese gesto de mujer fuerte que ya había visto en más ocasiones—. Las cosas no hay que pensarlas tanto, hay que hacerlas.

A veces, parecía que la anciana conocía mis sentimientos por Erika y que deseaba lanzarme a ella como fuera. ¿Tanto se me notaba?

—Voy y vengo rápido.

Cogí una mochila en la que guardaba las llaves de casa, caramelos y una botella de agua para el camino.

—Tómate la tarde libre, niña. Aquí no tienes nada que hacer. Ya vino el *medicucho* ese y estoy bien, así que déjame un ratito ver la novela en paz porque hoy no voy a salir a andar.

—En cuanto vuelva vas a salir a andar conmigo. Al lado del teléfono tienes apuntado mi número del móvil; así que si necesitas cualquier cosa llámame.

—Que te vayas, pesada. Intentaré no morirme mientras estoy sola. Qué coñazo, ni que tuviera ahora cinco años —balbuceó la anciana mientras subía el volumen de la televisión con el mando. No tenía remedio.

—¡Erika, te traigo la cesta! —grité con todas mis fuerzas desde la verja de entrada. Esperé unos segundos. No quería volverme a colar en su propiedad—. ¿Estás en casa? Soy Andrea —volví a decir.

Salió del gallinero y sonrió. Brillante, grande, preciosa y perfecta. Así era su sonrisa.

—Siempre que vienes me pillas haciendo algo. Vamos a hacer una cosa, te doy mi número de teléfono y así me llamas cuando vayas a venir para que no estés aquí esperando —dijo mientras andaba hacia mí con unas botas sucias, sus rizos del pelo perfectamente colocados y un mono de trabajo de color verde que conjuntaba con sus ojos.

—Hola. —Es lo único que salió de mi boca.

—Hola —contestó ella mientras veía mi cara de gilipollas—. ¿Has visto a un fantasma? Pasa, que hace frío.

Y pasé, vaya si pasé. Mirando su culo, claro, y fantaseando con el heno, con ella, conmigo y con sus brazos, sus manos y sus ojitos de cremallera. Me estaba volviendo loca.

—Me gusta tu chimenea —dije cuando entramos a la casa. La tenía encendida. El calor de las llamas y el crepitar del fuego hacía una

estancia muy acogedora. Ya estábamos en mayo, pero un mayo frío del Prepirineo.

—¿Has venido solo a traerme la cesta? No hacía falta, tengo más. Con que la trajeras cuando vinieras a por más huevos me valía. —Se quitó las botas y las dejó en la entrada mientras me hablaba.

—Es que quiero más. Una docena más —dije de forma apresurada porque no quería parecer una desesperada que venía con un cesto de mimbre andando durante cinco kilómetros entre barro y malas hierbas solo para dársela e irme. Bueno, así era. Patética—. Pero no tengo prisa, Montserrat está tranquila viendo su novela y es mejor no molestarla.

—Entonces voy a cambiarme en un momento y te sirvo una infusión para entrar en calor.

La idea me pareció perfecta. La esperé mientras observaba cada rincón de su casa y me sumergí en esa vida llena de simpleza. De repente, lo de vivir en el campo me pareció algo maravilloso. Comparado con Barcelona, esa paz era un lujo que no podía pagarse ni con todo lo que la ciudad me ofrecía. Erika vino a los pocos minutos con una sudadera ancha y unas mallas negras que realzaban sus piernas. ¡Ah!, y con dos tazas y una tetera, un detalle sin importancia comparado a todo lo demás que me llamaba la atención. En ese momento el móvil me vibró dentro del bolsillo de los pantalones sacándome de mi burbuja de un plumazo. Lo saqué para mirarlo, era Natalia.

—Disculpa, es una amiga.

—Cógelo, no importa —contestó mientras se ponía cómoda en el sillón y se servía la infusión.

Decidí descolgar porque Natalia era una chica de mandar mensajes, no solía llamar y cuando lo hacía era porque algo importante había pasado. Si juntaba eso con mi mente, que podía imaginar desde un incendio hasta un asesino en serie, se hacía difícil ignorar esa llamada.

—Natalia, ¿ha pasado algo? —contesté preocupada.

—Hola, Andrea, ¿te pillo en buen momento? —esa frase ya de primeras me cabreó porque me sonaba a «te voy a meter una charla sobre mis problemas conyugales que vas a querer colgarme».

—La verdad es que no.

—Bueno, no tardo. Es que creo que Lara no me quiere, que ya no la pongo o no sé. Quizá tiene a otra. ¿A ti no te ha dicho nada? Está rara. Muy rara.

—A lo mejor tiene que ver con que te vas de casa a la primera de cambio por tonterías. No sé cómo vivís con tanta discusión.

—Entonces sí que te ha llamado. Lo sabía. En vez de contarme a mí las cosas lo va proclamando a todo el mundo.

—Nat, en serio, ahora no puedo.

—Joder, perra, para una vez que te llamo. ¿Qué pasa? ¿Estás con alguien?

Miré a Erika y me puse roja.

—Estoy trabajando. Ya hablamos en otro momento. —Colgué para evitar su respuesta porque si seguía hablando me iba a notar en la voz que quien me acompañaba era una mujer, y una mujer que me gustaba mucho.

—¿Problemas? —preguntó Erika que estaba con la taza entre las dos manos mirándome como quien observa una película.

—Mis amigas, que me tienen frita con sus historias.

—¿Son pareja?

—Sí. —En ese «sí» tuve la esperanza de que se diera cuenta de que yo tenía la misma tendencia sexual que mis queridas amigas—. Así es el amor. —No sé por qué dije eso, ni siquiera lo pensaba, pero lo dije.

—Si el amor es solo discutir con la pareja, yo me quedo mejor con mis gallinas. —Y me enseñó su preciosa sonrisa.

—¿Tú tienes a alguien? —me atreví a preguntar—. Quiero decir, que si tienes pareja.

—No, no tengo novia.

«Novia». Había dicho «novia». Y a mí se me dispararon las probabilidades de poder hacer que esa mujer se fijara en mí.

—Yo tampoco tengo novia. —Recalqué la palabra «novia» para que fuera consciente de ello, para que no hubiera dudas—. Prefiero también quedarme con tus gallinas —reí. Era mentira, me quedaría con ella, pero no tenía ni idea de si yo despertaba en Erika un sentimiento parecido.

—Te las presento cuando quieras. Son muy graciosas. —Dio un sorbo a su bebida y me fijé en cómo juntaba los labios.

Sonreí, miré el reloj y, aunque me hubiera quedado ahí todo el día, tenía que irme. A Montse le gustaba que la dejara sola, pero yo consideraba que no debía hacerlo demasiado, sobre todo en mi horario de trabajo.

—¿Me das tu teléfono para que la próxima vez pueda llamarte? —me atreví a preguntarle para que no se le olvidara su ofrecimiento.

—Claro, déjame tu móvil y te lo apunto.

Después me di cuenta de que había puesto como nombre de contacto: «La chica de las gallinas».

Cuando iba a irme Erika me acompañó hasta la puerta, pero a la hora de abrir la verja se me quedó mirando.

—¿Qué pasa? —pregunté y me toqué la cara y el pelo por si acaso tenía algo.

—¿No se te olvida algo? —me dijo muy cerca de mi oído.

Temblé, mi corazón se saltó dos, tres y hasta cuatro latidos. Era un

manojo de nervios apunto de desmayarme ahí mismo.

—Claro. —Y le di un pequeño, rápido y tímido beso en los labios. Chispazo inmediato.

Erika se quedó de piedra. Joder, la había cagado. ¿Qué demonios se me había pasado por la cabeza? No tenía cara de que eso fuera lo que esperaba. «Que me trague la tierra o que me coma el burro» pensé.

—Vaya. —Erika abrió los ojos mucho, como si se le fueran a salir, y se tocó los labios—. Eso está muy bien, aunque yo me refería a que se te olvidaban los huevos. ¿No habías venido a por ellos?

Madre mía, me sentí patética del todo. Menuda cagada. Qué vergüenza me dio. Asentí con la cabeza porque ya no me salía ni la voz y fui detrás de ella hasta el gallinero.

—Lo… lo siento —le dije mientras entraba al lugar donde estaban los ponederos. Las gallinas estaban subidas a los palos. Ahí estaban calentitas y no parecían querer salir fuera. Yo deseé ser como ellas en aquel momento, subirme a un palo, meter el pico entre las plumas y olvidarme del mundo.

—No te disculpes, besas bien —me dijo mientras se agachaba a por unos cuantos huevos. Yo seguí sintiendo el tacto de sus labios en los míos—. No cierres la puerta, recuerda que desde dentro se queda enganchada. Mira, te pongo otra docena.

Salió fuera y cogió una huevera donde me los colocó todos de forma muy cuidadosa. Esta vez me dio una bolsa normal.

—Gracias —le dije. Su mano se rozó con la mía al entregarle los cinco euros que costaban y otra descarga eléctrica me recorrió el cuerpo. Ella sonrió y vi de nuevo la cremallerita de su ojo, la arruga perfecta de la mujer más sexi que había conocido en mucho tiempo.

—De nada. Llámame cuando quieras.

¿Qué quería decir eso? ¿La podría llamar para tomar algo? ¿Para besarla de nuevo deteniendo el tiempo? ¿Para pedirle que me abriera la puerta de su casa y de su vida ya que estamos? Ojalá.

Ese día no dormí pensando en su boca rozando la mía. El insomnio me hizo bajar al salón a altas horas de la madrugada y despejar un poco de mi curiosidad.

8

Carta 2

Mi dulce Montse,

Ayer fui la persona más feliz del mundo cuando te di la mano en aquel banco de la fuente. Aunque sabía que alguien podría vernos, me dio igual cuando vi tu sonrisa. Ojalá no tuviéramos que escondernos así por la calle, pero me quedo con esos ratitos a solas que a veces la vida nos deja disfrutar.

Mañana inventa cualquier excusa a tus padres y te espero en casa a las cinco de la tarde.

Cada día que pasa me enamoro más de ti, ¿cómo puede ser?

Te espero con ansia.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

9

Carta 3

Mi dulce Montse,

He visto tu carta. Tal y como me dijiste, miré en la piedra más oscura a la derecha del puente pequeño y ahí estaba. No sabes qué alegría me ha dado saber tus sentimientos a través de un papel que huele a ti.

Quiero que sepas que para mí también fue especial ese rato que pasamos en mi casa. Tienes la piel más suave que haya tocado nunca y cuando sentí tus labios me faltó poco para desmayarme.

¿Cómo puedo quererte tanto?

Lo quiero todo contigo: tu boca, tu pelo, tu precioso rostro, tus curvas, tu aliento, tu voz en mi oído.

Si me dejaras gritaría a los cuatro vientos que mi corazón está lleno de un amor llamado Montserrat y que soy la persona más feliz del mundo con solo tenerte al lado.

Mañana te espero a las cinco en el árbol de la Plaza Mayor.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

10

Empezaba a hacerme una idea del motivo por el que Montse se quedaba pensativa cuando salíamos a la calle y nos sentábamos en algún banco. Contemplar aquellas calles empedradas y llenas de bonitos recovecos por donde había vivido un amor tan bonito, que por alguna razón ya no estaba, debía de ser una mezcla de sentimientos apabullantes. Quizá esa persona misteriosa era el padre de Ferrer, del que no sabía absolutamente nada. A lo mejor había tenido un amante fuera de su matrimonio al que mantenía en secreto en este pueblo tan pequeño.

La Plaza Mayor era otro de los lugares donde estas dos personas se veían a escondidas, así que pensé que estaría bien ir a andar hasta allí. Estaba cerca, como todo en aquella aldea, así que Montse no me podría poner ninguna excusa convincente. Ella necesitaba andar y yo necesitaba saber.

—Vamos a ir caminando hasta allí —dije a Montse mientras se cogía de mi brazo y salíamos dirección a la Plaza Mayor.

—Niña, me cago en la puta de oros. —Ella y su lenguaje—. No quiero ir allí, paseemos por la puerta de casa para cubrir el número de pasos que tienes preparados para hoy y punto. No seas pesada, coño.

Reí y no le hice caso, porque si tomara en cuenta sus quejas no haríamos nunca nada más que dar vueltas cada día alrededor de dos metros. Me estaba acostumbrando a llevarle la contraria aguantando sus pestes. En realidad, entre insultos y quejas, acabamos llegando y nos sentamos en un banquito de piedra. En la plaza había un hostal, seguramente era el único del pueblo, y en medio destacaba un gran árbol centenario y sin hojas, solo ramas fuertes y curvadas que se asemejaban a los dedos de la anciana. Ese árbol podría haber sido testigo de muchos amores secretos, como el de Montserrat.

—Qué plaza tan bonita —le dije mientras ella me volvía a agarrar la mano.

—Sí que lo es.

—Seguro que aquí has vivido muchas cosas.

—Muchas. —Me miró de forma fija y con el rostro serio.

—A lo mejor has pasado por aquel árbol con algún amor. —Me estaba metiendo demasiado a ese terreno en el que la anciana no esperaba que fuera a entrar.

—Sí, he paseado por ahí con mi mayor amor.

—¿Y cómo se llamaba?

—Pregúntaselo al árbol.

—No creo que me contestase. ¿Es el padre de Ferrer?

—Ferrer no tiene padre. ¿Podemos irnos ya? —preguntó cambiando de tema.

—Claro, Montse. —Se enganchó a mi brazo para levantarse.

En ese momento se asomó un hombre por la ventana, fue algo rápido, solo llegué a ver que era mayor y tenía unas gafas redondas. Echó una miradita y volvió a cerrar la cortina. Fantaseé con la idea de que pudiera ser la persona que escribió esas románticas cartas.

Caminamos para hacer el pequeño recorrido de regreso. La señora estuvo callada todo el trayecto, concentrada en cada piedra para no tropezar y agarrada a mi brazo. Se escuchaba el río, la banda sonora de aquel pueblo empedrado, y pasamos por un pequeño puente hasta llegar de nuevo al hogar de Montse. La casa de la anciana era la más bonita de todo el lugar, incluso los turistas se hacían fotos en la cuidada fachada para tener un recuerdo de ese rincón tan pintoresco, algo que a ella le ponía de los nervios. Al entrar, me vino un aire fresco del ambientador de limón que inundaba toda la vivienda contrastando con el olor a leña de las calles. Montse cerró la puerta, se dirigió al sofá, cogió el mando de la televisión y conectó con su novela favorita.

—Nunca te pierdes tu novela, Montse.

—Nunca, niña. Algún día yo también moriré en la hora gris —me dijo.

—¿Cómo? —No entendí a qué se refería con eso.

—La hora gris. Esa es la hora en la que un día me voy a morir, el momento en que no es de noche ni de día. Como Teresa Mendoza, la reina del sur. Eso es lo que ella piensa.

—Ah, te refieres a la novela. Qué cosas tienes, Montse. Eso no creo que pase hasta dentro de muchísimo tiempo. Tú aún eres tan joven que no soportas ni que te llame de «usted». Estás mucho mejor que la Teresa Mendoza esa.

—Ay, niña, déjame oír bien la tele —me dijo mientras reía por lo que le había dicho. Si, Montserrat riendo. Guardé esa imagen en mi retina, en el grupo de los momentos maravillosos.

Lo cierto es que la anciana tenía esa edad en la que las personas mayores suelen hablar de su propia muerte como si fuera un alivio para ellos y para los demás, eso lo sabía yo muy bien por mi experiencia en la residencia. Era una conversación recurrente con los pacientes, a los que yo siempre contestaba con palabras de ánimo para quitarles esa idea de la cabeza y llevarlos a que pensaran en otras cosas.

Eché un vistazo a la nevera, aún quedaban cuatro huevos. Desde el salón se observaba parte de la cocina y pille a Montse mirándome por

el rabillo del ojo.

—Niña, haz una tortilla y la tomamos para picotear —gritó para que la oyera.

Reí, parecía leerme la mente: comer huevos para ir a ver cuanto antes a la chica de las gallinas. Tener una excusa para no presentarme allí sin más y decirle que ella estaba ocupando demasiado espacio en mis pensamientos. No paraba de recordar ese beso que le robé. Qué vergüenza, qué rica vergüenza.

Me puse a ello.

Nunca se comen demasiados huevos cuando eso te lleva hasta la mujer que te gusta.

11

—Andrea, qué calladito te lo tenías. Menuda sorpresa me ha dado Lara. Estamos casi llegando, vamos por unas curvas que estoy a punto de echar el desayuno —gritó Natalia al otro lado del teléfono.

—Tened mucho cuidado. Dejad el coche en el aparcamiento que veréis antes de entrar al pueblo. Os mando la ubicación de la casa de Montse y ahora nos vemos.

Estaban deseosas de llegar y yo muy nerviosa por verlas. Había pasado más de un mes desde que me mudé a Beget y las echaba de menos.

—Niña, ¿viene alguien a verte? Te he escuchado muy contenta por teléfono —me preguntó Montse que estaba con el oído puesto en mi conversación.

—Sí, vienen mis amigas. Van a quedarse en una casa rural.

—¿Quieres quedarte con ellas? Esta vieja no necesita tantos cuidados como tú y mi hijo pensáis —preguntó y me pareció muy generoso por su parte.

—No. Ellas son pareja, necesitan su intimidad —contesté sin pensar. En ese momento no sabía si a Montse la noticia de dos chicas con una relación amorosa le iba a chocar demasiado.

—¿Pareja? —Se le abrieron los ojos como si le hubiera contado una historia de ciencia ficción, pero no mostró rechazo, al revés, parecía deseosa de saber.

—Sí, una pareja peculiar. Les vendrá bien unos días románticos en este pueblo.

—Que entren a casa cuando estén aquí. Invítalas a tomar café. Sé hospitalaria con tus amigas, niña.

—¿No te importa? —pregunté emocionada.

—¿Quién te crees que soy? ¿Un ogro? Me cago en la puta, niña, vaya cosas piensas de mí. Quiero conocer a tus amigas. Para alguien interesante que viene…

Interesante. A Montse le parecía que mi pareja favorita de lesbianas era interesante. Esa mujer cada día me sorprendía más.

—¡Hola, perras, qué alegría teneros por aquí! —grité mientras hacía aspavientos con los brazos para que me vieran.

Vinieron corriendo, arrastrando las maletas de ruedas entre el suelo empedrado, rompiendo la tranquilidad del silencio de aquel pueblo. Nos abrazamos las tres como si lleváramos sin vernos un año.

En aquel lugar el tiempo corría tan despacio que me había parecido demasiado.

—Andrea, se te ve buen aspecto. Aquí se respira un aire tan puro que has rejuvenecido un año, quizá dos —dijo Lara mientras me tocaba la cara.

—Mucho aire, pero poco ambiente —interrumpió Natalia—. Oye, aquí hay que follar bajito, ¿no? Porque se entera medio pueblo con tanto silencio —echó una carcajada y me dio una palmada en el hombro. Natalia y su humor.

Montse se asomó a la ventana y Nat se puso colorada.

—Perdone, señora, que estamos hablando demasiado alto. ¿Qué tal está? —preguntó Lara mientras daba un codazo a su novia como reprimenda.

—No me llames de usted. Y entrad a casa, que parece que va a llover.

Mis amigan me miraron a la vez.

—Tutearla, por favor, que sino luego tengo que aguantarla yo —les comenté en voz baja.

—Qué cachonda la señora —dijo Nat.

Las ayudé con el equipaje y entramos a la casa. Montse sonreía. Sí, Montse sonreía. Se acomodó en su sofá y se puso una vieja manta por las piernas mientras observaba nuestros movimientos. La parejita venía con demasiada euforia por sus vacaciones, sobre todo Natalia, que ya de por sí era escandalosa en su vida normal, pero a la anciana eso no parecía molestarle. Por suerte, aún no era la hora de su novela.

—Niñas, bienvenidas a Beget. —Montse las invitó a sentarse mientras se fijaba en sus manos, ellas llevaban una pulsera igual a la mía. Las compramos el mismo día en el mismo sitio y no nos las habíamos quitado nunca.

—Señora, es usted… —empezó a decir Natalia.

—Que no me llames de usted.

—Ay, Dios, perdone. O sea, perdona. La costumbre. Te iba a decir que eres una mujer estupenda por aguantar y dar alojamiento a nuestra amiga Andrea.

—Es una buena niña. Muy pesada, eso sí, todo el día quiere andar de un lado para otro, pero bueno, si aún sigue aquí será por algo —dijo Montse y me miró con una mezcla entre risa y enfado. Tenía justo ese gesto que a mí me daba ternura en ella.

—Pues no será por lo bien que cocina. Hace unas lentejas que como te las comas no sales del baño en dos días —soltó Natalia con toda la gracia que le caracterizaba.

—Bueno, nosotras nos vamos ya. Tenemos que recoger la llave de la casa y dejar las maletas. Quiero darme una ducha y relajarme porque conducir por esa carretera me puso muy nerviosa —comentó

Lara, que seguramente no quería quedarse por el miedo a que su novia metiera más la pata.

Esa noche Montse me preguntó sobre la relación de mis amigas y también sobre mí. Yo le conté cómo se conocieron, cuánto tiempo llevaban juntas, cómo nos divertíamos en Barcelona cuando hacíamos fiestas en mi piso y muchas cosas de las que me sorprendió su curiosidad. Hasta ahora no se había cuestionado demasiado mi vida, pero la llegada de mis amigas le había hecho estar más habladora que ningún otro día. Entre la señora y yo se estaba creando un bonito vinculo; sin embargo, no me hablaba nada de ella, todo lo contrario de lo que solían hacer los ancianos contando batallitas de la infancia. Yo aceptaba su hermetismo, sus manías y sus malas formas y ella… ella aceptaba que, de vez en cuando, tenía que hacerme caso.

De lo que sí estaba descubriendo más cosas era de su amor secreto. Aún me quedaban cartas por leer y lo hacía siempre mientras ella dormía; a veces más, a veces menos, según lo segura que me sintiera de que la señora no se fuera a despertar.

12

Carta 4

Mi dulce Montse,

Hoy te dejo un limón al lado de esta carta, espero que lo encuentres antes de que otra persona lo coja. Es de mi limonero, el que tanto te gusta tocar y oler cada vez que vienes. Te confieso que le tengo un poco de celos, a mí también me gustaría poder sentir tu mano cuando nos encontramos por la calle, pero no siempre se puede, por eso cuando en la Plaza Mayor me quitaste ese mechón de pelo que me molestaba en la frente casi me desmayo al pensar que me besarías ahí, delante de aquel árbol de ramas retorcidas. Hiciste bien en no hacerlo, sino no hubiera podido controlarme y quién sabe la de ojos deseosos de juzgarnos que nos hubieran visto.

Espero que te guste la pulsera que te di. Compré otra para mí, así te notaré siempre cerca cuando la mire.

Si quieres, mañana a las cinco de la tarde te invito a venir otro rato a mi casa. Ya sé que no puedes quedarte mucho, pero ese momento a solas contigo es capaz de llenarme el alma.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

13

Carta 5

Mi dulce Montse,

Te pido perdón de nuevo. Hace días que no te veo y es como si me hubieran arrancado el alma de cuajo. Si hubiera sabido que ibas a tener problemas en casa no te hubiera retenido un ratito más. Sé que fue culpa mía, pero es que cuando estoy contigo para mí no existen los relojes y pensé que no sería tan grave que llegaras algo más tarde.

Si no me perdonas no voy a poder soportarlo. Mentiré a tus padres por ti si es necesario. Ya sé que yo no tengo familia a la que darle explicaciones, pero, aunque la tuviera, no creo que aguantara que fueran tan estrictos.

A veces pienso que lo mejor sería escaparnos.

Dime algo. Estaré pendiente de la piedra más oscura a la derecha del puente pequeño por si dejas alguna nota.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

14

Oí un ruido y dejé de leer. Siempre se me venía a la cabeza que la señora me iba a pillar y me empezaban a sudar las manos; pero deseaba seguir leyendo, quería saber cómo continuaba la historia. Se me ocurrió que podría hacer una foto con el móvil a las cartas y así verlas sin tanto miedo. Las puse encima de la mesa y empecé a capturar como podía todas aquellas palabras de amor antiguas en un *smartphone* del siglo XXI.

—Niña, ¿estás bien? ¿Qué haces aún ahí con la luz encendida? —gritó Montse desde arriba de las escaleras.

Me quedé de piedra. Aún me faltaban dos cartas a las que inmortalizar, pero no me daba tiempo. Las amontoné en medio segundo y las guardé de nuevo donde estaban.

—Nada, Montse, tranquila, que no podía dormir y he bajado a beber agua.

—Esta juventud. Son como los búhos —le oí farfullar mientras caminaba de nuevo hasta su habitación.

Faltó poco para que me mandaran a Barcelona con una carta de despido. Mi curiosidad se acrecentaba. ¿Podría ser que los padres de Montse no quisieran que tuviera novio y la sometieran a un horario estricto? ¿O que ya estuviera embarazada de otro hombre y no quisieran que saliera para que no mostrara la barriga y todos preguntaran? Pobre mujer, me la imaginaba sufriendo por un amor imposible. Un amor de verdad, de esos que mandan cartas con papel y boli y que cuidan hasta el más mínimo detalle. Un amor de los que ya no existían desde que con un mensaje de móvil y un emoticono con ojos de corazón lo arreglábamos todo.

Cuando me levanté me llevé una grata sorpresa. Ferrer estaba en la casa preparando café junto con unos pasteles que había traído de Gerona.

—Ferrer, qué alegría verte por aquí.

—Buenos días, Andrea. Hoy tengo el día libre y he venido a ver a mi madre. Veo que os lleváis bien porque sigues aquí. —Sonrió, parecía feliz de que al fin tuviera a alguien que lo ayudara con Montse.

—Sí. Tu madre tiene carácter, pero es una gran mujer y le estoy cogiendo mucho cariño. Incluso te diría que el cariño es mutuo.

—Me alegra, me estaba costando la salud estar tranquilo en cuanto

a sus cuidados.

En ese momento escuché a la señora y fui a ayudarla para que bajara a desayunar. Bueno, yo intenté ayudarla y ella solo me llamaba «pesada» a cada movimiento. Le dije que su hijo había venido y puso los ojos en blanco, como si la visita de Ferrer no le hiciera tanta ilusión como la visita de mis amigas el día anterior. Él la agobiaba demasiado, o eso me solía decir ella, pero es que a Montse le agobiaba cualquier acto que conllevara prestar un mínimo de atención a su salud y Ferrer se preocupaba bastante por eso, como era lógico.

—Oye, hijo, ¿vas a estar aquí todo el día?

—Esa era mi intención. Me quedaré en la habitación que hay libre y mañana por la mañana me voy porque tengo que hacer algunas cosas.

—Niña, entonces tú tómate el día libre y vete con tus amigas. O con Erika —me dijo Montse. Sus dos propuestas me parecieron perfectas

—¿Seguro? —Miré a Ferrer buscando su aprobación.

Hubo un silencio incómodo.

—Hijo, ¿eres tonto o qué te pasa? Contesta. Bueno, qué coño, no hace falta que él te de permiso, ya te lo doy yo. Vete y disfruta. Eres joven para estar aquí encerrada.

—Claro, ya me quedo yo —contestó al fin Ferrer—. Tengo clara la medicación que le toca hoy y estará todo controlado. Si te necesitara para algo te llamo, pero tómate libre hasta mañana.

—Sí, tú tranquilo que intentaré no morirme hoy. Qué pesados con tanta pastilla y supervisión. Hay que joderse —farfulló la señora.

—Entonces me iré, muchas gracias. —Estaba pletórica de alegría.

—Niña, por cierto, necesito huevos, por si te apeteciera… —Montse habló de nuevo como si me quisiera arrojar a los brazos de Erika.

Sonrió y yo le devolví el gesto en señal de complicidad, como si alguna vez hubiéramos hablado de lo mucho que me gustaba visitar a la chica de las gallinas. Sin duda, Montse rompía con la idea de que una persona de su época rechazaría la idea de que dos mujeres se pudieran gustar.

Me arreglé con un vaquero estrecho, un jersey de hilo amarillo y un abrigo más formal que el que solía llevar a diario. Poca cosa, pero lo suficiente para que la anciana me mirara con cara de «qué guapa vas, niña, no como siempre», y es que para trabajar solía usar ropa deportiva lo más cómoda posible. Me alegraba, al menos, de no tener el típico uniforme de pijama azul o blanco que solían llevar las auxiliares que trabajaban como internas en alguna casa. Ella siempre me decía que no eran necesarias «tantas formalidades ni gilipolleces», y yo le hacía caso con mucho gusto.

Al llegar a la casa rural que se habían alquilado mis amigas las encontré discutiendo, para variar. Se las oía desde la calle, pero no me pilló de sorpresa, estaba acostumbrada. La casa era muy bonita, por fuera tenía muchas flores bien cuidadas, como la casa de Montse, y crecía musgo entre la piedra de la fachada. Llamé a la puerta dando un par de golpes con los nudillos, pero no se percataron de mi presencia hasta que no golpeé directamente una de las ventanas. La tenían abierta y se asomaron al momento.

—Joder, Andrea, eres tú. Qué susto —dijo Natalia muy nerviosa.

—Bien podría ser la policía con los gritos que estáis dando. ¿Qué os pasa?

—Espera que te abro porque esta es capaz de tenerte ahí toda la mañana —gritó Lara. Al momento vi cómo abría la puerta de entrada y pasé a la casa.

Por dentro era muy moderna, aunque mantenía detalles rústicos como la piedra en la pared y la chimenea para que no pareciera que estabas en cualquier piso de ciudad. Era un concepto de espacio abierto, con la cocina, el salón y la zona de dormitorio junta. En una esquina había un *jacuzzi* increíble.

—Perras, menuda choza tenéis aquí. No sé cómo podéis perder el tiempo en pelearos con todo esto.

—Díselo a tu amiga —soltó Lara—. No quiere hacer nada, dice que hace viento, tampoco se quiere dar un bañito de burbujas y parece que se aburre conmigo porque se ha tirado toda la noche jugando con el móvil.

—No exageres —contestó Nat.

—¿Que no exagere? Me da lo mismo traerte a un pueblo perdido del mundo que quedarnos en casa o en la papelería trabajando, porque tú siembre haces lo mismo.

—¿Y qué hago, según tú?

—Nada. Eso es lo que haces. Nada.

—Tenía una partida de póquer programada desde hace días y por eso estaba con el móvil, tampoco es para tanto.

—Para ti nunca nada es para tanto —sentenció Lara y se metió al baño dando un portazo.

Yo miraba a una y a otra como si fuera un partido de tenis.

—Menudo recibimiento —dije.

—Perdona, Andrea —contestó Lara que salió del baño tan rápido como había entrado—. Tienes razón. Por cierto, ¿qué haces aquí? ¡¡Estás aquí!! ¿Te han dejado el día libre? Dime que sí. ¡Qué alegría! —Me abrazó. La bipolaridad de mi amiga me resultaba curiosa, pero había que quererla así.

—Ha venido el hijo de Montse y se queda hasta mañana. ¡Me han dado el día libre! Tenemos todo el tiempo para nosotras, perras. —

Chasqueé la lengua y levanté los brazos en señal de victoria.

—Ahora vas a tener que salir sí o sí, Natalia —bromeó Lara—. Por cierto, no se me olvida que me tenías que contar algo sobre alguien que te gusta. Te lo noté por teléfono y no me lo negaste.

—¿Cómo? Me he perdido. —Natalia dio un salto de la cama donde estaba sentada y se puso a mi lado deseosa de saber.

En algún momento tendría que contarle esto a mis amigas. Lo que no sabía era cómo verían ellas que fuera una mujer totalmente distinta a cualquier otra que me hubiera podido gustar. Aislada en una finca a la que se llegaba haciendo una excursión de senderismo y que me sacaba unos quince años. Lo cierto era que tenía que ir a por huevos. Vamos, que tenía que verla, porque lo de los huevos ya era prácticamente una excusa, pero solo tenía ese día libre y entre que iba y venía se me iban a ir todas las horas de luz. Yo también quería disfrutar con Natalia y Lara, así que me quedé un rato pensando si llevarlas conmigo a casa de Erika sería una buena idea. Antes de invadir a la chica de las gallinas tendría que decírselo, que para algo me dio su número de móvil. Ay, me dio su número y aún no lo había usado, aunque no era por falta de ganas, sino por no parecer pesada y llamarla simplemente para hablarle de mi vida y de lo bien que sabían sus labios en ese milisegundo en el que los rocé y de las chispas que salían cuando su mano tocaba la mía. No, no podía llamarla para eso, pero en ese momento tenía una excusa para hacerlo.

—Hay una chica que me gusta, pero vive lejos. La conocí porque Montse me envió allí para comprar huevos de sus gallinas y, por cierto, hoy tengo que ir, así que podéis acompañarme.

—Suena bien. ¿Esa chica sabe que estás loquita por ella? —preguntó Natalia.

—¿Qué? No, no. No lo sabe y no lo debe saber porque yo seguramente no le interese lo más mínimo y no quiero que luego sea incómodo tener que verla todas las semanas. Así que, por favor, comportaos y no la lieis si quedamos con ella.

—¡Qué dices! —Se sorprendió Lara—. Si eres guapa, graciosa, simpática, enfermera y buena persona. Si no le gustas es que no le interesan las mujeres.

—Sí le interesan. Le pregunté que si no tenía pareja y me dijo literalmente: «No, no tengo novia»

—Entonces es tuya, nena —dijo Natalia, me señaló con el dedo índice y guiño un ojo. Dios, era tan tonta que no podía hacer otra cosa que quererla.

—A lo mejor le parezco demasiado joven.

—¿Joven? —preguntó Lara.

—¿Joven? —dijo Nat como si fuera un loro—. Eres mayor de edad, con eso vale. Espera, ¿cuántos años tiene ella? No me jodas que es una

amiga de la abuela que cuidas.

—Natalia, no eres más burra porque no puedes —le recriminó Lara.

Yo reí y me arrepentí de haber desvelado mis miedos a esas dos locas.

—Calculo que tendrá unos cuarenta años. Quizá un poco más.

—Ostia. Sería ella la que tendría que dudar en si a ti te parece mayor, y no al revés. Bueno… hay algunas cuarentonas que están buenas, mira Shakira. —Ahí estaba Nat y su comentario. La verdad es que Erika era lo menos parecido a Shakira del mundo, pero a mí me encantaba.

—Bueno, venga, dejemos lo de la edad. Si tienes que ir a por huevos te acompañamos —dijo Lara y yo agradecí que cortara el tema.

—Voy a llamarla.

Iba a llamarla. Cogí el móvil y sentí las palpitaciones del corazón en el cuello, en el pecho y hasta en la boca. Me sudaban las manos. No podía. No podía.

«Mejor le mando un mensaje, es menos invasivo. ¿Quién llama hoy en día?», pensé.

> Andrea_
>
> Erika, soy Andrea. ¿Puedo ir hoy a tu casa? Montse quiere otra docena de huevos. Han venido mis amigas y subiré con ellas, pero será rápido y pueden quedarse fuera.
>
> Te aviso para no darte otro susto y saltar la verja como una loca.

Esperé un minuto, dos, tres, cuatro… me estaba volviendo loca. Mis amigas se fueron a vestir, entre que se besaban y se mataban a la vez, y yo mientras rezaba para que Erika contestara a ese mensaje tan cutre que le había mandado. Miré el móvil y lo miré y lo miré más y…, de repente, la pantalla se iluminó y empezó a vibrar. Me estaba llamando, lo que yo había evitado ella lo estaba haciendo.

—Andrea, claro que puedes venir y tus amigas también, pero no las dejes fuera como si fueran bolsas de basura —dijo nada más que descolgué el teléfono. Escuché como reía y ese sonido me pareció lo más bonito del mundo.

—Claro. Era por si no querías que pasáramos todas.

—¡Andrea tiene el día libre! —dijo Natalia gritando cuando se dio cuenta de que estaba hablando con Erika por teléfono.

—¿Eso es verdad? —preguntó Erika, que lógicamente la había escuchado. Ella y todo el vecindario. Yo le hice un gesto a Natalia para que se callara.

—Sí. Ha venido el hijo de la señora y puede quedarse con ella

hasta mañana. Así que me dio el día libre. Lo que pasa es que Montse me dijo que si pudiera me acercara a por huevos.

—Si no tienes prisa para irte quedaos un rato. Yo también estoy con una amiga y a ella no le importa.

La mujer de brazos bonitos y sonrisa perfecta estaba con una amiga en casa. «Amiga». Pensé que era alguien que le gustaba, o algún rollete con el que se liara de vez en cuando. Alguien que estuviera besando esos labios que habían sido míos por un segundo.

—Ah, no quiero molestar —añadí.

—Andrea, no molestáis, mi amiga es veterinaria y ha venido a vacunar a Sinatra, el burro. Aunque por el pueblo me tachen de rara yo también me relaciono con gente, sobre todo con la que me siento bien.

Vale, me estaba diciendo que conmigo se sentía bien, no había motivos para seguir negándome a algo que me apetecía muchísimo. Le dije que iría y cuando colgué di un grito de alegría.

—¡¡Perras, vamos, que tenemos una buena excursión hasta la finca de Erika!!

15

—Joder, Andrea, ya te puede gustar mucho a ti esa mujer y a la abuela sus huevos, porque no veas que caminata hay. Menos mal que me he puesto las zapatillas de senderismo —se quejó Nat.

—No le hagas caso, si se queja por todo —replicó Lara.

—Ya estamos llegando. El primer día que vine yo también me sorprendí de todo lo que hay que andar, incluso pensé en dejarlo y engañar a la señora comprando los huevos en el mercado. —Me paré para respirar—. Menos mal que no lo hice, porque Montse no hubiera tardado ni un segundo en darse cuenta. Mirad. —Señalé la puerta de la finca—. Esa es la casa.

—Al fin, espero que tenga cerveza esta chica porque como haya que comprar yo no bajo. O hielos, está esto como para ir a por hielos —dijo Natalia riendo, pero noté que lo decía en serio.

Mientras dábamos los últimos pasos que nos separaban de la entrada de la finca, vi a Erika a lo lejos preparada para abrirnos. Me invadió una sensación de inseguridad porque siempre que la había visto había sido a solas. Ella y yo, sin la interrupción de nadie más que tuviera que ser partícipe de la electricidad que me provocaba la piel de esta mujer. El burro, del que ya sabía que se llamaba Sinatra, corrió también hacia la entrada y asustó a mis amigas, que se debieron pensar que era una bestia de los infiernos que se las iba a comer, lo cierto es que era un burrito muy simpático. Las gallinas picoteaban a sus anchas, como siempre, por todo el gran terreno del que disponían. Lara y Natalia miraban todo como quien mira a los animales del zoo desde las verjas. Éramos urbanitas, sí, aunque yo cada vez menos, ese estilo de vida me estaba gustando tanto que no se me pasaba por la cabeza volverme a Barcelona.

—Hola, chicas, ¿cómo estáis? Os abro, cuidado con la caca del burro, no la piséis. ¿Qué tal el camino?

—Ostia, qué mal huele —oí decir por lo bajo a Natalia.

—Cállate, que te va a oír —le recriminó Lara.

—Toma ya, ¿esta es tu chica? Madre mía, Andrea, como han cambiado tus gustos —me susurró Nat y yo le di un codazo fuerte en las costillas.

—Hola, Erika, el camino genial, se nos ha hecho corto —mentí.

Mis amigas me miraron incrédulas. Yo debía de tener una cara de pánfila de cuidado. Después de las debidas presentaciones, pasamos y seguimos a la mujer por la que estaba enloqueciendo desde hacía días.

Al llegar a la vivienda, soltamos las chaquetas y pasamos al salón, donde estaba una chica morena, guapa, de piel perfecta y ojos grandes sentada cómodamente en el sofá y comiendo un surtido de quesos que había sobre la mesa. Intenté controlar mis celos porque ya me había dicho Erika que era la veterinaria. «En Barcelona las veterinarias no son así. Debe de ser cosa del campo», pensé.

—Madre mía con la pincha burros. ¡Cómo está! —soltó Natalia y menos mal que su novia estaba distraída y no la oyó.

A las dos ya les había informado por el camino de que Erika estaba con una persona que había venido a vacunar al animal, más que nada para que no pensaran algo raro y soltaran alguna cosa que no debieran, sobre todo Natalia; bueno, en especial ella, que siempre había sido la bocazas del grupo.

—Chicas, esta es Sam, una amiga y la veterinaria de mis animales.

Sam se levantó y las tres fuimos a darle dos besos como chicas educadas que éramos. Parecía simpática, aunque yo seguía en alerta por si aquella mujer pudiera ser algo más de lo que Erika nos había explicado.

—¿Y de qué os conocéis? —preguntó Sam.

Eso mismo me gustaría saber a mí de ella, pero no era tan indiscreta como para preguntarlo.

—Natalia y yo somos pareja y amigas de Andrea. Hemos venido a pasar unos días en este pueblo y a verla —dijo Lara.

—Y nos ha dicho que tenía que ir a por huevos, así que a por huevos que venimos, y lo que surja —confesó Nat, alias *bocachancla*.

—Trabajo con una mujer a la que le gusta mucho comprar huevos de estas gallinas y por eso conocí a Erika. De tanto venir nos hemos hecho amigas —dije para que quedara más claro que mi relación con su amiga iba más allá de un simple intercambio de óvulos de gallina.

Miré a Erika y sonreí buscando su aprobación. Ella, al final, me dedicó un guiño de ojo que me electrocutó por dentro.

—Perfecto, Andrea hoy no trabaja, yo ya hice todas las tareas, Sam también terminó y Lara y Natalia están de vacaciones; así que, mientras veníais hacia aquí, hemos pensado que quizá os apetezca hacer un par de horitas de senderismo y así conocéis más esta zona. —Erika nos miró esperando que alguien se emocionase por la idea—. Es una ruta cortita.

—Yo no he traído ropa para andar —confesé. Porque para una vez que me arreglo un poco, van y me proponen una actividad deportiva.

—Por eso no te preocupes, con el calzado que llevas vas bien y yo te puedo dejar un pantalón de deporte y una sudadera, si quieres estar más cómoda.

—Será divertido, conozco esa ruta y es preciosa —saltó Sam.

Natalia y Lara se miraron entre ellas. Después de la discusión que

habían tenido sobre que a Nat nunca le apetecía hacer nada, yo me reía por dentro pensando que no le iba a quedar más remedio que moverse, y no porque lo dijera su novia.

—Encantada, a mí me gusta mucho la acción y las nuevas experiencias —dijo Natalia ante mi asombro y el de su novia.

—Entonces, no se hable más —concluyó Erika.

Me dejó ropa cómoda y olía a ella. Dios, me hubiera quedado ahí todo el día inhalando el perfume de esos tejidos como una loca si no fuera porque parecía que mis amigas se estaban dando cuenta de mi nivel patético de enganche con esa mujer. Salimos de la casa hacia una dirección que nunca antes había explorado, claro que mis únicas caminatas por el campo en aquel sitio habían sido de villa Montse a la finca y de la finca a villa Montse. El cielo estaba nublado y el paisaje era maravilloso, pero Erika llenaba toda mi atención.

—Me encanta respirar aire tan puro —dije en alto, llené de oxígeno mis pulmones y cerré los ojos. Me sentí feliz.

Llevábamos caminando unos veinte minutos, mi chica de las gallinas iba la primera para guiarnos y yo me adelanté para ir a su lado. Nat, Lara y Sam iban por detrás hablando y riendo, parecía que habían hecho buenas migas y me alegré de que, al final, la idea de la ruta les hubiera hecho calmar sus ánimos.

—Ha tenido que ser un gran cambio dejar Barcelona para venirte a Beget —me dijo Erika.

—Sí, pero no lo echo de menos.

—¿Te vendrías aquí a vivir?

Su pregunta era demasiado abstracta para mí. ¿Irme a vivir a Beget sola? Lo dudaba. ¿Irme a vivir a Beget si ella fuera lo primero que viera al levantarme y lo último al acostarme? Ahí mi fantasía de cuentos de amor perfectos hubiera contestado un «sí» rotundo, pero no me iba a lanzar al vacío de esa manera sin saber si ella sentía un mínimo de curiosidad por mí.

—Me iría a vivir a cualquier lugar en el que supiera que iba a ser feliz —contesté para no mentir ni tampoco que se pensara que me había vuelto loca con ella. Bueno, sí, estaba un poco loca, pero eso era mi secreto.

—Buena respuesta.

—¿Tú eres feliz?

—Mucho —contestó—. Aunque por el pueblo digan que estoy sola y amargada, soy más feliz que mucha gente. Tengo todo lo que quiero.

—¿Y el amor? ¿No te falta? Me refiero al amor romántico. —Me pareció que preguntando eso daría un vuelco interesante a la conversación.

—Sí, pero no importa. A ti también te falta y no por eso eres

infeliz, ¿verdad? Me gusta estar sola. —Hizo un parón en el camino, un camino algo embarrado, y me miró fijamente—. Aunque también me gusta estar con alguien que me interese. Alguien seguro y con quien tenga una conexión fuerte. Un amor intenso, de los que te rompen los esquemas. —Apartó la mirada y siguió el camino—. Pero si no aparece no pasa nada, eso no se busca.

Y yo, ¿le rompería los esquemas? ¿o sería demasiado niña para ella? Qué complicado era ligar en el campo, tanta incertidumbre no pasaba con el Tinder.

—¡Chicas, mirad qué bonito! —gritó Sam.

Delante de nosotras había un prado precioso lleno de caballos pastando y al fondo, entre las frondosas montañas, aparecieron unas nubes rosáceas que contrastaban con el cielo nublado traspasando el horizonte. Un horizonte que se dibujaba a base de picos de montaña de color blanco. En el ambiente había humedad y se notaba el olor a tierra mojada. Era agradable, tan agradable que me vine arriba y quise sacar mi fortaleza, demostrar seguridad y hacerme la «chica de campo sin miedo», como si fuera a impresionar con eso a Erika.

—Andrea, ¿dónde vas? —me gritó Lara.

Me acerqué simulando decisión a uno de esos caballos salvajes, pero a veces no hay que molestar a la naturaleza porque se asusta; sobre todo si eres tan patética como yo. Y eso es lo que pasó. Fui a tocarlo y el animal, un precioso potro de color marrón y crin negra, no se lo esperó y dio un pequeño salto, como si quisiera pegarme una coz. Yo me asusté y al dar un paso hacia atrás tropecé con una rama y me caí en el mayor charco de fango que podía haber sobre el planeta Tierra. El mayor baño de barro que me había dado en la vida. Ahí, delante de todas y, sobre todo, delante de mi futura mujer. Quise disimular, pero era inútil, como esos chistes de «disimula, que viene la chica que te gusta», no había salvación. Pantalón, chaqueta, pies, rodillas, pelo, orejas, bragas… sí, bragas también. Todo. Todo era barro. La pura imagen de la vergüenza tenía mi nombre.

—Si querías un tratamiento para la piel haberlo dicho, mujer —dijo Natalia riendo a carcajadas—. Menuda mierda. —Siguió.

Lara se tapó la boca, porque siempre había sido una chica más comedida, pero en sus ojos se veía que estaba a punto de reventar por no reír. Sam tenía una cara de no creerse lo que estaba viendo y Erika fue la única que corrió hacia mí para ayudarme. Con la sonrisa en la cara, porque era inevitable, pero al menos vino a salvarme para que mi bochorno no durara aún más. Me dio la mano y me sacó de ahí. Sobre toda mi persona se propagó un olor a mierda impresionante. La mujer a la que me quería ligar estaba viéndome llenita de caca de animal mezclado con barro. «Así no se puede, Andrea, así no. Ni con veinticinco años ni con cuarenta», pensé.

—¿Qué pretendías hacer? Son animales salvajes, no van a comer de tu mano como un perrito —dijo Erika—. Venga, anda, hay que ir a que te cambies porque no hace sol y así puedes coger frío. Aparte de oler un poquito… mal.

—Joder, perdona.

—Es broma, estos olores no me asustan, vivo en el campo.

Me hizo sentir mejor, dentro del malestar que sentía por la situación, no como las otras perras que seguían con sus bromas escatológicas. Tener amigas para esto.

—¿Nos volvemos a casa? —preguntó Lara—. No puedes ir así.

—Podemos seguir con Sam, que sabe el camino, y que Erika y Andrea se vuelvan. Ya que nosotras solo vamos a estar unos días aquí… —propuso Nat.

Lara abrió los ojos tanto que casi se le salen las cuencas. Hacía un rato que discutían porque su novia no quería hacer ningún tipo de plan y, de repente, era toda una exploradora que no se quería ir a casa porque quería aprovechar el tiempo. Natalia le echó una mirada de «ya lo sé, no me mates» y a mí otra de «así te quedas a solas con ella». Parecía que haberme caído en una montaña de excrementos fuera un plan pensado estratégicamente para acabar en los brazos de Erika. No podía negarme, por primera vez Nat había tenido una buena idea.

—Por mí encantada, seguimos nosotras la ruta y luego os vemos en casa a vosotras —asintió Sam mirando a su amiga y a mí, o a lo que quedaba de mí y de mi integridad.

—Bueno, pues vámonos que sino vas a coger una pulmonía —contestó Erika.

El camino de vuelta lo hicimos rápido porque el barro empezó a secarse en mi cuerpo y me puse a tiritar. Erika se dio cuenta y me puso su chaqueta por encima. Me negué, pero insistió. Al verme tan avergonzada fue quitándole hierro al asunto y me convenció de que eran cosas que podían pasar en el campo.

¿Cómo no me iba a gustar esa chica?

16

Erika preparó todo para que me duchara en su casa. La imaginé metida conmigo en esa ducha tan amplia de azulejos azules, apretando su cuerpo desnudo y perfecto contra el mío y dejando que el agua se escurriera entre nuestras bocas. Cada segundo que pasaba con ella era como un paso más en mi deseo de que esa mujer sintiera lo mismo que yo. Joder, me gustaba. Me gustaba mucho. Y ella no me daba muchas señales de que el sentimiento fuera mutuo. A veces, había algún gesto o alguna palabra de su parte, pero no tenía del todo claro si eran mis propias ganas las que hacían que yo interpretara todo eso como algo más que simples detalles de amabilidad. Me sequé con la toalla blanca que me había ofrecido nada más entrar y me quedé un rato mirándome al espejo. «Tonta, seguro que te ve como una cría a la que cuidar. Como su hermana pequeña», pensé.

—¡Andrea! —gritó desde el salón—. La chimenea está lista. Te he dejado ropa limpia encima de mi cama. Ven al fuego y entrarás pronto en calor. Voy a preparar té.

Vale, no solo era perfecta por fuera, también era atenta. Lo tenía todo. Me hubiera gustado decirle que el fuego de la chimenea no me hacía falta porque con que me rozara la piel yo ya entraba en calor, pero no quería que se fuera corriendo. Salí con la toalla enrollada en el cuerpo hasta su habitación y me puse la ropa que me había prestado por segunda vez en el día. Una sudadera gris y unas mallas negras. Básico, caliente y cómodo. Era como estar en casa.

—Como siga así voy a dejarte hoy sin ropa —le dije cuando regresé al salón—. Siento que te hayas tenido que venir por mi culpa.

Erika estaba ya sentada cerca de la chimenea y sirviendo té en dos tazas grandes. Me vi por un momento haciendo ese ritual cada día con ella y me pareció la mejor definición de la palabra «perfecto».

—No te preocupes, yo esa ruta la puedo hacer cuando quiera. Podemos ir cualquier otro día, si te apetece, pero esta vez te llevaré una muda por si acaso —contestó con la risa aflorando en las comisuras de sus labios.

Me apetecía, claro que me apetecía, pero la ruta y lo que fuera. Pasar todo mi tiempo libre con ella, eso me apetecía. Sentarme a su lado, abrazarla, olerla y que diera un chispazo cuando su mano tocara la mía.

—Sí, cuando tenga tiempo libre lo intentamos de nuevo. Prometo no hacer nada que pueda implicar que tengas que sacar más ropa de

tu armario para que la manche.

—Montse te deja poco tiempo libre. ¿Qué tal con ella?

—Cada vez mejor, ya me voy haciendo con su carácter, aunque me cuesta mucho que camine o que se tome las pastillas justo cuando se las doy. No acepta muy bien el hecho de necesitar cuidados de otra persona —le conté mientras daba sorbitos pequeños al té para no quemarme.

—Puede que le guste la soledad.

—Tuvo un amor secreto hace mucho tiempo —confesé sin pensar. Hasta ese momento no había contado a nadie mi descubrimiento, ni siquiera a mis mejores amigas.

—¿En serio? ¿Cómo te has enterado? —preguntó. Y en ese momento descubrí que Erika y yo podríamos tener en común el gen de la curiosidad.

—Descubrí unas cartas. Cartas de amor antiguas. Como esas historias de novela en la que una anciana llora por su romance prohibido.

—¿Un amor prohibido? —Erika no paraba de ponerle interrogaciones a todo lo que yo decía mientras abría los ojos como platos.

—Eso parece. Lo que pasa es que aún no sé el motivo por el que llevaban una relación oculta. En las cartas alguien escribe confesando sus sentimientos y se citan para verse siempre en secreto.

—¿Para verse en secreto? ¿Y no se lo has preguntado a Montse?

—Estoy leyendo esas cartas a escondidas, si supiera que he abierto un cajón que tiene cerrado con una llave que nunca se quita del cuello me echa de la casa al momento.

—¿Una llave que tiene en el cuello?

Su insistencia en las preguntas hizo que soltara una carcajada y me acordara de que había fotografiado casi todas las cartas que me quedaban por ver. Hice a Erika un resumen rápido de lo que hasta ahora había leído en aquellos textos y ella se mostró tan entusiasmada con esa película de amor que le estaba contando que le propuse si quería que leyéramos más.

17

Carta 6

Mi dulce Montse,

He llorado un río de lágrimas pensando que no me querrías hablar más y he ido cada día al puente por si tenía noticias tuyas, incluso valoré el ir a tu casa, pero sé que eso podría empeorar las cosas. Cuando vi la carta en la piedra volví a llorar, pero de alegría.

No sabía que tus padres quieren que salgas con Damián, el hijo del dueño del hostal. Entiendo que a veces unos padres buscan lo mejor para sus hijos, pero en este caso se están excediendo, tú tienes que ser libre para amar a quien te dé la gana. Nunca imaginé que para poder venir a mi casa estuvieras mintiendo. Decir que te ibas con Damián para excusar tus salidas de casa era una bomba que te podía estallar en cualquier momento. Mi amor, deberías de habérmelo dicho, te hubiera ayudado. Qué mala suerte que justo vieran a Damián por la ventana y descubrieran tu mentira. Ya imagino que habrían estado asomados un buen rato esperando tu llegada, pero es que te tienen demasiado atada. Si no te hubiera retenido un poquito más entre mis brazos podrías haberte ido antes, como siempre, y esa casualidad no hubiera ocurrido. Montse, tuviste que sufrir mucho cuando llegaste y fueron tan duros contigo.

Vale, lo de escaparnos te da miedo, pero ¿no te das cuenta de que es la única forma de ser felices? Mi felicidad solo la siento si voy de tu mano y, por lo que me cuentas en la carta y por lo que noto cuando te veo, a ti te pasa lo mismo. Llevamos así casi un año y son muchos obstáculos diarios, pero no me importaría esperarte toda la vida si supiera que al final… que al final habrá un «tú y yo» sin importar lo demás.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

18

Carta 7

Mi dulce Montse,

Necesito verte y saber en persona que estás bien.

Al menos tengo tus cartas. Te imagino yendo a por pan a la tienda del señor Manuel y escondiéndome tu sobre cuando cruzas el puente de camino. Te imagino, Montse, y me dan ganas de ir y esperarte allí durante horas hasta que aparezcas, solo para ver tu preciosa sonrisa de lejos.

Se me ocurre una cosa. Hay una casa que está abandonada, la del tejado lleno de nidos de cigüeña, está muy cerca de la iglesia, no tiene pérdida. Mañana yo te compro el pan para que ahorres tiempo y te espero allí. La puerta solo está encajada, pero no cerrada, me di cuenta un día que me apoyé para atarme el zapato y sin querer se abrió. Solo tardas diez minutos hasta tu casa, así que podemos encontrarnos sin miedo a que nadie nos vea y luego te vas. Estaré dentro, llama tres veces y así sabré que eres tú.

Dime que sí.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

19

—Espera, esto es increíble. Es una historia maravillosa. Los padres de Montse no la dejaban hacer nada y encima querían que se liara con Damián, que es quien con el tiempo heredó el hostal. —Erika me hablaba impresionada. Hizo una pausa y me pareció preciosa. Cada gesto nuevo suyo que descubría me encantaba—. ¿Por qué tanto secretismo?

—No lo sé, eso mismo me pregunto yo cada vez que leo una carta.

—Me gustaría leer las de Montse, a ver si son tan apasionadas como estas. ¿No sabes el nombre del amante?

—Ni idea. Podría ser cualquiera. Tampoco dice nada de a qué se dedica —contesté.

Erika posó su mejilla sobre el dedo índice en actitud pensativa.

—Me encantan los amores de antes. Las cartas, las quedadas a escondidas de los padres, el darse la mano y sentir como si estuvieras en una nube.

«Si ella supiera que cuando me roza con la mano subo más arriba de las nubes…», pensé.

—Seguro que aún existen. A mí me gusta fantasear con el amor de las novelas románticas de época. O con el *Diario de Noah*, sin ir más lejos —dije mientras seguía con el móvil en la mano buscando otra carta fotografiada para leerla.

—Así que eres una romántica.

—Lo soy —le contesté mirándola fijamente a los ojos.

—¿Tienes más cartas? —preguntó, quizá se sintió intimidada y por eso cambió de tema.

—Sí, hice fotos a casi todas.

20

Carta 8

Mi dulce Montse,

No sé cómo explicarte todo lo que siento. Tenerte tan cerca, de nuevo, sentir el calor de tu piel, acariciar con el dorso de mi mano cada rincón de tu cuerpo hasta hacerte estremecer. Notar tu excitación, saborear tu lengua con esa ansia que teníamos, notar que me deseas tanto como yo a ti.

No sigo, lo siento por ponerte esto, pero necesito expresártelo.

Los mejores quince minutos que he vivido en mucho tiempo. Pensar que te perdía ha avivado aún más lo que siento por ti. ¿No te pasa lo mismo?

Montse, esto es tan puro que solo deseo ir a más.

Siempre a más.

Ojalá algún día.

Ojalá.

Sin miedos.

¿Me acompañarías?

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

21

Miré a Erika y me noté totalmente sonrojada por lo que acabábamos de leer. En esas palabras nos imaginé a nosotras. Es algo que podría haber escrito yo misma para describir cómo me sentiría tocando a la chica de las gallinas, a la mujer que ocupaba mis fantasías. Rozar la piel de todo su cuerpo con el dorso de mi mano hasta hacerla estremecer debía de ser… joder, maravilloso. En ese momento noté calor, mucho calor. A veces tanta fantasía me jugaba malas pasadas.

—Parece que esta chimenea está muy caliente —dije mientras me abanicaba con la mano.

—Se podría escribir un libro solo con estas cartas. Tienes que preguntarle quién fue su amor. O, mejor, díselo a su hijo, quizá él las reconozca.

—Me matarían. ¿Quieres que me echen de la casa y perderme de vista para siempre?

—Claro que no. —Erika me sonrío. Ay, Dios, me sonrío.

—¿Leemos otra?

—Más tarde. Tengo que limpiar el gallinero. ¿Me acompañas?

«Te acompañaría al fin del mundo. Toda la vida», pensé y fui consciente de que mi nivel de intensidad con respecto a aquella mujer estaba superando los límites, teniendo en cuenta que hacía relativamente poco tiempo que nos conocíamos y que ella no sentía lo mismo.

Se levantó y recogió las tazas ya vacías de aquel té negro con toques de lavanda que preparaba tan bien. Me prestó una chaqueta vieja que tenía colgada en un perchero de la entrada y ella se puso otra. Se atusó el pelo y se limpió las gafas. Me fijé aún más en la cremallerita de su ojo. Preciosa. Perfectamente construida a lo largo de los años. Curtida por el sol de esos campos tan bonitos. Me sentí como la alumna de una granja escuela esperando a que la profesora se dirigiera a los animales para seguirla; pero, joder, qué profesora. Salimos de la casa y Sinatra, el burro, estaba en la puerta y saludaba haciendo movimientos con la cabeza. Era tan gracioso y entrañable que si en algún momento había sentido una pizca de miedo debido a su tamaño en ese instante me desapareció. Erika le acarició el lomo y yo hice lo mismo, como buena alumna.

—Es precioso —le dije.

—Sí, lo adopté hace años en una asociación y es un animal muy

cariñoso. ¿Verdad, Sinatra? —Erika beso al animal y este movió las orejas. Le entendí totalmente, seguro que mis orejas también hicieron eso cuando le robé un beso a esta mujer.

Entramos al gallinero. Había algunas gallinas subidas a los palos y otras estaban comiendo. En un lado guardaba sacos de virutas de madera para el suelo junto con las herramientas y en el otro había multitud de ponederos. Me ofreció una pala sin mediar palabra y yo entendí que iba a limpiar toda esa mierda junto a ella. «Qué día tan romántico», pensé.

—No sé si sabré —le dije.

—No tiene mucho misterio. Vamos a quitar toda la viruta sucia del suelo y después lo rellenamos con limpia. —Me miró con un gesto divertido apoyándose en el palo del rastrillo que había cogido—. Voy a hacer de ti toda una granjera.

—Haz de mí lo que quieras —dije pensando en alto. Menuda metedura de pata, pero ella pareció no oírme y siguió a lo suyo. Era de ese tipo de personas que no se enteran de nada, aunque le hagas señales de humo con la palabra «me gustas» en letras gigantes delante de sus narices.

La tarea me pareció divertida. Olía mal, sí, pero no era nada que no pudiera soportarse; sobre todo con una compañía tan grata. Echamos todo lo sucio a unos sacos y rellenamos de viruta limpia el suelo. Erika tenía a sus animales muy cuidados. Era muy atenta con todo, incluso conmigo, y eso me llenaba aún más que lo físico, me encandilaba.

—Qué rápido se hace entre dos —comentó.

—Entre dos todo es mejor —dije, y de nuevo sentí que debería de haberme callado ese comentario—. ¿Las gallinas tienen nombre? —pregunté para cambiar de tema.

—Sí, todas tienen nombre. Esas dos de ahí blancas se llaman Rihanna y Whitney y son gallinas araucanas. Las de la esquina que parece que tienen pelos en vez de plumas son Beyoncé, Lady Gaga y Aitana. El gallo que ves ahí tan grande es Elvis. ¡Ah! Y la que tienes a los pies es Rosalía.

—¿Me lo dices en serio? —reí—. ¿Todos tus animales tienen nombre de cantantes?

—Sí, me gusta mucho la música, de todo tipo. Otra cosa que sabes más de mí. —Guiñó un ojo.

—¿Y esa? —pregunté señalando a una que estaba comiendo y que era de una raza muy rara con plumas hasta en las patas.

—Esa es la gallina que más tiempo lleva aquí. A Montse, si puedo, le suelo dar de sus huevos. Se llama Shakira y es de raza Pekín.

Sonreí porque me acordé del comentario de Natalia: «Hay algunas cuarentonas que están buenas, mira Shakira», refiriéndose a la edad de

Erika.

—Nunca imaginé a una chica aislada en un campo con animales escuchando desde Beyoncé hasta Elvis.

—Oye, bonita, que aquí llega la radio y esas cosas. Tengo hasta cobertura de móvil e internet.

Cogió el palo del cepillo, se lo puso a modo de micrófono y empezó a cantar ante mi cara de asombro. Era lo que menos me esperaba en ese momento.

Porque desde que estás aquí.
Aquí cerca de mí.
Que tú eres mi baby.
Ese recuerdo de tenerte sin ropa.

Erika me estaba mostrando una faceta de ella que no me hubiera imaginado. Estaba cantando a grito pelado una canción de Aitana. ¿Me la estaría dedicando a mí o sería casualidad? Ese tema me encantaba, sobre todo el empiece. No me pude resistir y me uní a su fiesta. Cogí el mango de la pala y me puse a su lado. La miré, la señalé con el brazo extendido y me puse en posición de cantante. Yo sí que pretendía dedicársela, aunque ella no lo pillara, aunque pensara que cantaba esa letra como si cantara *Paquito el chocolatero*. Comencé la canción por donde había que empezar siempre: su principio.

Madre mía, ¿cómo se hace para tanta conexión?
Tú lo sabes, yo lo siento, vamos a otra habitación.
Donde nadie, nadie pueda oírnos.
Se nota en mi boca que yo no quiero hablar.

Subió las cejas con la sonrisa iluminándole la cara y continuó la canción.

Porque desde que estás aquí.
Aquí cerca de mí.
Que tú eres mi baby.
Ese recuerdo de tenerte sin ropa.

Las dos movimos al ritmo nuestras caderas con los micrófonos improvisados en una mano y unas ganas tremendas de hacer el tonto, de divertirnos sin más. Nadie podría haber tenido un mejor coro que nosotras: Beyoncé, Rihanna y Shakira cacareando por detrás. Me rozó la mano mientras saltaba y me subió el chispazo hasta el corazón. Erika era como un puto poste de alta tensión. Tropecé con un comedero que había detrás y me apoyé en la puerta para no caerme. Hice tanta fuerza que la cerré. A mi compañera de karaoke se le curvó

la sonrisa hacia abajo de un plumazo.

—¡No! —gritó y fue corriendo a intentar abrir la puerta—. Ya te dije que desde dentro se quedaba encajada y no se podía abrir.

—Ay, lo siento. Madre mía. Es que me he tropezado y… joder. Déjame probar. —Tiré yo también con fuerza de la puerta, pero era imposible.

—¿Tienes el móvil? —preguntó—. Llama a las chicas para que vengan ya.

—Sí. —Lo saqué del bolsillo y lo comprobé—. No tengo cobertura aquí —dije apurada mientras lo mantenía en lo alto buscando alguna rayita que marcara que había línea—. Nada, no puedo llamar.

—Es verdad, en esta zona de la finca no llega la cobertura. No puede ser, ahora tendremos que esperar aquí hasta que vengan y nos abran desde fuera.

—¿En serio? —Miré alrededor y el único consuelo que tuve es que habíamos limpiado aquel lugar. Bueno, eso y la idea de quedarme encerrada con Erika rodeada de paja limpia. Mi imaginación volaba demasiado, aunque a ella se la veía afectada.

—Qué calor me está entrando —dijo. Al mirarla me di cuenta de que se estaba poniendo blanca.

—No te preocupes, seguro que están a punto de venir.

—Les debe quedar como dos horas. Eso si no se entretienen por el camino. —Erika miraba su reloj mientras se tocaba la cabeza de forma compulsiva.

—Tranquila. Al menos ya no huele tan mal como antes.

—Me agobian los espacios cerrados. Necesito poder salir cuando quiera, si no me falta el aire, me pongo pálida y hasta me desmayo.

No me gustó verla así, pero en ese momento me alegré de ser sanitaria y estar acostumbrada a hacer que la gente se tranquilizara en situaciones desagradables.

—Erika, vamos a sentarnos y a pensar en otras cosas mientras nuestras amigas vienen. Seguro que están por llegar, Natalia es muy vaga como para andar tanto.

—Tenía que haber arreglado la puerta.

—La culpa ha sido mía. Demasiada emoción —dije—. Por cierto, cantas muy bien.

Erika se sentó en un fardo de paja que había en el suelo y apoyó la cabeza en sus manos. Me acomodé a su lado y le puse el brazo por la espalda para tranquilizarla. No podía imaginar que esa chica tan aparentemente fuerte se viniera abajo por esto. Sin duda, sufría de claustrofobia.

Teníamos por delante un par de horas en las que algo había que hacer para entretenernos y no pensar en la sensación de estar encerradas.

22

25 minutos encerradas en el gallinero

—¿Estás mejor?

Erika parecía más tranquila. Durante unos minutos estuvo hiperventilando, pero conseguí que se calmara hablándole sobre las aventuras y desventuras vividas con mis amigas. Como esa vez que fuimos a un restaurante muy caro de Barcelona donde Natalia no paró de sonreír a la camarera, porque Nat siempre sonreía a todo el mundo, pero Lara se lo tomó como un gesto de falta de respeto y empezaron a discutir a gritos en medio de aquel salón lleno de gente importante y bien vestida. O cuando me presentaron a una chica que habían conocido en una aplicación y pretendían que quedara conmigo. Planearon una cita doble a mis espaldas y a mí eso no me gustó nada, por lo que salí corriendo en cuanto pude simulando una emergencia mientras las escribía mensajes al móvil con todas las maldiciones que se me vinieron a la cabeza.

—Sí. Me gusta que me cuentes cosas, así me olvido de estas cuatro paredes. —Miró su reloj comprobando cuánto tiempo había pasado desde que cerré sin querer aquella puerta.

—Olvídate del tiempo. Aprovecha el momento. ¿Cuándo vas a volver a estar encerrada con una chica que te viene a comprar huevos cada dos por tres?

Erika suspiró y apoyó de forma más relajada la espalda en la pared. Se me quedó mirando, pero no supe si esa mirada decía: «Cómeme la boca» o «Pobre niña que tiene que estar aquí cuidando de que no me dé un infarto». Yo también era un desastre para captar indirectas; no tanto como ella, pero lo era, así que lo llevábamos claro.

—No lo sé, dímelo tú. ¿Vas a volver a cerrar esa puerta?

—Si no te gusta que la cierre no. Solo lo repetiría si tú quisieras.

—Me pone nerviosa que la cierres —contestó.

Yo estaba hablando metafóricamente, pero ¿y ella?

23

47 minutos encerradas en el gallinero

—¿Siempre has vivido aquí? —pregunté.

—Sí, solo he estado fuera cuando fui a la facultad. Esta fue la casa de mi madre y aquí me he criado.

—¿Y tu padre?

—Vivió aquí también un tiempo, cuando yo era muy niña. Luego las discusiones con mi madre se volvieron insoportables y se fue de casa. No sé nada de él, ni me importa demasiado. Quizá no sigue vivo. Los dos eran mayores.

—Lo siento.

—No pasa nada, yo ni lo pienso. Es alguien que no ha estado en mi vida y no sufro por ello —dijo Erika mientras hacía trocitos entre sus dedos con la paja que iba cogiendo—. Mi madre murió hace cuatro años y ahí sí que lo pasé mal, pero es ley de vida.

Nos quedamos calladas unos segundos. Un silencio que no me pareció incómodo porque parecía que Erika y yo nos conociéramos de toda la vida, o al menos era la sensación que me daba. Me gustaba estar con ella, aunque habláramos de cosas tristes.

–Oye, ¿leemos otra carta del amor de Montse? —Quise cambiar de tema para que se animara.

Sonrió.

24

Carta 9

Mi dulce Montse,

No sé qué ha hecho que cambies de opinión, pero solo quiero que sepas que no vas a arrepentirte. Ya he cogido los billetes de tren y lo tengo todo preparado. Esta noche a las doce en el árbol de la plaza. Iremos andando hasta la estación, pero si nos cansamos demasiado intentaremos hacer autostop.

Empezaremos nuestra vida, amor. Nos lo merecemos. Aquí siento que nos están robando el tiempo.

No te fallaré.

Te prometo la felicidad.

Iremos de la mano porque el amor que nos tenemos no le hace daño a nadie.

Te quiere,

Tu secreto más preciado.

25

55 minutos en el gallinero

—¡Se iban a escapar! —gritó Erika.

—¿No te parece increíble? Me gustaría vivir alguna vez un amor así —confesé.

—Eres toda una romántica.

—¿Y tú? ¿Cómo eres? —le pregunté cuando despegué los ojos del móvil y me di cuenta de que me estaba mirando fijamente.

—Soy de las que le gustan las relaciones largas, apasionadas, esas que te tocan la piel y saltan chispas. ¿Alguna vez te ha pasado?

Me quedé callada por no decirle que ella era mi corriente eléctrica, mi torre de alta tensión, el cable que me recorría el cuerpo emitiendo chispazos a su paso. Me quedé callada porque sabía de sobra que yo pecaba de ser un poco intensa y de que la mente me volara donde no debía, pero es que yo me sentía así con ella, conectada por una energía muy fuerte a los que muchos calificarían de forma menos romántica como: «Te estás pillando demasiado por esa mujer».

—Sí que me ha pasado.

—Ojalá me volviera a pasar —reconoció.

—Ojalá —dije mientras mis ojos bajaban a su boca y mi mente subía a un mundo perfecto de pajaritos de colores.

Me fui acercando a ella tanto que en ese momento solo nos separaba un palmo de paja dura y punzante. Tenía la mano cerca de la mía, tanto que si estiraba mi dedo meñique ya la tocaba. Lo hice y mi piel reaccionó al instante poniéndose como la de las gallinas que tenía al lado. Noté que Erika respiraba fuerte, nerviosa, pero dudé si era por mí o por su claustrofobia.

No quería equivocarme.

—Oye, estaba pensando…

¿Cómo? En mi mundo ideal nos hubiéramos besado, pero no, Erika «estaba pensando». ¿Qué narices pensaba? No había nada que pensar, solo que se acercara, que cerrara los ojos y que me besara de forma apasionada para luego decirme que se había fijado en mí desde el primer momento que entré en esa finca para pedirle huevos. «Vale, yo no le gusto», dije para mí mientras volvía a retroceder los milímetros que le había ganado a su cuerpo. Ella «estaba pensando»

—¿Qué pensabas? —contesté, como si me importara.

—Las cartas. ¿No te has dado cuenta?

—¿Darme cuenta de qué? —me empecé a desesperar porque yo estaba en un mundo diferente a ella en ese momento.

—Me parecen escritas por una mujer, creo que es por la forma de expresarse —dijo Erika emocionada—. A ver, no es descartable del todo que la pudiera escribir un hombre, pero si tuviera que apostar diría que estas palabras han salido de una chica que estaba harta de esconderse por lo que sentía.

Me dejó sin palabras porque no se me había ocurrido esa opción.

—Ahora que lo dices, se mostró muy curiosa sobre cómo mis amigas llevaban su relación. Pero también podría ser el padre de Ferrer, quizá era un romántico empedernido como nosotras.

—¿Tienes más cartas guardadas? Parece que nuestras amigas van a tardar y necesito entretenerme para no pensar.

En ese momento Rihanna, la gallina, se alteró porque Beyoncé quiso picarla, una clara rivalidad entre divas, y me asustó cuando se puso a revolotear encima de mí.

—¡Ay! —grité haciendo aspavientos con las manos—. ¡Me va a picar, me va a picar!

—Tranquila, que no te va a hacer daño, es solo una gallina. —Erika se puso a reír y me miró con un gesto de ternura—. Si gritas tanto y te mueves así vas a alborotarla más. —Agarró mis brazos y los bajó, inmovilizándome para que no siguiera haciendo el molino con ellos.

Su gesto cambió. Ya no era ternura, era…, era… ¿deseo? Al menos eso es lo que yo percibía, o lo que quería percibir. Me volví a acercar. Segundo intento. Sus manos sujetando mis brazos me estaban produciendo mucho calor. Su contacto, de nuevo su contacto. Era tan fuerte el cosquilleo de mi estómago que sentí un latigazo bajándome hasta las piernas, o más bien hasta la entrepierna. Erika estaba tan cerca que podía notar su aliento. Se me olvidó hasta el hecho de que la gallina quería asesinarme hacía apenas un minuto.

—Ya me calmo —dije y me acerqué—. O no —volví a decir y me volví a acercar—. Es curioso cómo han cambiado las cosas, ahora eres tú la que me tienes que calmar a mí.

—Gracias por hacer que no me vuelva loca aquí metida.

—Hoy por ti y mañana por mí. Tú me has salvado de coger una pulmonía por tener una tonelada de estiércol helado sobre mi cuerpo. Es lo mínimo que podría hacer —contesté fijando mis pupilas en las suyas, verdes, infinitas.

—Léeme esa carta —me dijo.

Dios, empezó a ser una tortura.

26

Carta 10

Han pasado ya diez días y no sé nada de ti.

No viniste y me volví a casa con un nudo en el corazón.

Siento que tengo que tirar la toalla porque no hay manera de poder vivir nuestro amor como nos merecemos y empieza a afectarme a la salud.

Esta es una carta mucho más seria de lo que me gustaría, pero, Montse, solo tú y yo podemos romper las barreras que nos imponen. Lo que no tiene sentido es ponernos más y no arriesgarnos a nada.

Espero, al menos, saber que te encuentras bien.

No te tomes esto como un adiós, pero si no tiras también de este carro he decidido alejarme.

Aunque se me muera algo por dentro.

Aunque tenga que vivir el resto de mi vida con tu recuerdo grabado en cada poro de mi piel.

27

85 minutos encerradas en el gallinero

—Vale, llevamos media hora haciendo conjeturas sobre lo que pasó, pero no tenemos ni idea —dije—. Está tu teoría de que son dos mujeres, está la mía de que es el padre de Ferrer, por lo que, al final, volverán juntos.

—También estoy pensando que quien manda las cartas fuera alguien a quien buscaba la justicia —soltó de repente.

—También puede ser un extraterrestre que se enamoró de Montse y lo llevaban en secreto hasta que decidieron huir al planeta Marte, donde nadie miraría mal al que escribió estas cartas.

Me quedé mirando a Erika. Nos estábamos volviendo locas en aquel gallinero donde a ese paso empezarían a nacer pollitos antes de que viniera alguien a abrirnos.

—Creo que respirar tanta viruta de madera te está afectando al cerebro —respondió bromeando.

Ese ese momento se escucharon voces. Al momento reconocí a la escandalosa de Natalia y me alegré de que al fin alguien nos abriera.

—¡Sam, estamos en el gallinero, saltad la verja y venid a abrirnos! —gritó Erika, pero con tanta potencia que me sorprendió. Si existía otra dimensión, su voz llegó hasta allí.

—Madre mía, qué potencia tienes —le dije mientras miraba por el pequeño ventanal que había.

Las chicas saltaron con mucha más destreza de lo que yo lo hice cuando me destrocé la rodilla y corrieron hasta donde estábamos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lara.

—La puerta está rota y el cerrojo no abre desde dentro. La cerré sin querer mientras limpiábamos —expliqué a la vez que nos abrían.

Me hubiera gustado decirle que cantábamos por Aitana con una pala como micrófono y que el baile se me fue de las manos hasta caerme encima de la puerta. Que yo imaginé ese encierro como una oportunidad para declararme a la chica de las gallinas y hacer el amor encima de la paja como si fuera una peli porno de granjeras, a lo *Brokeback mountain* versión lesbianas de campo, pero que ella no estaba muy receptiva y que ojalá sus cobras fueran por la claustrofobia que sentía y no porque yo no le gustara. Me lo callé,

pero pensaba contárselo a mis amigas en algún momento, aunque me arriesgara a una sesión de malos chistes por mi patética forma de ligar.

Lara, Nat y Sam no sabían si reírse o llorar después de la serie de catastróficas desdichas que me habían pasado en unas pocas horas.

—Espero que hayas aprovechado el tiempo porque tuve la magnífica idea de que os fuerais para dejarte a solas con ella —me susurró Natalia al oído mientras caminábamos hacia la casa.

—Mejor no preguntes. Hoy no es mi día.

A ellas sí que se las veía felices, como si esa excursión hubiera sido toda una revelación de vida. Nat había vuelto renovada, nada tenía que ver con esa chica de por la mañana a la que no había forma de despegar del móvil.

—Yo me lo he pasado genial. Sam es maravillosa —contestó con cara de boba.

—Recuerda que tienes novia —le dije dándole un codazo.

—Claro, ¿por quién me tomas? Solo digo que la veterinaria es una chica muy agradable, con una conversación interesante, amable y con una bonita cara y un buen cuerpo, pero yo quiero a mi Lara.

—Más te vale. —Puse los ojos en blanco.

Sam y Erika fueron a la cocina y nosotras tres nos sentamos al lado de la chimenea. Natalia y Lara se quitaron las botas y me mostraron las marcas en sus pies de todo lo que habían andado. Ciertamente a mí no me parecía tanto, tampoco habían hecho el camino de Santiago, pero no quise quitar a dos mujeres de ciudad la ilusión de sus comienzos en el *trekking*.

—¿Y a ti cómo te ha ido con tu chica? —preguntó Lara.

—¿Mi chica? Como ya le dije antes a tu novia mejor no preguntar. Creo que no tiene interés en mí.

Puede que me tuviera que rendir. ¿Qué esperaba? No podía pretender gustar a todo el mundo.

28

Erika

—No sé qué decirte, Sam. He tenido varias oportunidades para besarla, pero estaba bloqueada, nerviosa. Se debe pensar que soy una mujer rara, insociable y mayor. ¿Te has fijado en que le saco por lo menos quince años? ¿Te has fijado en que es preciosa y yo estoy todo el día hecha un desastre llena de plumas de gallina? ¿Te has fijado en que podría tener a quien ella quisiera?

—Erika, para. —Me tiró del brazo—. Deja ya de preguntártelo todo. No te enteras o, mejor dicho, tu miedo te impide enterarte. A Andrea le gustas mucho, me lo han dicho sus amigas —me confesó casi susurrando—. Lo de la diferencia de edad le da igual. Además, tienes miedo a los sitios cerrados y no creo que fuera el mejor momento como para pensar en tirarte encima.

—Bueno, no sabe que tengo cuarenta y uno.

—Se lo imagina. Natalia me dijo que Andrea tiene miedo de ser demasiado joven para ti.

—¿Demasiado joven para mí? —Me sorprendí—. A parte de la edad, ella es una chica de ciudad que está aquí de forma temporal por trabajo. No quiero sufrir como con mi ex.

—¿Vas a estar toda tu vida pensando que te va a pasar como con Cora? Que esa chica te abandonara porque vivir rodeada de naturaleza, sin ruidos de vecinos y con oxígeno puro le agobiara no quiere decir que todas vayan a ser tan gilipollas. Andrea no es Cora. —Sam empezó a enfadarse mientras hablaba, mi ex nunca le había caído bien.

—Andrea también es de Barcelona y no está acostumbrada a nada de esto. ¿Por qué siempre me gustan las chicas de ciudad? Y encima soy una *asaltacunas* a la que han tenido que cuidar por tener claustrofobia en su propio gallinero. —Me quité las gafas y me froté los ojos con fuerza, había tenido demasiado estrés en ese día.

—Mi único consejo es que te dejes llevar más sin pensar en lo que puede pasar. A veces los miedos nos impiden atrevernos a poder ser felices.

—Qué filosófica eres. Seguro que has congeniado bien con Lara y Natalia.

—Yo sí que me he enamorado de las amigas de tu futura esposa —dijo poniéndose las manos en el pecho y sobreactuando como solo ella sabía hacer.

Cogí el plato con aceitunas y patatas que había estado preparando y me quedé absorta en mis pensamientos. No paré ni un segundo de darle vueltas al tema. Andrea había ocupado mi mente desde hacía días y seguramente ella ni lo había notado. Yo era muy cariñosa, pero cuando alguien me empezaba a gustar intentaba ser precavida; sobre todo desde que pasó lo de Cora. La había conocido en una feria agrícola que se había celebrado en un pueblo de Barcelona. Ella trabajaba en la organización y vino a darme unos panfletos. Enseguida conectamos con las miradas y quedamos para tomar algo. Después de cuatro años de relación a distancia optamos porque ella se mudase conmigo. Se acababa de morir mi madre y a mí me era imposible abandonar la finca y los animales; además, era mi modo de vida desde que años atrás había decidido hacerme cargo de las labores del campo. Ella lo dejó todo por amor, sin gustarle todo esto. Una decisión que acabó siendo nuestra tumba. Ese año de convivencia en la finca fue horrible y día tras día me echaba en cara todo lo que había perdido, según ella por mi culpa. Menospreciaba mi estilo de vida y, curiosamente, el campo le ahogó más que la propia polución de una gran ciudad. Ella cambió tanto que ya no la reconocía. Sé que sufrió. Yo fui metiéndome en una burbuja, evitando sus continuos disparos, hasta que un día cogió sus maletas y se marchó sin decirme nada.

Sam sabía todo lo que había pasado. Mis lágrimas, mi angustia y el profundo dolor que me envolvió. De esto ya hacía dos años y lo único que aún me quedaba era el miedo a repetir algo así. Andrea era la primera persona que se cruzaba en mi corazón desde aquello y sentía una gran conexión con tan solo mirarla, con el roce de su mano o con su forma de cuidarme. Era perfecta. Era… era… como si alguien me la hubiera puesto ahí para demostrarme que aún había gente en el mundo con la que un beso fuera una explosión de fuegos artificiales. El día que me dio ese tímido beso podía haber cogido su cintura y apretarla contra mi cuerpo hasta fundirnos, pero no estaba segura de aquello. La diferencia de edad era inevitable y me la puse como barrera porque quizá en cuanto la supiera me vería más como a su madre. Sí, otra barrera más, por si tenía pocas. Yo lucía ciertas arruguitas por los ojos, pero en general me conservaba bien y la actividad física diaria en la finca me hacía estar en forma, incluso musculada. No me hubiera extrañado si Andrea me hubiera echado muchos menos años de los que tenía.

Cuando volvimos al salón estaban las tres hablando de sus cosas y el silencio hizo acto de presencia.

—Estabais hablando de nosotras, ¿verdad? —dijo Sam en tono

jocoso—. Podéis seguir poniéndonos a caldo.

—Estábamos hablando de lo buena guía que has sido —saltó rápidamente Nat—. Y de lo agradable que fue la excursión.

—Quién te ha visto y quién te ve —farfulló Lara.

Andrea estaba sentada en la alfombra, se abrazaba las rodillas y miraba hacia la chimenea. Yo me acerqué para echar un poco más de leña y avivar el fuego. Me percaté en que tenía la mirada algo triste y la noté distinta con respecto a la energía que había desprendido dentro del gallinero.

—¿Estás bien? —le pregunté con cuidado de que solo me oyera ella.

—Sí. —Sonrió, pero de forma forzosa—. Me he quedado aquí hipnotizada con el fuego.

—Siento que hayas tenido que aguantar mi claustrofobia —dije y me senté a su lado.

—¿Bromeas? No ha sido para tanto. Además, fue mi culpa. Con la de veces que me has dicho que tuviera cuidado con esa puerta y voy y la cierro.

—Bueno, la culpa fue de la canción.

—Le puse demasiada emoción —exclamó.

—Mira estas tres. Parece que se conocieran de toda la vida —le dije señalando con la mirada hacia Sam, Natalia y Lara que hablaban y reían dejándonos a nosotras en un segundo plano.

—A veces pasa. Conoces a alguien y parece que fuera tu alma gemela. Una conexión inmediata nada más cruzar la mirada.

—Estoy de acuerdo contigo —contesté.

—Pero ¿sabes cuál es el problema? Que esa conexión no sea mutua. Entonces te quedas en un cortocircuito y eso tarda un tiempo en arreglarse.

Andrea hablaba de forma melancólica y fue ahí cuando me di cuenta de que yo le gustaba de verdad.

—Supongo que, a veces, hay que saber esperar a que las dos personas estén en el mismo punto. Hay gente con dudas que ata con cuerdas a sus sentimientos para no dejarles correr a su antojo, sino de forma lenta. —El crepitar del fuego era relajante y las dos nos quedamos mirándolo unos segundos—. Solo hay que tener paciencia porque para tirar la toalla siempre hay tiempo —dije mientras miraba su pelo alborotado, sus pecas en el cuello y sus pestañas infinitas.

—Eso es lo que les pasó a Montse y a su amante secreto. Se querían, pero estaban en puntos distintos y seguro que eso hizo que la anciana no se presentara al lugar donde habían quedado para escaparse. ¿Tirará la toalla el autor de estas cartas? —preguntó Andrea.

—¡Es verdad! ¿No tienes más para leer?

—No, era la última.

—¡Chicas! Estáis amodorradas ahí. ¿Y si vamos al pueblo a tomar algo? —sugirió Nat y se levantó a dar una palmadita en la espalda a su amiga mientras esperaba la contestación.

—Estaría bien, me apetecen unas cervezas. Erika, ¿te animas tú también? —me preguntó Sam.

Andrea me miró y yo le hice un gesto con la cabeza para que me diera alguna señal de si a ella le apetecía o no, porque tenía claro que de su respuesta dependía la mía.

—Yo me apunto —dijo al fin Andrea—. Y prometo no llenarme de mierda. Erika, si cogemos ya los huevos se los acerco a Montse.

En veinte minutos preparé todo y estábamos listas para ir hacia el pueblo, algo que no solía hacer muy a menudo, pero la ocasión lo merecía.

29

Lara, Natalia y Sam se adelantaron para ir al bar y Andrea y yo fuimos hacia la casa de Montse para llevarle la docena de huevos recién puestos. Hacía bastante que no bajaba al pueblo, pero todo me pareció como siempre. Beget era imperturbable y su estampa medieval había permanecido intacta desde hacía miles de años. En ese sitio nunca había nada nuevo, ni siquiera un comercio que se saliera de lo habitual. Lo más interesante que podías encontrarte era un cotilleo reciente que se estuviera propagando entre los pocos vecinos que había o algún turista intentando ubicarse entre cuatro casas, pero el lugar tenía su encanto, claro que lo tenía.

«Ahí va la chica de las gallinas», escuchaba de vez en cuando a mi paso. Algunos eran clientes conocidos que me venían a comprar, otros solo me señalaban por ser «la rara que vive en aquel prado solitario y tenebroso, la hija de la Dolores, que también era rara». En fin, cosas de pueblos pequeños. Andrea se reía, decía que era como ir con una famosa al lado. Había que tomárselo con humor.

—Erika, ¿quieres entrar? —me dijo cuando llegamos a la puerta de la casa—. Seguro que a Montse le hace ilusión ver a la dueña de los huevos que se mete entre pecho y espalda.

—Claro, adelante. —Me hizo gracia su comentario, Andrea era una chica bastante divertida y eso me cautivaba.

Cuando entramos, Ferrer y la anciana estaban sentados juntos viendo una telenovela. El hombre se levantó al instante para saludarnos.

—Hola, Ferrer —dijo Andrea mientras dejaba la cesta en el suelo.

—Hola. No te esperaba tan pronto.

—Bueno, he cogido los huevos que hacían falta y me he pasado para dejarlos aquí. ¿Cómo va todo, Montse? —Andrea asomó la cabeza entre el cuerpo de Ferrer para que la anciana la viera, pero estaba hipnotizada con la televisión.

—Hemos llegado justo cuando emiten *La reina del sur* y nunca quiere que la interrumpa —me susurró al oído.

—No pasa nada, no quiero molestar.

—Montse, esta es Erika, la mujer que vive en la finca donde compras los huevos. —Andrea alzó la voz para llamar la atención de la anciana.

—Encantada, señora. Yo soy la chica de las gallinas —dije para que me entendiera.

Montse salió de su estado de total evasión de la realidad y se me quedó mirando. Me tendió la mano y yo me acerqué para dársela.

—El gusto es mío —me dijo sin soltarme.

Su mirada fija me taladró. Era como si me estuviera haciendo un escáner con las pupilas. Andrea se quedó sorprendida y sin palabras. Los ojos de la anciana se volvieron acuosos, me acarició la mano con su dedo pulgar y al segundo me la soltó. Me pareció tierno, pero por alguna razón fue un momento raro que no me esperaba, y menos después de cómo me habían hablado con respecto a su carácter.

—Le hemos traído la docena de huevos, hoy se los regalo yo —dije.

—No le hables de usted —susurró Andrea dándome un toque con el pie.

—Eres muy amable. ¿Cuántos años tienes?

—Cuarenta y uno.

Y de esa manera no solo se enteró Montse, sino también Andrea, de que yo no era ninguna niña. No es que tuviera reparos con respecto a mis años, pero ninguna de las dos nos habíamos preguntado algo tan básico como: «¿Cuántos años tienes?» Seguramente, en mi caso, temía que la respuesta fuera un impedimento y había dejado que fuera Andrea, y no yo, quien tomara la iniciativa de abordar el tema.

—Mamá, ¿qué más te dan sus años? —dijo Ferrer con esa voz tan fuerte que tenía.

—Ay, déjame que yo pregunte a la niña lo que quiera. Eres muy guapa, Erika —dijo Montse con ternura.

—Vaya, gracias, es usted muy amable.

—Que no le hables de usted. —Andrea me dio tal codazo que casi me rompe una costilla.

—No te preocupes, niña, Erika me acaba de conocer y no sabe que me gusta que me tuteen.

Andrea subió las cejas y me miró con extrañeza. Aquella mujer no era ningún ogro, era un encanto.

—Es la costumbre, perdona. La verdad es que eres demasiado joven como para llamarte de usted.

Le saqué una sonrisa a Montse ante el asombro de los allí presentes. Seguía sin comprender por qué esperaban que la mujer me soltara algo malo si resultaba ser una persona bastante educada y tranquila, al menos conmigo.

—¿Te importa que suba a mi habitación un momento a cambiarme? Se me olvidó ponerme de nuevo la ropa que yo había traído y no me gustaría mancharte también esta —me dijo Andrea.

—Claro, te espero aquí.

Me quedé con ellos a solas y fue un momento tenso para mí porque no sabía si hablar sobre algo o si era mejor mantenerme en silencio,

así que tomé asiento en una silla que había al lado de la mesa camilla y esperé con paciencia. Ferrer aprovechó la ocasión para salir a la calle a fumarse un cigarro y la anciana, que seguía mirando fijamente la telenovela, centró su atención en mí en cuanto nos quedamos las dos en aquel salón.

—¿Te gusta Andrea? —preguntó, directa y sin anestesia.

—¿Cómo? Bueno…

—Puedes decirme la verdad —me interrumpió—. Lo único bueno de ser vieja es que tengo mucho vivido sobre mis arrugadas carnes y me doy cuenta de estas cosas.

No supe qué decir, era la mujer a la que Andrea cuidaba y estaba segura de que si le contaba algo se lo diría. Me agradó lo abierta de mente que era para su edad. Ojalá todos en ese pueblo fueran así, naturales, sin prejuicios.

—Me cae bien. Nos estamos conociendo. —Salí del paso como pude.

—A ver si estoy comiendo y rompiendo por descuido más huevos que nunca para nada. A la niña le gustas, ¿no te has dado cuenta? Se nota a distancia. Esta juventud no se entera de nada. Hay que joderse —dijo y volvió de nuevo a fijar su atención en la televisión.

—Soy un poco torpe para esas cosas.

—Estáis atontadas, eso es lo que os pasa, atontadas perdidas. Perdéis demasiado tiempo —contestó dejándome ver que sí que tenía un carácter fuerte que había estado camuflando.

A la veinteañera de Barcelona yo le gustaba, ese día ya me había dado cuenta, pero es que ya tenía hasta la confirmación de Montse. Por alguna extraña razón se había fijado en mí, no estaba acostumbrada a que me pasaran esas cosas. Justo en ese momento bajó las escaleras, menos mal que no era de esas personas que tardan medio siglo en arreglarse, al revés, fue fugaz y yo lo agradecí. Se había puesto un pantalón ajustado de color negro y una camiseta blanca con una camisa a cuadros por encima y sin abrochar. El pelo se lo había echado hacia atrás y estaba realmente guapa. Se me debió notar en el gesto, a juzgar por la media sonrisa que la anciana me dedicó. Aquella mujer podía estar atenta a mil cosas a la vez, aunque pensaras que no hacía caso a nada más que a la pantalla.

—Ya estoy —dijo Andrea—. Nosotras ya nos vamos. Hemos quedado en el bar con nuestras amigas.

—Ya sabes que yo me quedo aquí hasta mañana. Así que, si lo deseas, ven a dormir, pero si tienes algún plan puedes volver mañana sobre las nueve —comentó Ferrer que acababa de entrar unos segundos antes.

—Hijo, déjala. Que yo no necesito tener una persona al lado las veinticuatro horas del día. Hay que joderse. Niña, no le hagas caso,

que si quieres volver más tarde de las nueve tú puedes. Esto no es la cárcel de la vieja. Puedes quedarte a dormir con tus amigas. O con Erika —sentenció Montse.

Aquella mujer era adorable. Estaba animando a Andrea a que se quedara a dormir conmigo y me había separado del montón de las amigas. A mí me gustaba la idea de conocerla como algo más que una amiga, pero, siendo objetiva, no podía pretender que una chica tan joven de Barcelona quisiera quedarse conmigo en un campo lleno de más animales que comodidades. Eso me daba miedo, ya había tenido malas experiencias; sin embargo, estaba deseando que Andrea considerara la maravillosa propuesta que había hecho la anciana.

—Vale, gracias. Nos vemos mañana, o esta noche si vengo a dormir. Disfrutad del día.

—Encantada de conocerte, Montse. —Me acerqué a ella y le tendí mi mano. Ella la volvió a coger con cariño y esta vez se quedó mirándola, acariciando las líneas que surcaban mi palma como si pretendiera adivinar algo.

Cuando salimos de la casa, Andrea llevaba una sonrisita en la cara.

—¿De qué te ríes tanto? —pregunté

—Parece que la anciana se ha quedado hipnotizada contigo.

—Me suele pasar —bromeé.

En su cara se notaba que se estaba callando lo que pensaba y hubo unos segundos de silencio, pero no era silencio tenso, sino bonito.

—Mira, ese es el hostal del padre de Damián, el chico que querían que fuera la pareja de Montse —me dijo cuando pasamos por la plaza principal del pueblo—. Cuando estuve aquí con la señora vi a un hombre mayor asomarse por la ventana y meterse rápidamente. Me imaginé por un segundo que podría ser quien escribía las cartas.

—A lo mejor viste al mismo Damián. ¿Y si entramos y preguntamos por él? Puede que nos aclare algo.

Andrea se quedó parada, como si le hubiera abierto una posibilidad que ella no se había planteado.

—¿Estás loca? Sí, estás más loca que yo. Si Montse se entera podría liarse una buena.

—Seamos realistas. Según me has contado ella apenas quiere salir de casa, solo sale porque está obligada a andar, y tampoco recibe visita de nadie del pueblo. La posibilidad de que se entere es prácticamente nula.

Subió una ceja y se empezó a plantear mi idea.

—Eres igual de cotilla que yo, incluso más —me dijo.

—¿Vamos?

En unos segundos estábamos plantadas en la puerta del hostal, mirándonos como si fuéramos a cometer un robo o algo peor. En realidad, lo único que íbamos a hacer era preguntar por el dueño para

ver si le podíamos sacar algo en claro. No sabíamos qué ni cómo, pero solo el hecho de estar haciendo eso juntas me gustaba. La compañía de Andrea me hacía sentir bien, como hacía mucho que no me sentía.

Entramos a la recepción, donde un chico rubio y muy alto tecleaba en el ordenador. Alzó la vista, se percató de nuestra presencia y se acercó a atendernos.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarlas?

—Hola —dijo la chica de Barcelona de forma muy tímida.

Se quedó callada, sin reaccionar, y le di un ligero codazo. Me estaba entrando la risa y antes de arruinarlo todo tomé las riendas de la situación.

—Mi amiga y yo venimos a preguntar por Damián, el dueño.

—Esto cambió de dueño hace mucho tiempo. Damián actualmente vive en una de las habitaciones, pero ¿quiénes sois?

—Somos periodistas, estamos haciendo un reportaje sobre cómo era Beget antiguamente y queríamos a alguien que supiera la historia del único hostal del pueblo —dijo Andrea ante mi sorpresa, había pasado de estar en blanco a estar demasiado suelta.

Tuve que taparme la boca para disimular la risa y ella se mantuvo firme en su papel.

—Y el Oscar es para…

—Calla, tonta, que se me va a notar —me susurró.

—Voy a llamarle, a ver si quiere atenderos —dijo el recepcionista.

Nos mantuvimos calladas mientras él hablaba por el teléfono. Me estaba poniendo nerviosa por momentos, porque una cosa era planearlo y otra estar viviéndolo.

—Me va a dar algo —dije.

—Mira. —Señaló su ojo, tenía un tic muy gracioso y se le movía el párpado solo.

—El señor Damián dice que ahora baja. Podéis sentaros a esperarle. —El chico nos señaló unos sofás con una pequeña mesita que había en un lado de la recepción.

Tomamos asiento. Mi compañera de aventura se tocaba el ojo con la palma de la mano como si se le fuera a salir. Parecíamos niñas traviesas, no teníamos nada planeado sobre qué le íbamos a preguntar. Andrea cogió una libreta y un boli de su mochila para parecer más profesional y, en ese momento, un señor muy mayor, canoso, con algo de barriguita, nariz grande y gafas redondas bajó con dificultad por unas escaleras del fondo.

—Yo creo que es el que vi por la ventana —me dijo Andrea.

—¿Seguro? Si solo le viste un segundo.

—Ya, pero me fijé en esas gafas redonditas a lo Harry Potter.

El hombre se me quedó mirando desde lejos y se paró en seco, como si hubiera visto un fantasma. Después de unos segundos se

acercó a nosotras con cara de no haber tenido un buen día.

—¿Quién eres? —me preguntó directamente a mí.

—¿Es usted Damián? —dije. El asintió con la cabeza.

—Encantada de conocerle. —Andrea se levantó y le tendió la mano, pero él no hizo ni el amago de dársela.

—¿Quién eres? —me volvió a decir—. ¿Eres familiar de Dolores?

Andrea se me quedó mirando con esa cejita levantada que tanto me gustaba.

—Sí, era mi madre. —No pude mentir—. ¿Pasa algo?

—Nada, te pareces mucho a ella y me he quedado sorprendido.

—Me lo suelen decir. ¿Erais amigos?

—Digamos que solo conocidos del pueblo. ¿A qué habéis venido? Me han dicho que queréis información sobre el hotel.

—Bueno… —titubeó Andrea—. En realidad…

—Venga, arranca —le dije entre dientes.

—Solo ha sido una excusa cualquiera para hablar con usted. Queríamos saber si conoce a Montserrat.

—¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Soy la persona que cuida de ella y a veces le nombra. Ha perdido un poco la memoria y me gustaría darle una sorpresa y decirle que he hablado con usted y que está bien —dijo Andrea y yo aplaudí por dentro a su segunda actuación magistral.

—No quiero saber nada y me extraña que ella quisiera saber de mí a estas alturas —contestó.

—¿Fue su pareja? —pregunté yo.

—Yo fui el perjudicado de toda esta historia. Por favor, dejen de meterse en cosas que no les importan —gritó, se dio media vuelta y volvió a subir las escaleras balbuceando frases que no llegué a entender.

Andrea y yo nos miramos y con solo un gesto nos pusimos de acuerdo en que era hora de irse.

—No sé si ha sido buena idea —dije.

—¿Te has dado cuenta? Es igualito a Ferrer. Seguro que es su padre.

Tenía razón, se parecía mucho en los rasgos de la cara, incluso en la voz.

—Apuesto a que acabaron mal y con un hijo de por medio. Creo que lo mejor será que te hagas con esas dos cartas que faltan. Quizá así descubramos más de toda esta historia.

—En el pueblo tiene que saberse. ¿Tú madre o tus abuelos no hablaban sobre los chismes de por aquí?

—Mis abuelos paternos para mí ni existen, como mi padre. Mi madre era hija única y sus padres murieron en un incendio cuando ella tenía dieciocho años. Mi madre se quedó a vivir siempre en la

finca y yo no recuerdo que nunca me contara cotilleos de la gente del pueblo —le contesté.

—Tendremos que quedarnos con la curiosidad, de momento —dijo Andrea con media sonrisilla en los labios. Luego se quedó en silencio y me miró a los ojos—. Tienes aquí una arruguita en forma de cremallera que me encanta, es realmente sexi. —Señaló donde ella decía que estaba.

«¿Una arruga? ¿Me acaba de decir que tengo una arruga?», pensé.

—Ya sabes la edad que tengo gracias a Montse.

—Me lo imaginaba. Acabaste la carrera de biología en el 2008 — me hizo un guiño y se atusó la melena. Rubia, lisa, brillante.

—Eres muy observadora. Debería haber quitado esa orla de ahí hace tiempo. La puso mi madre con todo su orgullo, pero salgo fatal. Nadie sale bien en esas fotos.

—A mí me pareció que estabas casi igual que ahora: preciosa.

Mi mano rozó sin querer la suya, suspiró y se apartó, como si le diera calambre.

—¿Volvemos con las chicas? Se preguntarán que dónde estamos — sugerí. Sentí que si no nos íbamos la besaría allí mismo.

—A estas alturas llevarán cinco cervezas encima, sobre todo Natalia.

—Pues vamos para poder alcanzarlas.

30

En el pueblo solo había un bar, que también tenía servicio de restaurante, y su bonita ubicación le hacía tener un encanto especial, como todo Beget. Desde la terraza se podía ver y oír el río que cruzaba por debajo y cuando llegamos aquello era un remanso de paz. Una paz perturbada por nuestras amigas, bueno, sobre todo Nat, a la que podíamos oír desde lejos. En cuanto nos vieron, las tres saludaron con la mano y cogieron dos sillas más para nosotras.

—Habéis tardado muchísimo. Ya estábamos hablando de ir por si la señora os había secuestrado —dijo Nat alzando la voz.

—Seguramente hubiera querido secuestrar a Erika, porque le ha caído muy bien, le hacía ojitos.

Sam me miró y levantó las cejas. Estaría deseando que le contara si me había lanzado, pero yo prefería esquivar su insistencia. Haría las cosas a mi manera, despacio y cuando yo sintiera que era el momento.

—Chicas, no sé vosotras, pero yo tengo un hambre de mil demonios. Tanto andar me ha generado un monstruo dentro —dijo Nat mientras se acariciaba en círculos el vientre—. ¡Camarero! Ve poniendo cinco cervecitas por aquí, por favor —pidió por todas.

Les contamos cómo nos había ido en la misión de entrega de huevos a Montse, pero obviamos el detalle de nuestra visita al hostal. Parecía que Andrea y yo hubiéramos hecho esa historia solo nuestra, algo que teníamos que descubrir entre las dos mientras nos descubríamos mutuamente. Un pequeño secreto que nos pertenecía.

Al cabo de un rato, Andrea y yo estábamos serenas, pero a las otras tres les empezaba a afectar el alcohol.

—Después de comer butifarra con judías blancas, pan payés con queso de oveja y unos susos de postre, creo que ya os hacéis una idea de la buena gastronomía de esta zona —señaló Sam dirigiéndose a nuestras invitadas.

—Nos hacemos una idea de que todo aquí está muy bueno —le contestó Natalia con una mirada que nadie diría que su novia estaba al lado.

—Están un poco raras —le susurré a Andrea.

—Me he dado cuenta.

—Chicas, ¿nos vamos? —sugirió Lara. A todas nos pareció una buena idea.

La enfermera y yo caminábamos por delante. Eran casi las siete de

la tarde y el día no había podido ser más intenso. No hubiera cambiado ni un segundo de todas esas horas, bueno, quizá mi claustrofobia, pero hasta vivir eso me permitió ver una parte buena de ella: su cariño, su forma de cuidarme, de entretenerme para que la situación no se convirtiera en una auténtica emergencia médica. Al llegar a un puente que separaba una zona de Beget de otra, nos paramos para ver cuál sería nuestro rumbo en ese momento.

—Chicas, Natalia y yo nos vamos ya, que tenemos que aprovechar el *jacuzzi* —dijo Lara como buenamente pudo. Con tanta cerveza se les trababa la lengua a las tres.

—Vale, pero tened cuidado. ¿Sabéis volver a vuestro alojamiento?

—¡Yo no! —gritó Natalia.

—Yo menos —dijo Lara.

Iban dando tumbos.

—Os acompañamos —sugerí.

—No. Yo las acompaño. Por lo que me han dicho esta mañana se alojan cerca de mi casa. Miii caaasaaa —soltó Sam imitando a E.T con el dedo.

—Madre mía, qué peligro. —Andrea se llevó las manos a la cabeza —. Venga, vale, avisadme cuando lleguéis y mañana hablamos.

Sam me guiñó el ojo y las tres se fueron por el lado contrario a nosotras. En realidad, no sabía cuáles serían las intenciones de Andrea. No habíamos hablado sobre si se iría a dormir a la casa de la anciana o a la mía.

—¿Qué quieres hacer? —pregunté deseando que su respuesta fuera la que yo pensaba.

—Ya está atardeciendo. Debería de irme.

—Desde mi casa se ven unos colores increíbles cuando cae la noche —sugerí.

Andrea asintió con la mirada y no hubo que decir nada más para ir rumbo a la finca. Teníamos unas horas más para nosotras y quería aprovecharlas todas, seguir conociéndola y comprobar si de verdad éramos tan compatibles como parecía o si solo me estaba dejando llevar por el momento, por la sensación de gustarle a alguien de quien yo también me sentía atraída.

Caminábamos lento, aunque el trayecto se me estaba haciendo corto a su lado. Ella empezó a quejarse de dolor de pies y bostezaba sin poder evitarlo. Se nos agotaban las pilas, alimentadas solo por la revolución de nuestras hormonas.

—Madre mía, podrías tener un *quad* o algo parecido para ir a tu casa.

—Qué exagerada —contesté—. Yo no sé conducir, así que estoy acostumbrada a ir andando siempre a todos los sitios. Sam sí que tiene un *quad* con el que va a las fincas para atender a los animales, pero

hoy vino andando.

—¡No sabes conducir! —exclamó—. Deberías de aprender.

—Nunca me ha hecho falta.

—Te enseñaré algún día.

Esa frase me gustó, me la tomé como una muestra de que yo no era solo un capricho y no nos íbamos a quedar en un «ahora», sino que podía haber un «algún día» para nosotras.

Me fui relajando y pensé que si se volvía a lanzar no iba a esquivarla de nuevo; aunque, después de haber sido tan distante con ella en sus acercamientos, lo más probable era que Andrea empezara a tomar una postura de espera y fuera yo la que tuviera que dar el paso, pero sin prisa. Poco a poco tenía que ir soltando los miedos de mis experiencias pasadas y tener más confianza en mí misma y en los demás. De momento todo iba perfecto. Sam tenía razón: Andrea no era Cora y aquella historia no tenía por qué repetirse.

31

Andrea

«Hay que saber esperar a que las dos personas estén en el mismo punto. Hay gente con dudas que ata con cuerdas a sus sentimientos para no dejarles correr a su antojo, sino de forma lenta. Solo hay que tener paciencia porque para tirar la toalla siempre hay tiempo», pensé una y otra vez para repetírmelo como si fuera un mantra. Las palabras que Erika me había dicho esa mañana hacían que me contuviera las ganas que tenía de besarla. No esperaba que quisiera que fuéramos de nuevo a su finca y eso avivó mis esperanzas de que a ese «punto» se pudiera llegar pronto. Yo tenía mucha paciencia, pero también demasiadas ganas. Sentí que en ese día pude conocerla más que muchas parejas con años a sus espaldas. Erika era divertida y tenía un punto de atrevimiento que a mí me faltaba en ocasiones.

Cuando llegamos a su casa estábamos agotadas. Noté que también a Erika le faltaba el aliento; sin embargo, eso no nos frenó para preparar un par de tés, salir al jardín y sentarnos en un banquito de madera que me dijo que había construido con sus propias manos. Me encantaba su habilidad para hacer cualquier tipo de cosa y para apañárselas sola en una zona tan aislada. Me daba seguridad estar con ella.

—Mira qué colores se forman en el cielo. Siempre me salgo cuando está cayendo la noche y me quedo embobada —me dijo mientras soplaba para enfriar su bebida.

Tenía razón. Justo encima de nosotras se formaban unas nubes rosas sobre un cielo anaranjado; sin embargo, si miraba hacia los lados parecía que la noche ya había caído por completo.

—Erika, pero esto es maravilloso…

—Te lo dije.

Me quedé unos cinco minutos observando ese fenómeno de la naturaleza, que en mi fantasía ocurría solo encima de nosotras y de nadie más, era nuestro. El color negro del firmamento fue ganando la batalla al cielo entero y empezaron a brillar cientos de estrellas. Erika me miraba y parecía disfrutar con mi cara de asombro. Para mí, sin duda, lo mejor de todo aquello era su compañía.

—¿Pasamos dentro? —me dijo—. Empieza a hacer frío.

—Sí, no quiero que nos pongamos malas.

Encendimos la chimenea, que tenía restos de ceniza de aquella mañana, me tumbé en el sofá y ella se fue a por un par de pijamas para ponernos cómodas.

El ruido del fuego me fue relajando y sentí que aquello era como mi casa. Cálido, acogedor, el hogar que siempre había querido tener.

—Andrea, buenos días —me pareció oír entre sueños—. Andrea, despierta o llegarás tarde al trabajo.

—¿Qué? ¿Dónde estoy? ¿Qué hora es?

Me levanté como si fuera un resorte, volviendo a la consciencia poco a poco y dándome cuenta de que seguía en el sofá de Erika, tapada con una manta que debió de ponerme ella y vestida igual que el día anterior. Froté mis ojos para que mis párpados funcionasen y fue entonces cuando vi a la chica de las gallinas a mi lado, con el pelo revuelto y las ojeras aún marcadas. A mí me pareció preciosa y sonreí.

—Te he traído un zumo de naranja y una magdalena. Te tendría que haber despertado antes, pero a mí también se me han pegado las sábanas.

—¿Cuántas horas llevo durmiendo?

—Te quedaste dormida en el sofá nada más tumbarte y no te quise despertar, así que te arropé y llevas aquí once horas seguidas. Se nota que estabas cansada.

Hacía mucho que no dormía tan a gusto, aquella casa era todo paz y me sentía tan cómoda con Erika que era como si yo viviera ahí, como si fuera mi hogar de siempre. Miré el reloj y fue entonces cuando entré en pánico.

—¡Son las ocho! Me dijo Ferrer que podía llegar a las nueve, pero con la caminata que hay ya puedo correr.

—Montse dijo que llegaras cuando quisieras.

—Si fuera por Montse preferiría que nadie trabajara en su casa. Me voy corriendo. Me llevo la magdalena. Gracias. Perdón por dormirme, qué desastre.

No me podía creer que la primera noche que podía pasar con Erika la hubiera pasado durmiendo en el sofá, ¡y nada más entrar a la casa! Me dio vergüenza. Se debió de pensar que era una cría a la que había que darle un chocolate y a dormir a las nueve. Fue un poco bochornoso. ¿Cuándo podría repetirse aquello? Le di un abrazo y suspiré, como siempre, con esa sensación de electricidad corriendo por mi cuerpo: el efecto Erika. Salí de la finca tan rápido que casi me di de bruces contra la verja de la entrada. Patética nivel extremo.

«Esperar a estar en el mismo punto, esperar a estar en el mismo punto», repetía en mi cabeza mientras corría bajando el camino hacia el pueblo como si fuera una cabra montesa. Fui pegando bocados a la

magdalena y tosiendo por esas migas que se me quedaban incrustadas en la garganta. Si no me ahogaba la falta de aire lo haría la masa de un bollo con sabor a vainilla. Saqué el móvil del bolsillo mientras andaba por si Ferrer me había dicho algo, pero lo único que había era un mensaje de Lara diciendo que ya habían llegado a casa. El mensaje era de las doce de la noche, ellas sí que tenían aguante, habían alargado el día bastante y yo me alegraba de ver que mis amigas se lo estaban pasando bien. Llegué al pueblo con la lengua fuera, recorrí los pocos metros que me quedaban hasta la casa de Montse y, cuando estaba delante de la puerta, miré el reloj: las nueve en punto. Seguro que había batido algún tipo de récord en esa distancia. Respiré profundamente para llenar mis pulmones de aire y abrí la puerta.

—Andrea, justo a tiempo, yo ya me iba. A ver si consigues que quiera andar porque es imposible, se sienta a ver a novela y ya no hay más movimiento para ella —dijo Ferrer nada más verme.

—Niña, ¿qué te pasa? Tienes cara de fantasma y vienes jadeando como un perro atado al sol —preguntó Montse desde su sofá.

Yo me quise reír porque debía de parecer un corredor cuando acaba la maratón, pero ni eso podía. Lo único que salió por mi boca fue un «hola» mientras una gotita de sudor me hacía cosquillas resbalándose por mi nariz. Ferrer le dio un beso a su madre y se fue.

—He venido corriendo por si llegaba tarde —dije mientras me dirigía hacia la escalera que subía a mi habitación.

—¿Tarde? ¿Tarde para qué? Hay que joderse, aún no me he muerto ni ha habido un incendio. Qué manía de querer controlarme a todas horas.

Dejé a Montse hablando y fui a darme una ducha, sabía que sus quejas y malas palabras iban a extenderse un rato más. Lo mejor era no hacerle demasiado caso, si lo hacía yo tenía todas las papeletas para perder. Ella nunca asimilaba que no podía vivir sola y sin ningún tipo de ayuda, por mucho que lo deseara.

Mientras el agua recorría mi cuerpo y me enjabonaba la cabeza pensé en Erika, en la forma en que me había ido de su casa corriendo y en que me gustaría repetir otro día como el que habíamos pasado juntas, aunque seguramente con otro final. Salí de la ducha, me puse una toalla en la cabeza y otra por el cuerpo, cogí el teléfono y le escribí un mensaje sin pensar, porque esos son los mejores.

> Andrea_
> Espero que haya próxima vez, pero sin salir corriendo tan rápido de tu casa porque sé que prefieres hacer las cosas despacio.

Al minuto vi cómo su perfil cambiaba a «escribiendo», pero ¡oh! paraba y luego ¡ay! volvía a estar en «escribiendo». Así durante un buen rato. Me la imaginaba no sabiendo qué responder y me causaba

ternura. Mientras me miraba en el espejo, sonó una notificación de mensaje.

Erika_

Vi que casi te caes al salir de mi casa. Cuando haces las cosas despacio se disfruta más el camino, ¿verdad? ;)

Dios, me encantaba esa mujer.

32

—Venga, Montse, vamos a dar un paseíto. No te hagas la remolona.

—Qué pesada la niña esta. —Se levantó a regañadientes.

La anciana no se había movido del sofá en todo el día. Yo hice la comida: un puré de verduras y unos filetes de pollo a la plancha. Algo ligero porque ese día Montse estaba decaída y sin ganas de comer. Me dijo que tenía angustia y el alma triste, pero no logré que me contara el motivo, si es que había alguno. Quería que se distrajera un rato, fuera de la televisión y de sus propios pensamientos, por lo que pensé que podíamos caminar un poco y sentarnos a tomar el aire en algún banco que le trajera buenos recuerdos.

—¿Quieres ir a la fuente? —Recordé que allí estuvo de la mano con su amor prohibido y vivió un momento bonito.

—No. Mejor vamos a la plaza, donde el árbol, está más cerca.

Me quedé sorprendida de que ella sugiriera algún lugar. Sabía a qué árbol se refería, ya habíamos estado con anterioridad sentadas en un banco, yo agarrada de su mano y ella con la mirada perdida. Fue allí donde quedó para escaparse con su amante, y fue allí donde ella nunca acudió.

Caminamos despacio y se agarró a mi brazo, daba pasitos cortos, en silencio, hasta que llegamos en pocos minutos. En realidad, en aquel pueblo todo estaba cerca. Era tan pequeño que casi se podían contar las piedras del suelo si te lo proponías. El aire era limpio, puro, con olor a campo, y el sol brillaba ese día calentando nuestros rostros hasta dejarnos relajadas. Parecía que, al fin, estaba llegando la primavera de verdad, la que te hace quitarte capas. Nos sentamos en el mismo sitio que la última vez y Montse sacó un pañuelo para secarse el agua que se estaba formando en sus pequeños ojos azules.

—Hoy estas triste, Montse, ¿qué te pasa? Mira qué día hace más maravilloso. —Señalé al cielo y a un pajarito que sobrevolaba nuestras cabezas en ese momento.

—Hoy es un día especial, pero eso me lo guardo para mí. —Miró hacia el árbol, al que le estaba empezando a brotar una florecilla blanca, y se quedó en silencio.

—Déjame adivinar —dije después de una pausa y froté mi barbilla como si fuera un genio del que iban a surgir ideas—. Hoy conociste a tu gran amor, el padre de tu hijo. —Vale, acababa de abrir el melón y no había vuelta atrás. Pensé en Erika y en lo mucho que le hubiera

gustado estar ahí.

—¿El padre de Ferrer? Menudo cuento tienes en tu cabeza, niña. Ese hombre no está en nuestras vidas.

—¿Falleció?

—No. De hecho, creo que vive ahí en ese hostal y que es un putero. Con más años que Matusalén que tiene.

Confirmado, Damián era el padre de Ferrer y había nuevas noticias sobre el caso: le gustaban las chicas de compañía.

—¿Acabaste mal con él?

—Niña, estás preguntona. Él y yo solo tuvimos una noche de locura y fruto de aquello salió el cazurro de mi hijo. —Se giró, se secó la boca con el pañuelo y me miró a los ojos. Parecía que estaba dispuesta a abrirse a mí. Me daba la sensación de que esperaba que le preguntara más para desahogarse.

—Entonces ese hombre no fue tu gran amor.

Montse se rio y a mí también me salió la sonrisa por verla.

—Te voy a contar una cosa —dijo mirando hacia el árbol—. Yo una vez me equivoqué y tomé la peor decisión de mi vida. Tenía un amor, el mejor que puede tenerse, de los de verdad, niña, no de los que tenéis ahora que solo sirven para hacerte *sifis* o *silvis* de esos.

—¿*Selfies*? —dije interpretándola.

—Eso, no me interrumpas. Tal día como hoy tenía que haber acudido a una cita, a la mayor locura que podría haberme hecho feliz el resto de mi vida. Tal día como hoy iba caminando por esa calle por la que hemos venido para encontrarme con mi media naranja, pero me arrepentí porque no me atreví.

—¿Y por qué no te atreviste?

—Por miedo, porque fui tonta. Ay, niña, nunca hagas como yo. —Volvió a secarse los ojos y me mantuve en silencio para que continuara, por primera vez estaba dispuesta a contarme algo de su historia—. Yo no me atreví a cruzar esa delgada línea entre quedarte en lo establecido por la norma o dar el paso para buscar tu propia felicidad. Eran otros tiempos. Me pudo el miedo, me paralizó, y entonces se cruzó Damián por la calle, un chico estúpido con el que mis padres soñaban para mí por el simple hecho de venir de una de las familias con más dinero del pueblo.

—Muy típico —interrumpí—. Perdón, continúa.

—Pues eso —suspiró molesta—. Eran importantes y amigos de mis padres. Tenían este hostal que por entonces daba mucho beneficio y era casi el único negocio de este pueblo. Estuvimos hablando y me invitó a subir a una de las habitaciones para tomar algo con él. Nos acostamos. Lo hice por rabia. Solo porque sabía que así se acabaría el seguir con ese amor tan bonito, pero tan complicado. Solo por hacer daño. Niña, lo hice solo para que me dejaran, porque yo no podía. No

esperaba quedarme embarazada.

—Pero ¿por qué tenías que dejarlo? ¿Por qué era un amor tan imposible? —pregunté cogiendo su mano.

—Tuvo que ser así, no preguntes más. Estás jodiéndome ya demasiado con el interrogatorio.

En realidad, la misma Montse fue quien quiso contarme todo eso. Se desahogó, aunque me faltaban eslabones por saber. ¿Quién era ese amor? ¿Por qué era tan imposible? ¿Ferrer sabía que Damián era su padre? ¿Por qué no tenían relación? Sin embargo, me sentí satisfecha porque me gustó esa nueva faceta de la anciana: más accesible, con menos caparazón.

—¿Nos vamos? —pregunté.

—Andrea, cuando te guste alguien no dejes que ninguna circunstancia te pare —me dijo sujetándose la llave que tenía colgada en el cuello.

Montse se levantó, miró hacia el árbol y besó su muñeca. Observé algo que me resultó conocido, algo que ya había visto antes. La señora tenía puesta la pulsera que estaba en el aparador, en el mismo cajón donde guardaba las cartas. Era una pulsera roja de hilo trenzado con dos bolitas doradas en los extremos. La reconocí al instante y me asusté, tuve miedo de que sospechara que yo había estado cotilleando sus secretos. Aunque, por otro lado, no creía que ella se callara algo así. Quizá no se había dado cuenta.

Quedaban dos cartas que estaba deseando leer, sobre todo para saber si lo que allí ponía resolvería alguna de mis dudas porque, aunque todo aquello podía haber acabado en una pillada monumental, lo cierto es que tuve suerte. Montse no parecía disgustada conmigo, así que saqué de mi cabeza la idea de que sospechara de mí como la culpable de dejar abierto aquel cajón que siempre mantenía bajo llave.

Después de cenar, aceptó mi ayuda para bañarse, tomó las medicinas, se fue a dormir y con el silencio de la noche el run-run de mi cabeza empezó de nuevo a funcionar. Fui al mueble de forma sigilosa, como siempre, miré hacia la escalera y me aseguré de que ya no había peligro de que me viera. Escuché cómo roncaba. Estaba dormida, era el momento. Agarré el asa del cajón y tiré de forma suave. No se abría. Volví a tirar varias veces de él, esta vez más fuerte, pero no tuve éxito. «Claro, estúpida, no lo va a volver a dejar abierto», pensé. No lo podía creer. Solo dos, solo me faltaron dos por leer.

Qué mala suerte. ¡Joder!

Pasé horas en vela en la cama con los ojos abiertos mirando a la nada. Mi mente estaba demasiado ocupada como para dormir, trazando planes para que esa llave estuviera de nuevo en mi poder y acabar lo que había empezado. Por otro lado, era consciente de que

me había salvado una vez, pero que estaba tentando demasiado a la suerte. Si se daba cuenta de algo así podría significar mi despido inmediato. Montse tenía demasiado carácter y apego por su intimidad como para perdonar que la cotilleara sus cosas privadas de esa manera.

¿Podría llegar a un punto de confianza con ella tan grande como para que me enseñara aquellas cartas por ella misma?

Aunque era tarde, escribí un mensaje a Erika.

> Andrea_
> Montse ha cerrado el cajón. Nos quedamos sin saber qué pone en las últimas cartas.
> De todas formas, te hago *spoiler*: intuyo, por lo que me ha contado, que no hay final feliz.
>
> Erika_
> Entonces, pongamos nosotras el final feliz.

No sabía qué quiso decir con aquello. Si se refería a nosotras y a nuestra posible historia o a la de Montse y su amor prohibido. Era una respuesta de esas que yo hubiera dado para dejarla a cuadros, pero lo hizo ella.

Dios, me encantaba esa mujer porque no había manera de que me enterara de nada con ella. Con cada palabra suya me inventaba mil historias en la cabeza. Mil historias con final feliz.

Pude verla una semana después, en otro descanso concedido por Ferrer, pero esta vez fueron solo tres horas. Ella bajó al pueblo para que no perdiéramos tiempo y nos encontramos en la plaza, como si fuera un ritual que teníamos que seguir haciendo, igual que Montse y su secreto más preciado, pero nosotras no nos escondíamos de nada ni de nadie, simplemente fluíamos dejándonos llevar por lo que nos deparara el momento. Hablamos, hablamos mucho, incluso le conté la historia de Damián y de la anciana ante su asombro y sus miles de preguntas al respecto. También nos dimos cuenta de que teníamos muchas cosas en común, aunque nos separaran años de por medio. A las dos nos gustaba hacer el tonto en ocasiones, dejarnos llevar por la niña que nos quedaba dentro, los sudokus interminables, el aroma de la hierba mojada, la tortilla de patata sin cebolla y la pizza con piña y queso. No podía haber otra como ella, como yo, y nos habíamos encontrado. Erika era una persona muy vital y echada para adelante y su energía me calaba en cada poro hasta llenarme de su buena armonía, de su buen carácter y de lo fácil que lo hacía todo, aunque fuera un jeroglífico que aún tenía que ir descifrando a su ritmo.

33

Erika_

Buenos días. Estoy echando de comer a las gallinas y creo que Beyoncé y Aitana te echan de menos, no paran de cacarear y de poner huevos para cuando vengas.

Que tengas un maravilloso día.

Andrea_

Buenos días, yo sí que te echo de menos. Tengo ganas de ir a ver a toda la tropa de cantantes y a su directora de orquesta, a esa a la que más. Estos días Montse ha estado pachucha y no me he separado de ella mucho.

Soy paciente y voy despacito, no te quejarás :)

Erika_

Eres la mejor persona que podría tener para cuidarla. Si necesitas algo no dudes en decírmelo.

Erika y yo nos mandábamos mensajes cada día, cada hora, y me volví adicta al sonido de las notificaciones del móvil. Parecía que había vuelto a la adolescencia y con cada pequeño detalle me enganchaba más a ella, si es que eso era posible. No había podido verla desde que nos encontramos en la plaza porque la anciana llevaba unos días rara. No solo estaba decaída, sino que tosía más de lo normal y noté que se cansaba demasiado subiendo las escaleras hacia su habitación. Teníamos que hacer parones a mitad de camino y ella se enfadaba conmigo por ayudarla, aunque pronto me di cuenta de que con quien se enfadaba era con ella misma. Se le hacía muy duro aceptar que las cosas iban cambiando y que esa ayuda ya no era una opción, sino una necesidad. Se negó a ir a la capital para que en el hospital le hicieran pruebas, así que lo único que podíamos hacer era llamar al médico para que acudiera a casa y le hiciera otra nueva revisión.

—Tiene las uñas bastante azuladas y me preocupa. El soplo del corazón es muy acusado, es normal que se agote de esa manera. Deberíamos hacer más pruebas, pero para ello tiene que ir a la clínica —comentó el doctor después de examinarla. Ya llevábamos un buen rato intentando convencerla, tanto su hijo desde el otro lado del teléfono como yo.

—Soy vieja y ya está, no quiero estar de médicos. Algún día moriré

en la hora gris, ese momento en que no es de noche ni de día, así que déjame.

—Lo que está diciendo es de *La reina del sur* —dije. El médico miró extrañado—. Nada, es una novela con la que está obsesionada.

—Bueno, Monserrat, debido a su negativa tampoco puedo hacer mucho más desde aquí. Lo que sí que le voy a recetar es un anticoagulante y un diurético. Eso sí que se lo va a tomar, ¿verdad?

—Que sí, pesado, me tragaré lo que me des con tal de que me dejes en paz.

—Me encargaré de ello —comenté dirigiéndome al doctor.

El médico sonrió, hizo las recetas y me explicó cómo debía de darle la medicación. Cuando se fue, la anciana se sentó en el sofá y se relajó.

—Menos mal que ya se fue. Niña, prométeme que si me pasa algo no vais a llevarme al hospital, yo no quiero que me llenen de cables y me tengan en una cama. Yo quiero estar aquí, en mi casa. —Se agarró el collar que colgaba de su cuello junto con la llave y se quedó mirando a un punto fijo.

—Te lo prometo —dije sin la seguridad de que lo fuera a cumplir porque, al fin y al cabo, yo no podía hacer algo así sin consultar con su hijo—. Voy a ir a la farmacia a por los medicamentos. ¿Quieres que te traiga algo más? —pregunté mientras me guardaba las recetas.

—Huevos.

—Está muy lejos y tardaría mucho. No quiero ahora dejarte tanto tiempo sola.

—Te he dicho que necesito huevos.

Me fui resoplando porque había veces que mi paciencia estaba bajo mínimos. Estuve tentada en ir a la finca de Erika, la echaba de menos, hacía días que no la veía y, aunque nos mandábamos mensajes, yo necesitaba más chispazos, más cortocircuitos provocados por el roce de su piel, ver su pelo revuelto, sus gafas de pasta y sus brazos firmes. Conocerla había sido el mejor regalo de aquel trabajo en el que había acabado de casualidad, por esa «suerte» que tanto buscaba y que me condujo a un anuncio en un periódico, por el destino que juntó una serie de sucesos para que yo acabara ahí, justo ahí.

Crucé uno de los puentes y llegué hasta la callecita donde se ubicaba la farmacia. Había poca gente, como siempre, y me llamó la atención una voz que me era conocida. Giré la cabeza y vi a Sam, estaba hablando con alguien a quien no llegaba a ver porque un árbol me tapaba su figura. Pensé que estaría bien saludarla y así le preguntaba por Erika, pero cuando me acerqué un poco más tuve que parar en seco para no molestar. Se estaba abrazando con una persona de forma muy apasionada, diría que demasiado. Entonces escuché una risa, una risa que reconocería en cualquier parte: la de Natalia. Del

abrazo pasaron al beso, un morreo que yo nunca querría haber visto porque eso me ponía en una situación en la que no quería estar. Lara era mi amiga, pero también lo era ella, aunque en ese momento la quise matar, cogerla del brazo, llevármela y gritarle todo lo que se me pasaba por la cabeza. Cuando conocimos a Sam noté que la conexión entre ellas era un poco rara, pero nunca imaginé que algo así podría ocurrir. «Se lo tengo que contar a Lara», pensé. «No, no, esto no es cosa mía. Ya estoy harta de sus historias. Que lo solucionen solas», volví a decirme para mí misma. Y así, entre el pensamiento A y el pensamiento B, acabó ganando la parte que decía que me alejara de toda esa mierda que estaba a punto de saltar. Total, ellas se iban al día siguiente a Barcelona.

—Ten amigas para esto, para que se pongan los cuernos —dije en alto, di la vuelta para dejar intimidad a las tortolitas y me metí en la farmacia llena de rabia.

Odiaba el engaño.

Cuando salí del establecimiento con todas las medicinas cogí el teléfono y me senté en la plaza, enfrente del árbol, donde parecía que se tomaban todas las decisiones en ese pueblo medieval.

> Andrea_
>
> Erika, no te imaginas lo que acabo de ver y no desearía haber visto jamás. Por cierto, Montse me mandó a comprar huevos, pero entre ir y venir se me harán dos horas y no quiero dejarla hoy tanto tiempo sola. Además, tengo que llevarle las medicinas. Estoy sentada pensando qué hacer.

> Erika_
>
> Espero que no hayas visto un fantasma, me dan miedo. ¿Por qué no me lo has dicho antes? Te dije que si necesitabas algo aquí estaba. Vete a casa, voy a recoger los mejores doce huevos de todas las gallinas y los llevo, o te los doy por la ventana si Montse no quiere que entre nadie.

Y así, solo con un mensaje, me había solucionado el día. ¿Cómo no me iba a gustar?

Dios, me encantaba esa mujer.

Cuando llegué a casa tuve que explicarle a Montse el motivo por el que no traía los huevos en la mano. Puso mala cara hasta que le conté que la chica de las gallinas vendría hasta aquí para traerlos. Lo cierto es que entre Erika y yo estaba surgiendo un vínculo muy especial y me hacía ilusión que la anciana se diera cuenta. Sonrió. Miró mi pulsera de colores. Volvió a sonreír.

Hora y media después tocaron a la puerta.

—Andrea, traigo el pedido para Montse —oí decir a Erika desde el otro lado.

Al abrir estaba con una sonrisa enorme y una cesta repleta de huevos blancos y marrones. Me alegré tanto al verla que me tiré encima de ella de un salto para ahogarla en un abrazo.

Chispazo, corriente eléctrica, pero de la buena, de la que no duele, de la que te llena de energía y te hace suspirar.

—Niña, ¿vas a dejar que pase o vais a estar ahí todo el día? —dijo Montse desde el sofá.

—Bueno, qué recibimiento. Si lo sé vengo antes —susurró Erika mientras soltaba mis brazos y pasaba a la casa para saludar a la anciana—. ¿Qué tal estás? Te he traído veinte huevos hoy. Las gallinas me han puesto mucho y no he tenido demasiados pedidos, así que todos estos te los regalo. —Soltó la cesta en la mesa camilla del salón.

—Qué chica más buena eres —exclamo Montse—. Siéntate con nosotras. Andrea, prepara café para nuestra invitada que yo estoy un poco cansada.

—Claro, enseguida. Erika, ponte cómoda.

—Vaya, muchas gracias —dijo la chica de las gafas de pasta.

Calenté la leche e hice un descafeinado para Montse, pero para Erika y para mí preferí preparar té, nuestra bebida de los momentos especiales. Desde la cocina pude ver cómo la anciana cogía la mano de nuestra invitada de forma casi maternal mientras hablaban de manera relajada. Me resultó tierno verlas y a la vez me seguía sorprendiendo ese nivel de complicidad que ni yo había sido capaz de conseguir en todo ese tiempo.

—Andrea, Montse me pregunta si disfrutamos del día que pasaste en mi casa. Le estaba contando el incidente en el gallinero —dijo Erika cuando volví al salón con las bebidas.

—Seguro que os hubiera gustado seguir en ese sitio tan pequeño encerraditas. Ahí estabais tan tranquilas —soltó la anciana.

Miré a Erika, tenía las cejas levantadas ante el comentario de la señora.

—¿Por qué dices eso? —pregunté—. Nosotras estamos tranquilas siempre. Además, aquí esta señorita tiene claustrofobia y me dio mucho la lata.

—Mentira, si casi ni me quejé —exclamó la chica de las gallinas con una sonrisa.

—Bueno, tendría que haber puesto cámaras para que te vieras la cara.

—No es verdad. Montse, a ella se le acercó una gallina y casi se muere del susto. Ojalá hubieras estado ahí para verla —contestó dándome un toquecito con el pie. Yo suspiré, la faceta de Erika rabiosa también me encantaba.

—Sois la pareja perfecta —soltó Montse dejándonos calladas a las dos.

—Somos amigas, ¿verdad? —dijo Erika mirándome.

—Déjate de gilipolleces y daos un buen morreo, es lo que tenéis que hacer.

—¡Vaya! Tú sí que sabes —grité y comencé a aplaudir.

Erika estaba roja, no sabía dónde meterse. Suspiré de nuevo porque descubrir la faceta de ella vergonzosa me derretía hasta fundirme.

Habíamos creado un ambiente distendido y agradable. La conversación de las tres fluía de tal manera que la anciana no se acordó ni de su telenovela. Ella tenía curiosidad por la vida de nuestra invitada y le preguntó por su familia, por su vida en soledad en el campo, por sus inquietudes. Yo la escuchaba embelesada. Parte de lo que decía ya me lo había contado a mí en nuestro incidente en el gallinero, pero había cosas de las que no habíamos hablado y que me sorprendieron. Erika no tuvo reparo en hablar con Montse abiertamente de su vida amorosa. Contó que cuando tenía veinte años ligaba con hombres, incluso tuvo un novio al que había querido mucho, pero que siempre sintió curiosidad por las mujeres y que no fue hasta los treinta y cuatro cuando conoció a una chica con la que inició una relación muy larga. Lo dejaron hace dos años y su corazón se quedó a trocitos.

—Pero ¿por qué te rompió el corazón de esa manera? Se nota que tienes miedo, niña, que tienes miedo a enamorarte. —Montse parecía una pitonisa cogiendo la mano de Erika.

—Se fue, se cansó de la vida en el campo y se fue. Me sentí culpable de haberla sacado de una gran ciudad para vivir conmigo, esto no es para todo el mundo y yo forcé algo que en el fondo sabía que le haría desgraciada.

Erika parecía haberse olvidado de que yo también estaba ahí, pero no me sentí mal, era su vida, era ella abriéndose ante una señora que por algún motivo le había dado la confianza para dejarse llevar. Lo único que deseé es poder ser alguna vez la continuación de su historia para que al final pudiera contar: «Y conocí a la chica que me hizo feliz»

—A veces elegimos mal y seguro que ella ahora mismo se está arrepintiendo de su decisión. —La anciana seguía agarrando su mano y yo permanecía atenta a todo lo que se hablaba, callada, sin que nadie me preguntara y sin interrumpir el momento.

—No creo.

—Si no se arrepiente es porque no era para ti, así que no te preocupes y pasa página —dijo Montse.

—Ya pasé página. No tengo ningún tipo de sentimiento hacia ella,

solo miedo a que se repita.

—No hay nada en la vida que pueda repetirse exactamente igual. Nada. Ni siquiera el sol se va de la misma manera cada día. —Montse acercó su cuerpo para mirar más de cerca a Erika, clavándole las pupilas azules en el alma—. Nunca metas los sentimientos en una caja bajo llave solo por tus propios miedos porque, entonces, tú serás la única culpable de lo que pudo ser y no fue.

—Estáis intensas, ¿no? —dije para romper el hielo.

—Lo siento, Andrea, me he desahogado contando esto y tú estás aquí. Es decir, que somos amigas. Bueno, de momento. —Se atusó el pelo sin sentido y nerviosa—. A ver, lo que quiero decir es que ahora mismo eres la última persona a la que me gustaría hablar de mi ex novia.

—No sé si tomarme eso como algo bueno —se lo dije seria, pero para picarla. Sabía a lo que se refería, nadie contaría sus traumas con antiguas novias a la persona que le gusta.

—Te aseguro que es muy bueno —concluyó.

Y su cremallera del ojo surgiendo de una sonrisa me lo dijo todo.

Seguimos hablando de temas menos profundos. Saqué unas rosquillas que había comprado hacía dos días por un antojo de dulce y se las ofrecí a Erika, que no dudo en comérselas a pares. Fue entonces cuando descubrí su faceta golosa.

Dios, me encantaba esa mujer.

No sé cómo surgió, seguramente fue algo fruto del momento, pero entre anécdota y anécdota nos pusimos a preguntar a Montse sobre su vida pasada, en concreto sobre su vida amorosa. Esa historia que la chica de las gallinas y yo habíamos hecho nuestra, esa que no supe cómo abordar con la anciana para satisfacer la intriga de conocer un final que parecía malo. Fue Erika la que esta vez abrió el melón. Ella sabía hasta donde yo sabía, así que las dos teníamos claro en nuestras cabezas qué era lo siguiente que queríamos conocer.

—¿La infancia de Ferrer fue buena con su padre y contigo?

Directamente, sin anestesia y lanzada en un buen momento, cuando todas estábamos hablando sobre anécdotas de nuestra niñez.

—Ay que joderse, niñas, qué cotillas sois. —Montse volvía a ser ella en estado puro—. A lo mejor me lo preguntas porque como vives aquí has oído rumores por el pueblo —le dijo a Erika, aunque lo cierto es que ella nunca había oído nada de esa historia—. El padre de Ferrer, Damián, no supo que me había dejado embarazada.

—Erika sabe quién es Damián, se lo he contado. —Montse me miró mal, enfadada—. No pasa nada, ella es de confianza. —Sentí que no tenía que haber dicho eso.

—No le cuentes a nadie más las cosas que hablamos. —Me lo dijo seria, con voz firme, y yo asentí con la cabeza—. Me acosté con él una

noche y no quise volverle a ver —continuó hablando, como si Erika fuera de la familia y se hubiera ganado en un segundo el derecho a conocer su vida, algo que yo había tardado semanas—. A mis padres nunca les dije de quién era el niño.

—Entonces, ¿de quién les dijiste que era? —preguntó Erika, yo me mantuve callada por si acaso.

—Les dije que me gustó un turista que vino al pueblo y que fruto de una noche tonta me quedé embarazada, pero que no sabía dónde vivía ni ningún otro dato para encontrarle. Cuando tuve al niño la noticia corrió por el pueblo como la pólvora y los padres de Damián ya no querían que me acercara a él. Decían que era una «fresca». —Enfatizó esa palabra con un tono burlón—. Lo que no sabían es que me estaban haciendo un favor porque justamente lo que no quería era verle. Un día Damián me encontró con el niño, que por entonces tenía un año. El parecido físico con él era innegable, así que me hizo un interrogatorio y acabé por confesarle que era su hijo, pero que eso no saldría de ahí porque yo no quería nada de él, y menos que ejerciera de padre. Le amenacé con que si contaba algo diría a todo el pueblo que subía a prostitutas a la habitación del hotel de sus padres y que acabarían desheredándole.

—¿Y a Ferrer se lo has dicho alguna vez? —preguntó Erika.

—Cuando tenía dieciocho años me preguntó por Damián, porque por el pueblo seguía habiendo rumores del parecido. Yo le dije que sí era su padre, asumí que estaba en su derecho de saberlo, y dejé que hiciera lo que quisiera con esa información. Ferrer es una persona muy introvertida, todo lo lleva por dentro, y nunca hizo nada. Creo que solo tenía curiosidad. Jamás volvimos a hablar del tema.

Erika y yo estábamos estupefactas con esa historia. Yo cada vez me enganchaba más a conocer cada detalle y sabía que ella también. Los hilos se iban atando, aunque nos faltaba información sobre su amor misterioso. Montse suspiró y se tocó la sien. Me di cuenta de que necesitaba descansar.

—Venga, Montserrat, te dejamos ya que descanses un poco porque ella tiene que irse —miré a la chica de las gallinas buscando su complicidad y lo entendió.

Dios, nos entendíamos solo con un gesto.

A los pocos minutos se despidió de la anciana con un tierno abrazo y la acompañé hasta la puerta.

—Gracias por venir —le dije en voz baja.

—No tienes por qué darlas, me ha encantado verte. Por cierto, ¿qué es eso que viste esta mañana? Me dejaste intrigada con tu mensaje.

—La verdad es que ahora no me apetece hablar de eso, lo único que quiero es que este momento se alargue para que no te vayas. A mí

también me ha encantado verte.

Cerré un poco la puerta y las dos nos quedamos fuera.

Me abrazó.

La abracé.

Mi torrente sanguíneo se llenó de una placentera electricidad.

Y fui a besarla en la mejilla, pero acabé en la comisura de los labios. Un pequeño error de cálculo. Un beso de «poco a poco» y de «esperar a estar en el mismo punto». Un beso de «me gustas y te espero».

Un beso, para qué negarlo, que me puso cachonda.

Su cara se tornó rosa y luego roja y su «nos vemos pronto» me hizo suspirar hondo.

Dios, me encantaba esa mujer.

34

Lara_

Hola, Andrea. No te hemos podido ver en estos días porque hicimos muchas actividades por aquí, pero vamos a cerrar una semana más el negocio y ampliaremos la reserva en esta casa para quedarnos más tiempo. ¡Lo que puede cambiarte la vida un viaje!

Espero que estés bien, llámame cuando tengas libre y quedamos para tomar otra ronda de cervezas.

Un besito de las dos para las dos. Porque sales con Erika, ¿no?

Me desperté con ese mensaje de Lara que me dejó descolocada. Iba a quedarse más en este pueblo de vacaciones con su novia sin saber que no cabía por la puerta de los cuernos que tenía. Era un ciervo, un venado y toda una ganadería brava. Se acabaría enterando y todo caería por su propio peso, esa era mi esperanza, pero si no ocurría, y como última opción, no tendría más remedio que meterme en medio. Aún no lo había hablado con Erika, pero quizá ella sabía más que yo de la boca de su querida amiga, alias la pincha burros y la pincha parejas. Me dio rabia que esa mujer no hubiera tenido ni el más mínimo reparo para meterse en medio de una relación. No me apetecía contestar a Lara, lo que sí me apetecía era hablar con mi chica. ¿Mi chica? Bueno, casi.

Andrea_

Te echo de menos.

Erika_

Tengo que bajar al pueblo a por pienso. ¿Puedes salir un rato? Si quieres te espero donde el puente pequeño sobre las diez.

Me pareció romántico, otro guiño a las cartas de amor de Montse, pero en la versión de este siglo: el WhatsApp. Tenía que ir a comprar el pan y, aunque eso solía hacerlo más tarde, no me importó adelantarlo con tal de encontrarme con Erika.

Andrea_

Ahí estaré. Prometo no dejarte tirada, soy una mujer de palabra.

Estuve nerviosa durante toda la mañana. Montserrat quiso

preparar el desayuno y yo le hice de pinche de cocina. Pan tostado con tomate, jamón y huevos revueltos. En esa casa nunca pasábamos hambre. Ella, que era una mujer a la que no se le escapaba nada, notó que estaba con la emoción subida y empezó a preguntarme si mi estado de ánimo tenía algo que ver con cierta personita que vivía en un gran campo rodeada de gallinas. No quise contarle nada. Sabía que si le informaba de mis planes no pararía de insistirme para que me quedara más tiempo con Erika, pero yo no podía hacer eso por mucho que fuera una suculenta tentación. Era mi trabajo, era su salud y yo tenía una responsabilidad. A las nueve y media le dije que me iba a por el pan y otras cosas que necesitábamos.

—Ve, hija, ve. Es un poco pronto, pero mejor porque así hay menos gente —dijo Montse con una sonrisita picara dibujada en la cara.

«Como si fuera posible que en este pueblo hubiera gente a alguna hora», pensé.

Cuando salí olía a tierra mojada, a naturaleza, a humedad, e inspiré profundamente para disfrutar de lo que aquel paraje me ofrecía. Cada vez estaba más desconectada de la gran ciudad y si comparaba las dos formas de vida tenía más puntos para ganar aquel paisaje digno de cualquier cuento. Un lugar donde el reloj no existía, donde me levantaba sin ruidos y donde no había caos, porque no sabían ni lo que era. Todo eso se revalorizaba mucho más si ponía a Erika en la ecuación, entonces el resultado era aplastante: ganaba Beget, perdía Barcelona.

Terminé de hacer todas las compras sobre las diez de la mañana y después caminé con ansia hasta el puente pequeño. Los latidos del corazón me sonaban tanto que no oía ni mis propios pasos. Bum, bum, bum y un hormigueo de nervios en el pecho desvelaban, por si acaso no lo tenía claro, que esa chica me gustaba. Y mucho. Demasiado. Todo.

En dos minutos había llegado —otra ventaja de vivir en ese diminuto pueblo— y vi a Erika agachada, buscando algo entre las piedras. Hasta distraída estaba guapa.

—¿Qué haces? —le pregunté con voz fuerte para asustarla.

Ella se sobresaltó porque no me vio venir y casi se cae.

—Cualquier día me matas de un susto —dijo mientras su cara pasaba del blanco al rosa. Después empezó a reírse.

—Perdona, estabas distraída y me lo pusiste fácil.

—Te encanta picarme, ¿verdad?

—Me has pillado —confesé—. ¿Qué buscabas?

—Me he acordado de que Montse escondía las cartas a su amor secreto en este puente. ¿Te acuerdas exactamente dónde?

—Creo que era en alguna piedra, pero es imposible que ahí haya

algo después de tanto tiempo. Además, su persona especial las cogía y se las llevaba.

—Un buen investigador nunca da las cosas por hecho. —Se me quedó mirando. Yo correspondí su mirada y me embrujó con la cremallerita de su ojo—. Por cierto, estás preciosa. Estaba deseando verte.

Nos abrazamos y me llenó de energía para todo el día, o para toda la semana. Bueno, quizá para toda la vida si pudiéramos repetirlo más a menudo.

—Tú también estás muy guapa. Me gusta tu rollo granjera.

Erika llevaba un peto verde ancho y unas botas marrones de campo que seguramente no llamarían la atención a nadie, pero a mí sí. Mi granjera era sexi.

—No me ha dado tiempo a cambiarme. Se tarda mucho en llegar, qué te voy a decir a ti. —Se colocó las gafas en un gesto nervioso.

En ese momento, una almendra cayó del árbol que teníamos al lado, le dio a Erika en la cabeza y rodó un poco hasta llegar al puente. Me llamó la atención porque no parecía algo fruto de la casualidad, esa almendra había rodado demasiado, como si alguna energía la hubiera llevado hasta donde se acabó parando.

—¿Te ha hecho daño? Si que las tiran con fuerza estos árboles —comenté.

—No. —Se tocó la cabeza—. Parece una pelota. Qué curioso.

Las dos nos quedamos mirando hacia la almendra y me fijé en que la piedra donde se había parado era más oscura que las demás del puente. Entonces me acordé: «En la piedra más oscura a la derecha del puente pequeño». Ahí es donde Montse le dejaba las cartas a su amante. Agarré el brazo de Erika y tiré de ella para acercarnos a la piedra.

La miré.

Me miró.

Miramos la piedra.

La miré.

Me miró.

Y comprendió lo que quería decir sin tener que explicar nada.

Fue ella la que apartó esa piedra. Dentro había un pequeño agujero y metió la mano sin pensarlo.

—Toco algo. Como un plástico. No llego bien.

—Espera. Déjame probar. Yo tengo la mano muy fina —dije.

Me hice hueco entre aquella piedra y toqué el plástico al que Erika se había referido. Estiré el dedo índice y pude hacer gancho para arrastrar aquello y llevarlo hacia nosotras.

—¡Lo tengo! —exclamé.

Era una pequeña y húmeda bolsa bien cerrada que contenía

papeles. Estábamos deseosas de comprobar si esos folios arrugados eran lo que nos imaginábamos. Nos temblaban las manos. Era nuestro descubrimiento, nuestra historia, la novela por capítulos que habíamos seguido en secreto y de la que estábamos enganchadas.

—Esto es muy emocionante. Te lo dije, no hay que tirar la toalla. —Me arrancó nuestro trofeo de las manos.

Tenía ganas de besarla, pero no sabía si ella también, si estábamos en ese mismo punto.

El jodido punto.

35

Erika

Quería saber qué ponía en esas cartas, pero el brillo de sus labios me desconcentró. Me dejé llevar por un momento, olvidándome del después y de las dudas, de los miedos, hasta de mí misma. Tomé la iniciativa.

La besé.

Tiré la bolsita con las cartas al suelo para poder agarrar su cintura y atraerla hacia mí. Gimió suavemente y eso hizo que mi lengua se entrelazase con la suya hasta saborearla. Andrea besaba muy bien, parecía que me hubiera tenido ganas desde hacía demasiado tiempo y que estuviera concentrándolo todo en aquel momento. Su cuerpo temblaba, como si con mi boca la estuviera recorriendo toda la piel de arriba abajo. Mordí su labio inferior y lo atraje hacia mí. Volvió a gemir y me retiré. Aunque me gustaba el morbo de que nos pudieran ver, no era el lugar para dar rienda suelta a todo lo que se me pasaba por la cabeza.

—Vaya —me dijo.

—Vaya —respondí.

No supe qué más decir, esperaba que ella soltara alguna de sus ocurrencias para romper el hielo del momento, como otras veces, pero hubo un silencio precioso. Uno de esos que resultan placenteros.

—Me encanta tu cremallera —dijo, y me tocó el rabillo del ojo.

Ahí estaba, su frase para romper el momento.

—Y a mí tu piel tan tersa y sin arrugas —sonreí—. Es hora de abrir esto. —Me agaché y recogí las cartas.

Yo también era dada a romper momentos, pero momentos buenos, de esos que no deben romperse. ¿Qué me pasaba? No lo hacía aposta. ¿Eran nervios? ¿Inseguridad?

Metí la mano en la bolsa y saqué varios papeles arrugados. No se habían mojado gracias al plástico, pero la tinta estaba algo blanquecina por el paso del tiempo; aun así, se podían leer.

—Las que yo tengo están escritas a máquina. Estas tienen que ser de Montse —dijo Andrea—. Erika, tengo que irme. Sé que como nos pongamos ahora a leerlas me quedaré enganchada con la historia y no quiero entretenerme demasiado para no dejarla sola. Llévatelas tú

porque a mí me las podría ver.

—Vale. Te tendré informada de lo que ponen.

Andrea rodeó mi espalda con sus brazos y apoyó su cabeza en mi hombro. Podría haberme quedado así toda la vida, sintiendo su respiración en el cuello. Nos dimos un beso, esta vez uno corto rozando nuestros labios, y mantuve mis ojos cerrados hasta que noté cómo se soltaba de mi cuerpo para marcharse. La estuve mirando hasta que giró por una calle y se fue de mi campo de visión. Andrea empezaba a ocupar muchas de las horas de mi día a día y me hacía mil y una preguntas sobre lo nuestro.

¿Era posible una relación? ¿Se vendría a vivir conmigo? ¿Le gustaría esta vida? ¿Qué pasaría cuando ya no trabajara cuidando a Montse? ¿Pensaría en todo esto igual que lo hacía yo?

Mi maldita manía de preguntarlo todo.

Caminé hasta la finca pensando en cada segundo de ese beso que ojalá se hubiera alargado durante años. Iba mirando al suelo, fijándome en todos los detalles de las pequeñas plantas que crecían por la tierra. Tenía aquel camino tan interiorizado que daba un paso detrás de otro de forma casi mecánica. De repente, un ruido me sacó de mi introversión y alcé la cabeza. A lo lejos vi el *quad* de Sam, era de un amarillo fosforito inconfundible, y pensé que estaría trabajando por la zona. Era habitual que la llamaran a ella para atender a los animales de las casas más alejadas y más de una vez me la había encontrado con su vehículo por esta zona. Lo que me pareció raro es que estuviera parada.

—¡Sam! —grité—. ¡Sam! ¿Estás bien? —insistí al no recibir respuesta.

—Sí —escuché a lo lejos, pero seguía sin verla—. Sí, sí. Espera.

A los pocos segundos salió de detrás del vehículo colocándose la ropa. Me acerqué más para saludarla y mi sorpresa fue cuando vi a Lara levantarse también y atusarse el pelo revuelto. ¡A Lara! Me quedé en silencio, miré a una y a la otra como esperando a que alguien hablara. Por mi mente se pasó la posibilidad de que estuvieran yendo a algún lado y se hubieran caído, pero viendo sus caras de vergüenza estaba claro que ahí estaba pasando algo. ¡Sam se había estado enrollando con la amiga de Andrea! No daba crédito a todo aquello. De Natalia me lo hubiera podido esperar, viendo su comportamiento el día que la conocí, pero ¿de Lara? De ella jamás. «Vaya con la mosquita muerta», pensé mientras las dos seguían en un silencio delatador.

—Hola, Erika —dijo al fin Sam—. ¿Vas a casa? ¿Te acerco?

—No, prefiero ir andando. —Mis ojos se turnaron de nuevo mirando a una y luego a la otra, buscando alguna explicación—. ¿Qué hacéis?

—Nada, ya nos vamos. Lara quería probar el *quad* y hemos venido a dar una vuelta.

—Sí, ya nos vamos —afirmó la infiel novia de Nat.

—Lara, ¿qué tal? ¿Y Natalia? No sabía que seguíais por el pueblo.

—Estamos bien. Sí, al final hemos alargado la estancia un poco más —me dijo mientras se abrochaba un botón de la camisa y mantenía la mirada agachada.

Yo asentí con la cabeza. Realmente no sabía qué más decir porque no era mi labor juzgarlas y echarles un sermón sobre el engaño y lo que allí estaba pasando, sobre todo porque mi amiga estaba soltera y a Lara solo la conocía de un día. Me dolió por Andrea, tenía que decírselo para que no le pillara por sorpresa. Ya me había contado que Natalia y Lara no estaban bien como pareja, así que supuse que a partir de ese momento estarían aún peor, si es que seguían juntas. Sam se puso el casco y ofreció otro a su nueva compañera de aventuras. Me despedí de forma fría y seguí caminando por el sendero hasta llegar a casa.

36

Carta de Montse

Cariño,

Ese rato en tu casa fue lo mejor que me ha pasado nunca. Viví un momento tan especial a tu lado que se me quedará marcado para siempre.

Suelo decirte que no me pongas estas cosas por carta por si lo leen, pero como tú vives sola es menos probable que alguien te encuentre esto, así que aprovecho: me encanta besarte, me quedaría pegada a tus labios de por vida. Eres el manjar más delicioso que haya probado nunca.

Ya está, te lo he confesado.

Mañana estaré en el árbol. Estoy contando las horas para poder verte de nuevo.

Haces que mi vida tenga la definición de felicidad.

Te quiero.

37

Carta de Montse

Cariño,

He cogido ese limón que me dejaste al lado de tu carta y no paro de olerlo para que tu recuerdo vuelva continuamente a mi cabeza. Así hueles tú y tu casa, a limones frescos.

Quise besarte en la plaza, como cada vez que nos vemos, pero me contuve tanto que acabó doliéndome la cabeza después. Retener los impulsos de esta manera no es fácil.

Llevo la pulsera puesta. Es preciosa, sobre todo porque tú la has elegido, sobre todo porque tú tienes una igual.

No me la quitaré nunca.

Te quiero.

38

Carta de Montse

Lo siento. Sé cómo te debes de sentir. Si yo no tuviera noticias de ti me moriría.

Ojalá esto pudiera ser distinto. Mis padres son demasiado estrictos, quizá es porque soy hija única, o porque soy mujer, o porque esperan que tenga una vida cómoda juntándome con un hombre al que no quiero. Para ellos nada de lo que hago es suficiente. Me paso el día trabajando en casa y me controlan cada movimiento. No tuve otro remedio que mentir para poder salir esos ratos que me iba a tu casa. Les dije lo que querían oír: que me iba con Damián.

Sé que les engañé, pero ¿cómo les iba a decir que en realidad con quien quedaba era contigo?

No paran de presionarme para que esté con ese chico y a mí no me gusta, solo me gustas tú y con lo único que sueño es con besarte a ti y a nadie más. Estoy segura de que su insistencia con esta persona es solo porque su familia tiene un negocio y dinero.

Odio todo lo que está pasando y me gustaría estar a tu lado, pero tengo miedo, mucho miedo. No sabes lo furiosos que se han puesto conmigo cuando han descubierto el engaño. No te preocupes, cariño, porque de ti no saben nada. Me he inventado otra mentira para excusar mi mentira anterior. Me siento mal.

¿Dónde va a llevarnos esto? ¿Alguna vez podremos ser felices?

Te quiero, es lo único que tengo claro en mi vida y te lo repetiré siempre.

Pase lo que pase.

Haga lo que haga.

Te quiero.

39

Carta de Montse

Cariño,

¿Escaparnos?

Es una opción que contemplo, pero tiemblo cada vez que pienso en ello.

¿Qué pasará con mis padres?

¿Qué pensarán de mí?

¿Podremos vivir tú y yo alguna vez sin que miles de miradas se nos echen encima? ¿Sin que nos persigan allá donde vayamos como si estuviéramos haciendo algo malo?

Te quiero.

40

Carta de Montse

Cariño,

Quería dejarte escrito esto para que lo tuvieras siempre guardado.

Vamos a hacerlo.

Me tiraré al vacío de la incertidumbre contigo, porque contigo todo tiene sentido.

Vayámonos.

Te quiero.

41

Carta de Montse

Espero que leas esta carta. Siento no haber ido, pero el miedo me paralizó porque no estaba segura.

Lo nuestro no puede ser, yo no te merezco.

Me he acostado con Damián. Lo he hecho porque en realidad lo quiero.

Ahora, por favor, déjame. Quiero que tires la toalla, como dijiste.

Esto sí es un adiós.

Sé feliz.

42

Carta de Montse

Aunque ya ha pasado un año, tengo la esperanza de que vuelvas a la piedra algún día y encuentres esta carta.

No sé cómo explicarte todo lo que me pasó.

Tuve miedo.

No quiero que pienses que hiciste algo mal, que fue tu culpa o que tuviste algo que ver en mi decisión. Me he estado atormentando por todo el daño que te he causado, sobre todo con lo último que te escribí.

No me acosté con Damián porque lo quisiera. No lo quiero, ni lo quería, ni lo querré nunca. No me gusta. Lo odio.

Lo hice por rabia, para que tuvieras un motivo por el que olvidar nuestra historia para siempre. No me veía capaz de irme contigo de esa manera y escaparnos de todo lo que nos rodeaba. No sabía cómo lo iban a llevar mis padres y, aunque no se merecen mi respeto después de estar haciéndome tan desdichada, elegí la opción de hacer lo correcto a la vista de los demás y que así nadie se enterara de lo nuestro.

Todo se acaba sabiendo y en este pueblo más.

Quería contarte algo. He tenido un hijo, se llama Ferrer. Es muy llorón y pequeñito. Ahora mismo es lo más bonito que tengo. Quizá la noticia ha llegado a tus oídos ya, pero necesitaba decírtelo yo y es la única manera en la que he podido.

Gracias por hacerme tan feliz todo el tiempo en el que vivimos la historia de amor más bonita del mundo y gracias por tu silencio, porque sé que por ti lo hubieras gritado en cada calle que nos recorrimos.

Empieza mi vida como madre y ya he ido asimilando un mundo sin ti. Jamás volveré a estar con nadie, porque mi mitad eras tú y te perdí.

Te perdí.

Ojalá que seas feliz y vivas el amor como te mereces, como hay que vivirlo: libre.

No quiero ser más egoísta volviendo a tu vida cuando me plazca y haciéndote más daño, por lo que esta será mi última carta, en la que te deseo todo lo mejor.

Tu pulsera estará siempre conmigo.

Te quiero, te quise y te querré.

43

Se me saltaron las lágrimas cuando en esa última carta que leí vi una mancha de tinta corrida. Me imaginé que en ese punto a alguien se le había caído alguna gota de agua desde el lagrimal de los ojos. Era triste, sobre todo el hecho de que esas dos personas que tanto se amaban tuvieran tantos problemas para vivir libremente su amor. Seguía para mí siendo un misterio el motivo de estas circunstancias, aunque la idea de que el amor de Montse fuera una mujer cada vez cobraba más sentido en mi cabeza.

Me senté delante de una chimenea que ya no se encendía desde hacía días, Beget tenía una temperatura más cálida y primaveral, aunque por las noches era necesario una mantita para taparse. Di un trago al té negro con toques de naranja que me había preparado y deseé compartir ese momento con Andrea. Por un momento nos imaginé en un ritual diario de chimenea, apagada o encendida, infusión y arrumacos. La idea me encantó. La eché de menos, leer las cartas sin ella no era lo mismo. Me hubiera encantado ver su cara al descubrir que Montse había escrito una última confesión después de nacer Ferrer.

¿Por qué todas aquellas cartas habían vuelto a ese lugar y no las tenía el destinatario en su poder? Había cosas que aún no cuadraban, pero la historia estaba prácticamente descubierta: un amor imposible y una mala decisión que haría infelices a dos personas. Yo no quería que me pasara eso. Empecé a plantearme mis miedos y fue como si esas cartas me hubieran abierto los ojos de una vez por todas. Yo no debía apartar la posibilidad de ser feliz por hacerme continuamente mil y una cuestiones sobre lo que podía o no podía pasar si me arriesgaba con Andrea.

Sin quererlo, aquella historia pasada de dos personas que se escribían textos plasmando sus sentimientos fue el detonante para querer encauzar mi vida.

¿Qué tal si dejaba mi cabeza a un lado?

¿Qué tal si me olvidaba de la idea constante de que las cosas malas pueden repetirse?

El amor era un cúmulo de circunstancias que bailaban a nuestro alrededor y de las que no siempre teníamos el control absoluto. El amor era riesgo, y no existía la fórmula perfecta para llegar a él, pero lo que sí era irrevocable es que había que lanzarse para que pasaran las cosas. Quedarse parada por el miedo no era una opción o, al

menos, no era la mejor de las opciones como había podido comprobar en las cartas.

¿Se cansaría Andrea de mi indecisión? ¿De mis paradas en seco después de lanzarme? «Basta, Erika, deja de preguntártelo todo», pensé.

44

El canto de Elvis, el gallo, me despertó como cada día. Me preparé una tostada con revuelto de huevos y un poco de aguacate con tomate recién cogido de la huerta. Disfruté del desayuno escuchando algunas canciones del disco *Ray of ligth* de Madonna y repasé en mi cabeza las cartas de Montse. Estaba deseando contárselo a Andrea.

Sinatra vino a saludarme a la puerta de casa y yo le di sus caricias de cada mañana. Le encantaban, movía las orejas al ritmo de mi mano y me miraba con la ilusión de quien ve a alguien querido por primera vez después de varios años. Me puse las botas y el peto de trabajo y fui a abrir el gallinero. Todas cacareaban contentas de tomar el sol, comer y andar a sus anchas por el campo hasta que anocheciera. Beyoncé, Shakira, Rosalía, Lady Gaga, Whitney, Aitana y Rihanna fueron las primeras en salir. Me acordé de que justo eran las que le había presentado a Andrea, y es que esas ocho parecía que hubieran formado piña. Eran como un corrillo de amigas, todo el día juntas para un lado y para el otro. Dentro de los ponederos había dos que estaban cluecas, empollando a sus futuros bebés, y otras estaban aún subidas a los palos. Todos aquellos animales no solo eran una fuente de ingresos, también eran mi familia y la razón por la que no podía contemplar la idea de mudarme a otro lugar.

Había heredado una forma de vida, un modo de ver el mundo y un entorno mágico que no todos eran capaces de apreciar. Tuve un momento de melancolía y fui a la habitación de mi madre. Allí, sobre la mesilla de noche, había una pequeña caja con forma de baúl que siempre abría cuando quería sentirme más cerca de ella. Guardaba varios pañuelos, anillos y un par de pulseras que olían a ella, a hogar. Solo me hacía falta inspirar profundamente para que su aroma me traspasara y mil recuerdos de infancia vinieran a mí como un terremoto de emociones.

Ahí estaba mi casa y esa era la vida que yo quería compartir con la persona que me quisiera.

Trabajé en el huerto, arreglé unos árboles frutales y atendí a varias personas que vinieron a comprarme huevos y verduras. A media mañana recibí un mensaje de Andrea.

Andrea_

Erika, te echo de menos. Estoy deseando que me cuentes qué ponía en esas cartas. Montse hoy se encuentra peor, llamaré al

médico para que se pase por la tarde y le recete algo más fuerte para los dolores que tiene. Espero verte pronto, sino tendré que pedir unos huevos frescos a domicilio para que la repartidora se acerque y me alegre la vista.

Erika_

La repartidora estará encantada de llevártelos siempre que los necesites. Dale un abrazo a Montse de mi parte. Mantenme informada de cómo se encuentra. Yo también te echo de menos.

¿Qué nos está pasando, Andrea?

Andrea_

Tú y tus adorables preguntas.

Quizá estemos llegando al mismo punto…

Y el corazón me dio un vuelco extraño, como si los latidos saltasen a su antojo y me quisieran decir algo con su particular forma de expresarse.

45

Andrea

—Que me dejes, niña, que no quiero que nadie venga a verme. Vete con tu chica de las gallinas. Vete, tú que puedes. La vida se me acaba. Y punto. Se me acaba.

Montse estaba imposible. Ese día no encontré palabras de alivio ni ningún chiste malo que contar a tiempo para que el ambiente se relajase. Llamé a Ferrer y le informé de la situación, esperé a la llegada del médico y conecté el oxígeno a la anciana para que estuviera más cómoda. Le costaba respirar, aunque disimulaba y apenas se quejaba de ello, solo le molestaba el hecho de ver a su alrededor cierta preocupación por su salud.

—Montse, relájate. Con el oxígeno te sentirás mejor y en poco rato estarás dando saltos —le dije con cariño mientras cogía su mano para comprobar el azulado de sus uñas.

Cuando vino el doctor me confirmó lo que yo llevaba pensando varios días: su corazón se estaba apagando y el reloj biológico no daba tregua para hacer mucho más por su salud. Me dijo que había hecho un buen trabajo porque, a pesar de su carácter, ella antes era mucho peor y se notaba que mi compañía le estaba sirviendo para vivir con mucha más alegría. Me confesó en privado que hacía tiempo que él veía cierta depresión en la anciana, e incluso estuvo pensando en la posibilidad de que viniera un psicólogo a visitarla. Como era de esperar, ella se negó rotundamente a todo esto. Me alegré al saber que yo había ayudado a que se sintiera mejor. Esa mujer había llevado una vida con demasiadas dificultades y piedras en el camino, se merecía ser feliz.

Cuando nos volvimos a quedar las dos solas, pensé en algo que le animara y que la sacara de su sesión de horas de telenovela. Tenía que encontrar pequeños momentos que la llenaran de vida.

Andrea_

Erika, ¿puedes venir a traer unos huevos? Estoy segura de que tu visita va a ser una buena dosis de energía para Montse.

Y te lo confieso: también para mí.

Si no puedes lo entenderé.

Dos horas después, Erika estaba sentada en el salón con Montse agarrando su mano y con mis ganas contenidas de comérmela a besos.

Dios, me encantaba esa mujer.

Fue una de las mejores ideas que podía haber tenido porque su «que no quiero que nadie venga a verme» de esa mañana había dado un giro cuando vio aparecer por la puerta a la chica de las gallinas.

—Venga, daos la mano. Hay que joderse, si lo estáis deseando —decía la anciana a cada rato.

Nosotras no podíamos parar de reír cuando la escuchábamos. Por mi parte era una risa nerviosa, porque había mucha verdad en esa frase: lo estaba deseando.

—Vale, le voy a dar la mano para que veas que te hacemos caso —contestó Erika.

Estiró su mano, me miró a los ojos y agarró la mía. Me di cuenta de que no era solo por complacer a Montse, ella quería hacerlo. Me sorprendí de que Erika no notara ese chispazo que sonaba cuando su piel rozaba la mía, yo lo oía, y lo oía fuerte. Cerré los ojos y disfruté del momento, de su calor, de ella. Nunca imaginé que algo tan sencillo como eso pudiera hacerme sentir semejante bombardeo de emociones.

—Hace muchos años, yo también deseaba dar la mano en público al amor de mi vida —comentó Montse de repente—. Alguna vez lo hice, pero de forma breve. Es bonito.

Nosotras escuchábamos en silencio, sin interrumpirla, para que nada le distrajera de contar su historia. Tomó aire y se agarró el colgante de su cuello. Erika me miró y supe que esos ojos querían decir: «Esa es la llave que cogiste».

—Uy —exclamó la anciana.

—¿Qué pasa? —pregunté.

Montse no podía soltar la llave, algo se había enganchado entre su mano y el colgante. Empezó a tirar sin éxito y a soltar malas palabras por su boca. Se sacó el collar del cuello, pero aun así seguía enganchada.

—Espera, te ayudo —dijo Erika y me soltó la mano para ofrecer su ayuda—. Se te ha trabado el hilo de una pulsera.

De repente, Erika se quedó paralizada, blanca, mirando aquel lío entre la pulsera y la llave.

—¿No puedes? —dije.

—Sí, ya está. —Reaccionó al fin y soltó el hilo liberando así la mano de la anciana—. No me había fijado en esta pulsera que llevas. ¿Te la has comprado?

—No. —Montse tocó su pulsera comprobando que estuviera bien —. Me la regaló el amor de mi vida, ella tenía una igual. Hace poco la vi y quise ponérmela de nuevo. Quiero llevarla siempre conmigo. Ay, niña, fue un detalle de la persona más importante de mi vida, menos

mal que no se ha roto.

—Tengo que irme, se está haciendo de noche —dijo Erika mientras se levantaba. Apenas le salía la voz.

—¿Pasa algo? —pregunté.

—No, nada.

Erika se despidió de la anciana y fue a toda prisa hacia la puerta. No sabía qué pasaba, era como si un fuego se hubiera formado y ella tuviera que ir rápido para apagarlo.

—¿Seguro que estás bien?

—Andrea, tengo que ir a comprobar algo.

—¿El qué? Me estás preocupando.

—Algo que puede cambiarlo todo.

46

Estuve muy nerviosa durante las horas siguientes. Escribí varios mensajes a Erika preocupándome por si había ocurrido algo, pero no obtuve respuesta. Empecé a crearme ideas raras en la cabeza: que se había cansado de mí, que había conocido a otra persona o que en realidad estaba casada y me estaba mintiendo. Me había hecho demasiadas ilusiones con una persona y ahora iba a estrellarme cuesta abajo y sin frenos. Me sentía tonta. No era normal que no me contase nada de lo que pasaba.

Mientras las ideas me iban y venían me percaté de que Montse estaba cansada, respiraba con dificultad y parecía triste de nuevo. Su actitud había cambiado por completo de un momento a otro, pasando de un rostro alegre y relajado a otro serio y frío. Estaba pellizcándose una y otra vez la pulsera de forma compulsiva y puso un canal al azar en la televisión, aunque no la veía, tenía la mirada perdida.

—Montse, ¿estás bien?

—Deberías ir con Erika, parecía preocupada —contestó mientras le daban ganas de toser.

—No voy a ir a ningún sitio. Necesitas descansar. ¿Qué tal si te tumbas y te pongo el oxígeno en la cama?

La anciana, por primera vez desde que yo trabajaba en esa casa, asintió con la cabeza sin mostrar ninguna resistencia. Le ayudé a ir a la habitación, bajé la persiana y mientras preparaba el oxígeno se quedó dormida. Había sido un día bastante intenso y yo, aunque también tenía sueño, estaba demasiado preocupada como para irme a dormir.

Me senté en el sofá y miré la pantalla de la televisión como Montse, sin enterarme de lo que se retransmitía, con la mente puesta en otro sitio. Eché la vista hacia un lado y vi la llave: grande, dorada, brillante. Estaba ahí y nada me impedía cogerla y abrir el cajón. Solo había un problema que no me debjaba aprovechar esa oportunidad para leer los dos últimos textos que me faltaban: mi conciencia. Sí, de repente, un pequeño angelito bueno de mi mente me dijo que en ese momento no estaba bien aprovecharse del descuido de una mujer que estaba enferma. La primera vez lo abrí porque lo viví como un juego, una especie de acertijo digno de cualquier película que me tenía enganchada, pero en ese momento profanar el cajón privado del aparador cogiendo a escondidas una llave no lo vi correcto. Prefería que Montse me lo contara porque parecía estar a punto antes de que

aquella pulsera roja rompiera el momento

«Maldita conciencia», pensé.

47

Erika

Se hizo de noche mientras volvía a casa, menos mal que ya estaba acostumbrada a ir hasta mi finca a cualquier hora del día. Recordé cuando de niña iba siempre muy rápido por ese monte para llegar hasta el autobús escolar. El colegio estaba a unos veinte kilómetros, así que, entre subir, bajar y la ruta era como hacer una excursión diaria. Era por eso que desde bien pequeña mi madre me había enseñado a perderme y a encontrarme, a mantener la calma si me salía del sendero, si llovía o si se me hacía de noche. Era el precio que había que pagar por vivir en medio de la naturaleza en una casa aislada de las demás, pero nunca lo vi como algo malo. Además, eran muchos los que venían hasta mis tierras para comprar huevos, fruta o verdura; así que Dolores, mi madre, me repetía muchas veces que si algo me gustaba de verdad los inconvenientes para llegar a ello no importaban y que no me tenía que sentir distinta por vivir ahí, sino una privilegiada de tener algo de lo que mucha gente no podía disfrutar. Cuando mi padre se fue y nos quedamos las dos solas, ella me enseñó todo el trabajo que hay que hacer para cultivar el campo y cuidar de los animales. Me acabó gustando tanto la naturaleza que me obsesioné con saber más sobre todas las especies y es por ello que decidí estudiar biología con una beca que me concedieron, aunque eso supusiera estar cinco años viviendo en una residencia de estudiantes de Gerona y volviendo solo los fines de semana o en vacaciones. Al final la vida me llevó a dedicarme a la finca y a los productos que cultivaba en ella, y no me arrepentía. Me encantaba seguir los pasos de mi madre.

Llegué con el corazón en un puño, fui corriendo a la habitación y cogí la caja con forma de baúl que esa misma mañana había estado tocando. Era como si el destino hubiera querido que ese día encajara todo en mi cabeza para descubrir algo que nunca nadie me había contado.

Ahí estaba. Era igual. El mismo hilo trenzado rojo que acababa en dos cuentas redondas de color dorado. Me puse a temblar. ¿Casualidad? No lo sabía, pero a mi madre siempre la recordaba con esa pulsera que parecía indestructible al paso de los años. Además, por

edad me cuadraba todo, puesto que mi madre era mayor. Ella me tuvo con cuarenta años, poco después de conocer a mi padre. Yo fui casi un milagro de la estadística.

Empecé a hacer un puzle con toda la información que tenía sobre la historia, las cartas y las anécdotas de mi madre. Ella siempre había salido poco de la finca, cuando lo hacía iba conmigo, y antes de volvernos nos sentábamos en la plaza donde yo solía jugar sola tirada por el suelo. Mi madre se pasaba el rato con la mirada perdida en aquel árbol centenario, sin hacer caso a mis tonterías. Recordé alguna de las veces en las que yo había intentado sin éxito llamar su atención como cualquier niño para que me mirase. Sacarla de sus pensamientos nunca había sido una tarea fácil. Allí fue donde Montse quedó con ella en alguna ocasión y donde planearon verse para escaparse. Allí fue donde Andrea me había contado que la anciana siempre se quedaba absorta en sus pensamientos. Allí fue donde mi madre me dijo sin venir a cuento: «Hija, si alguna vez te gusta una mujer no te escondas».

Todo cuadraba, pero era necesario una confirmación. Me tumbé con las lágrimas en los ojos y los sentimientos a flor de piel. Lo que tenía claro es que, si mi madre era la otra protagonista de aquel romance imposible, ella guardó el secreto hasta la tumba para no hacer daño a Montse. Los ojos se me cerraban solos, me tumbé en aquella cama llena de recuerdos y me quedé dormida. Esa noche soñé con lo que hubiera pasado si la anciana hubiera acudido al encuentro para coger un tren y fugarse. En esa historia yo no hubiera estado en este mundo, ni siquiera hubiera conocido a Andrea, pero Dolores y Montse hubieran tenido la historia de amor que se merecían. Estaba claro que el destino y las decisiones tomadas habían movido nuestras vidas a su antojo.

A la mañana siguiente me desperté confusa, con los ojos hinchados y la cabeza pesada. Había dormido unas nueve horas seguidas y mi consciencia me estaba jugando una mala pasada. Solo al ver de nuevo aquella pulsera enredada entre mis dedos me di cuenta de que eso sí que había sido real. Cogí el teléfono móvil, que llevaba en silencio desde que entré el día anterior a la casa de Montse, y vi que tenía varios mensajes y llamadas perdidas de Andrea. Estaba preocupada. «Mierda, tenía que haberle dicho algo», pensé. Fui a echarme un poco de agua fresca en la cara, puse a calentar el té y una rebanada de pan y saqué fuerzas para escribir.

> Erika_
>
> Andrea, siento no haberte respondido ayer. Estoy bien, es solo que descubrí algo muy importante. Necesito verte para contártelo, no quiero hacerlo por teléfono.

48

Andrea

Andrea_

Me estás asustando. Hoy no puedo salir, Montse necesita oxígeno de vez en cuando y tengo que estar atenta. Puedes venir, sabes que siempre eres bienvenida a esta casa. Estaba asustada, pensé que querías librarte de mí y que por eso salías corriendo.

Erika_

Tú y tu mente fantasiosa… ¿Librarme de ti? Nunca querría hacer eso, al revés, solo me apetece estar contigo. No puedo ir a casa de Montse, ya te lo contaré. ¿Has podido leer el resto de las cartas?

Andrea_

Qué alivio que me digas eso, pensé que había hecho algo que te pudiera molestar. He tenido la llave a mano, pero como Montse no se encuentra bien mi angelito bueno vino a visitarme. Creo que es mejor que ella nos lo cuente, si quiere, quizá deberíamos olvidarnos de esta historia, aunque sentí que se había convertido en algo nuestro, pero no quiero que se acabe enterando de que estoy investigando su pasado. Se pondría peor.

Me tienes intrigada y preocupada.

Erika_

No creo que ya me pueda olvidar de la historia. Avísame cuando podamos vernos, ¿vale? No te preocupes.

No me convencieron mucho sus explicaciones. Erika estaba rara y yo, a esas alturas, sentía tanta conexión con ella que tenía la necesidad de aliviar cualquier cosa que le pudiera preocupar.

Oí a Montse toser en la habitación y fui a ayudarla. Seguía seria y me hablaba lo mínimo para contestar a mis preguntas. Aunque estaba débil se vistió ella sola, como siempre muy coqueta con su ropa y su moño perfecto, y bajamos a desayunar. Preparé café y tostadas para las dos con unos huevos revueltos y los serví en dos bandejas para comérnoslo en los sillones, como a ella le gustaba.

—Ya nos quedan pocos —me dijo señalando los huevos. En realidad, todavía había bastantes como para todo el pueblo.

—Sí, ya sé lo que quieres decir —sonreí, sobre todo por ver que la comida le había animado un poco. Ella lo único que deseaba era que fuera a ver a Erika.

Después de desayunar estuvo colocando cosas al azar en el salón, como si con cuatro movimientos de varias figuritas de porcelana y algunos libros se sintiera mejor. Ella siempre tan ordenada y cuidadora de su casa. Cuando quedó satisfecha tomó asiento y se puso a hacer un crucigrama que siempre tenía encima de la mesa camilla, pero se vio interrumpida por el sonido del teléfono fijo y fue a cogerlo. Yo, mientras, fui a barrer las miguitas del pan que se nos habían caído al suelo y me di cuenta de que la llave seguía ahí. Me sorprendió. Cualquier otro día lo primero que hubiera hecho sería cogerla y colgársela al cuello, después de maldecir su mala memoria por haberla olvidado ahí la noche anterior. Jamás la perdía de vista tanto tiempo. En ese momento el móvil me vibró en el bolsillo y lo miré con ansias de que fuera otro mensaje de Erika diciendo que venía.

«Mierda, no es ella», pensé al ver el nombre de la persona que me escribía.

> Natalia_
> Hola, perra, no sabemos nada de ti en días. Este fin de semana volvemos a Barcelona. Espero que estés bien y que tu Shakira sea buena contigo.

Natalia estaba en lo cierto, desde que la vi besándose con Sam a escondidas no había vuelto a contactar con ella, no sabía cómo afrontar la situación. Tampoco había hablado con Lara porque no podía estar con ella como si nada, sin contarle algo tan importante, pero no quería delatar a su novia y a la vez mi amiga. Además, me había decepcionado. Aún no podía creerme que engañara a su pareja con la amiga de Erika, me daba cierta vergüenza. Demasiado jaleo en mi cabeza en esos días, así que lo que hice fue lo que menos agobio me suponía: alejarme hasta ver si ellas mismas me contaban algo. La mejor técnica cuando no quieres decepcionar a nadie.

—Niña, me ha llamado Ferrer, mi hijo. Demonios, qué pesado es. Me ha dicho que viene este fin de semana también. Seguro que le has contado que la vieja parece que se va a morir y viene corriendo para asegurarse —dijo Montse sacándome de mi enfado momentáneo.

—Lo debo tener al tanto de tu estado de salud. Es tu hijo, Montse, es lo normal, se preocupa por ti.

—Pues nada, que ya lo tengo aquí dándome el coñazo otra vez con todo. No para de tratarme como si fuera una niña pequeña. Qué

paciencia, Señor.

—Ferrer es un buen hombre —contesté.

—Sí, pero pesado como una manada de elefantes. Por cierto, niña, tú puedes irte el fin de semana y así descansas de mí, que con él ya me vale. Así haces tus cosas —dijo Montse, sacó un pañuelo y se secó la boca.

Un fin de semana libre. Si las circunstancias fueran otras no me hubiera botado el corazón al escuchar eso, puesto que en esa casa me sentía bien y, pese a todo, me agradaba cuidar a la anciana, pero en ese momento... En ese momento significaba poder ver con tranquilidad a Erika, estar juntas y que me contara lo que le preocupaba. Abrazarla. ¿Besarla? Sí, ¿por qué no? las dos lo deseábamos y ya lo habíamos hecho en aquel puente, aunque ella luego rompió el momento y me dejó con ganas de más, con la miel en los labios o, más bien, con el sabor de la miel de sus labios. Ella era toda una experta en romper momentos. En mi mente quería seguir pensando que era ese «punto», ese dichoso «punto» al que tenía que llegar para estar niveladas.

Yo solo quería besarla mucho tiempo, todo el tiempo, olerla, sentirla, conocer más todas sus facetas, vivirla.

Dios, me encantaba esa mujer y todo lo que me faltaba por descubrir de ella.

49

El viernes por la tarde vino Ferrer y yo aproveché para hacer las compras de todo lo que se necesitaba en casa de la anciana. Salí de una pequeña carnicería que había cerca de donde habían alquilado la casa Nat y Lara y, cuando iba a cruzar la esquina para tomar el puente hacia el otro lado del pueblo, me las encontré. Iban de la mano y sonriendo, como si nada pasase entre ellas y fueran la pareja más feliz del mundo. Se me revolvió el estómago al instante. No pude hacer nada para evitarlas y en cuanto hicieron contacto visual conmigo levantaron la mano para saludarme.

—¡Andrea! —gritó Natalia—. Qué alegría verte. Estamos a escasos metros de ti y no coincidimos para salir a tomar algo.

—Hola, chicas. Montse lleva unos días con la salud delicada y no puedo dejarla sola. ¿Qué tal estáis?

—Mejor que nunca —dijo Lara.

«Si tú supieras…», pensé.

—Este lugar nos está sentando de maravilla. No quiero volver —afirmó la infiel.

—Sí, sobre todo a ti. Se te ve distinta. Como más libre —le solté.

—Debe ser el aire puro.

—O Sam, la nueva amiga que habéis hecho.

Las dos sonrieron tímidamente y miraron al suelo sin decir nada al respecto.

—Andrea —interrumpió Lara—, no sé si leíste mi mensaje, pero mañana volvemos a Barcelona. El lunes tenemos que abrir la tienda y hay que preparar cosas antes. En una pena porque estamos muy a gusto.

Lara también estaba distinta, como más positiva, así que no quería ser yo quien la sacara de su estado de felicidad. Dejé que vivieran en su propia mentira, al menos por el momento, porque si en un tiempo el lío de Natalia con Sam no salía a la luz tendría que plantearme ser yo quien contase la bomba.

—Entonces me despido ya de vosotras. Perdonad que no haya podido veros más, pero es que no he tenido tiempo. Mañana y pasado me lo han dado libre, así que espero poder hacer algún plan con Erika. Tengo que llamarla para contárselo.

—¡Eso es genial! —gritó Nat—. Veníos con nosotras a Barcelona y os quedáis en casa.

—Sí, aprovecha y así te despejas. Será divertido —afirmó su novia

agarrándome del hombro.

—¿Qué te pasa? Estás muy seria, Andrea. Tú necesitas un día de fiesta loca. —Natalia se puso a bailar sola, moviendo las tetas al ritmo de la nada.

En esos momentos no tenía respuesta. A pesar de todo a mis amigas las quería mucho, pero yo lo que deseaba era estar con Erika y no era tan fácil planear un fin de semana con ella a dos horas de Beget, tenía animales a los que cuidar.

—Ya os diré algo. No contéis mucho conmigo porque no prometo nada. Por si acaso me despido. ¡Dadme un abrazo, perras!

«Tu novia no te merece», pensé cuando abracé a Lara.

50

—¿Hoy y mañana libre? ¡Qué bien, Andrea! ¿Tienes planes? Puedes quedarte aquí, si quieres. ¿Has comido? ¿Quieres algo? ¿Qué tal Montse? Ay, qué alegría que hayas venido. Tengo tanto que contarte. Dame un abrazo —Erika era pura felicidad cuando se lo dije.

Me había plantado de sorpresa en su casa con una mochila al hombro después de despedirme de Montse y Ferrer hasta el lunes. Cuando me vio entre la verja de su puerta le cambió la cara y salió corriendo para abrazarme. Un abrazo fuerte, cariñoso, sentido, repleto de «te he echado de menos» y con un poco de «empiezo a sentir demasiado por ti». Un abrazo lleno de preguntas, eso sí, pero ella era de esa manera: un terremoto de cuestiones sin resolver.

Sinatra nos acompañó hasta la puerta de la casa. Todas las gallinas andaban sueltas por el terreno y venían pegadas a nuestros pies mientras cacareaban y picoteaban cosas del suelo. Eran libres, felices, como su cuidadora. Pasé cerca del limonero y el olor me llevó inmediatamente a Erika, pero también a la casa de Montse. Esa fragancia se convirtió en una de mis favoritas e imprescindibles.

—Erika, tengo algo que proponerte.

—Y yo cosas que contarte.

—Déjame a mí primero porque corre prisa.

—¿Qué pasa? ¿Me vas a proponer algo indecente? —sonrió y miré su boca con ganas de comérmela entera, despacio y sin pausa.

—No me digas eso, que hay que ir despacio. —Le guiñé un ojo—. Mis amigas me han propuesto ir el fin de semana a su casa de Barcelona. ¿Te vienes? Si no puedes no pasa nada porque yo lo que quiero es estar contigo.

—¿Pasar el fin de semana contigo en Barcelona?

—Vale, es una locura —dije mientras me sentaba. Erika se quedó pensativa—. No sé si puedes dejar la finca sola dos días. Olvídalo, podemos estar aquí.

Erika permaneció de pie y, de repente, vi como sus ojos se llenaban de lágrimas a punto de brotar. Eso no podía ser por mi propuesta, ella tenía algo dentro, algo que tenía que soltar y que no podía aguantar más. Me sentí mal por no haber dejado que hablara antes que yo.

—Andrea, creo que…

—¿Qué pasa? —Me levanté y cogí su mano.

—Bueno, no estoy segura, pero es que todas las pistas me llevan a lo mismo y no puedo parar de pensarlo desde que vi lo que vi.

—Me estás asustando. ¿Qué viste?

—La pulsera. La pulsera de Montse. La que se supone que tiene igual que su amor secreto. —Metió su mano en el bolsillo del pantalón y sacó una pulsera exactamente igual que la de la anciana.

—¿De dónde la has sacado?

—De una caja donde mi madre guardaba las joyas.

—¿Y piensas que tu madre podría ser…?

—La forma en la que Montse me mira y me coge de la mano, la edad que tendría mi madre ahora, mis vivencias, la pulsera. Tengo demasiadas sospechas.

—¿Dolores era la amante de Montse? —Se me iban a salir los ojos de las órbitas.

Fue como si toda la historia que había leído corriera por mi cabeza a la velocidad de la luz buscando encajar cada pieza.

Erika me abrazó llorando.

—Creo que sí. Bueno, estoy segura por lo que he visto —contestó.

—No llores. —Intenté parecer tranquila—. Hay que confirmarlo, preguntárselo a Montse directamente. Si fuera así puedes estar muy orgullosa de tu madre. Ella luchó hasta el último minuto por ser feliz con la persona a la que amaba.

—Lo sé. Es solo que me pone triste pensar que no tuvo la vida que hubiera querido solo por los prejuicios de la época.

Durante la hora siguiente, Erika se desahogó conmigo y yo dejé que hablara de lo que le preocupaba, de sus recuerdos y de cómo todo le encajaba a la perfección con lo que nosotras habíamos leído. Su madre tenía que ser el secreto más preciado de Montse, había demasiadas pistas que nos llevaban a ella y la definitiva fue aquella pulsera roja que las unía. Eso hizo que a mi chica de las gallinas le saltaran todas las alarmas.

Me enseñó las cartas que encontramos en el puente. Las estuve leyendo mientras ella deambulaba por la casa recogiendo cosas y balbuceando palabras que se le escapaban de sus pensamientos. Cosas como: «Si lo hubiera sabido…». «Acabaste con ese hombre indeseable». «Nunca te pregunté nada sobre tu pasado».

Casi se me escapó un sollozo cuando vi el contenido del último texto escrito por Montse. Estaba cargado de un adiós bonito y doloroso a partes iguales. Cuando me imaginé a Dolores leyendo el porqué de su ausencia el día en el que tenían que haberse ido lejos, solté un suspiro y empaticé con su dolor al recordar de nuevo cómo acabo una historia de amor que no pudo tener el futuro que ambas hubieran querido.

Para Erika no fue fácil descubrir de repente que su madre había llevado una vida que no había estado en sus planes. Me contó anécdotas y situaciones que, aunque por aquellos tiempos no les había

dado la importancia que se merecían, años después cobraban todo el sentido. Ya nunca podría hablarlo con ella y le invadió un sentimiento de rabia y de pena que comprendí por completo.

—Seguro que le hubiera gustado contártelo en algún momento de su vida, pero no querría que tú indagaras más en una historia que ella debía mantener en secreto.

—En este pueblo al final todo se sabe. Siempre he notado las miradas de los demás, sobre todo desde que mi madre murió. Antes pensaba que era por ser hija de la chica de las gallinas, de la mujer rara que vivía aislada en una casa en medio de la montaña, ahora no sé qué pensar. Quizá todo el mundo lo sabía menos yo, la hija no deseada de Dolores.

—No pienses que no fuiste deseada. Estoy segura de que gracias a ti tu madre tenía muchas razones para ser feliz.

Dejé las cartas encima de la mesa y me levanté para abrazarla. Estaba temblando y apoyó su cabeza sobre mi hombro. Noté la humedad en mi camisa cuando sus ojos volvieron a expresar su tristeza.

—¿Por qué Montse no me contó nada? ¿Es tan egoísta que ni ahora quiere que su historia se sepa como lo hubiera querido mi madre? ¿Nunca me iba a dejar ver estas cartas?

Mil y una preguntas a las que solo pude contestar con mi silencio. Lo cierto es que yo tampoco sabía por qué Montse no le había dicho todo eso a Erika, pero conociendo su hermetismo tampoco me sorprendía demasiado. Quise animarla, que se olvidara de todo y secar sus ojos para que sonriera.

—¿Puedes dejar a los animales solos hasta mañana por la tarde?

—Si venimos mañana puedo ahora echarles más comida y agua y no pasaría nada. Recogeré los huevos que tengan y dejaré la puerta del gallinero abierta para que ellas salgan y entren cuando quieran —dijo secándose las lágrimas con el puño de su chaqueta.

—Seguro que te sienta bien despejarte.

—Me apetece estar contigo. Donde sea.

Acerqué mi cara a la suya y nos besamos. Fue un beso corto, dulce, de los que saboreas como un bocadito pequeño de chocolate que se te queda en el labio. Ese beso lo sentí como un «te quiero» que ninguna de las dos se atrevió a pronunciar.

A la media hora ya tenía su mochila preparada, mandé un mensaje a Lara para avisar de que íbamos y anduvimos un buen rato hasta llegar a donde estaba mi coche. Llevaba aparcado a las afueras del pueblo tanto tiempo que tuve miedo de que no arrancara.

51

—Nada, que no arranca —dije posando la cabeza sobre el volante después de varios intentos.

—¿Qué hacemos? Yo no tengo ni idea de coches.

—Se me olvidaba que no tienes carnet. Es curioso.

—Nunca lo he necesitado y si he salido del pueblo he cogido el autobús y el tren.

—Ponte en el volante y haz lo que te diga. Voy a empujarlo, a ver si logramos arrancarlo.

—¿Cómo? Yo no sé.

—Pues ya es hora. Confío en ti. —Toqué su barbilla y le di un beso en la nariz, ella tenía cara de terror.

Se puso en el asiento del conductor y cogió el volante fuertemente como si fuera a salir volando. Casi me da la risa al verla así.

—¿Qué hago?

—Pisa el embrague.

—¿El qué?

—Es ese pedal. Písalo. —Se lo indiqué—. Pon la segunda marcha. Mira, así. —Cogí su mano. Chispazo inmediato. Le enseñé a meter la marcha.

—Vale. ¿Y ahora?

—Esto es el freno de mano. Quítalo cuando vaya a empujar. Deja el pedal del embrague apretado y cuando yo te diga pisas el acelerador. —Puso cara de agobio—. Es el pedal que está más a la derecha —le susurré al oído y noté cómo se le erizaba la piel de la nuca.

—¿Por qué no lo haces tú y yo empujo?

—Porque quiero que esta sea tu primera clase de conducir. Cómo arrancar un coche a la fuerza. —Guiñé un ojo y salí del vehículo antes de que se arrepintiera. Quería que lo hiciera ella, que le diera un subidón de adrenalina si el cacharro arrancaba. No había peligro puesto que todo era una recta.

Por suerte el coche estaba aparcado en un lugar con pendiente. Solo tenía que empujar un poco para que cogiera velocidad y cruzar los dedos para que funcionase. El vehículo era pequeño y no me costó moverlo echando todo mi peso encima.

—¡Se está moviendo! —grito Erika emocionada. Parecía una niña pequeña montando por primera vez en su coche de juguete.

—¡Pisa el acelerador! —le dije cuando vi que el coche cogía la

velocidad adecuada.

Oí cómo el motor empezaba a funcionar, pero Erika no paraba de apretar el acelerador. Se me olvidó decirle que el freno era el del medio, algo básico. A los pocos metros empezó a controlar el volante muy bien, dejó de acelerar y llegó a un tramo recto donde el coche fue ralentizándose poco a poco. Levanté la mano para que parara y ella lo que hizo fue accionar el freno de mano.

—¡Ha arrancado! —dijo mientras yo corría hacia el coche. Estaba pletórica.

—¡Muy bien! Primera clase aprobada. Ahora no hay motivo para no sacarte en carnet.

—Ha sido increíble. ¿Has visto qué velocidad llevaba? ¿Te has fijado lo bien que sujeté el volante?

La abracé y le dije al oído que era la mejor conductora del mundo. Ella estaba con un subidón de adrenalina que le duraría durante todo el viaje. Justo lo que quería: animarla.

El trayecto se me hizo tan ameno en su compañía que cuando me di cuenta ya habíamos llegado a Barcelona. Erika no paraba de mirar por la ventanilla, todo era nuevo para ella y se sentía abrumada por los edificios tan altos. En realidad, todo lo que no fuera una casa unifamiliar le parecían rascacielos.

Lara y Nat nos acogieron con entusiasmo. Su casa estaba tal y cómo la recordaba. Tenían una decoración nórdica que siempre me había encantado, unas estanterías en el salón repletas de novelas de temática lésbica y multitud de botecitos con bolígrafos que coleccionaban de su papelería. Nos acoplamos en la habitación de invitados y Erika se sentó en la cama mientras yo colocaba mi ropa.

—Se me había olvidado contarte algo —me dijo con la mirada perdida.

—¿Malo o bueno?

—Depende de cómo lo mires —rio y me quedé más tranquila—. Vi a Lara con mi amiga Sam en actitud un poco sospechosa.

Dejé lo que estaba haciendo y me senté con ella.

—¿Cómo? Querrás decir a Natalia.

—No, no. A Lara.

—¿Qué hacían exactamente?

—Escondidas detrás del *quad* en medio del monte. En cuanto me oyeron salieron con la ropa mal puesta. Tenían el pelo revuelto y estaban avergonzadas. Andrea, se estaban enrollando. Está claro que Natalia y Lara tienen muchas cosas que contarte.

Me quedé petrificada. ¿Lara engañando?

—Y Sam seguro que también tiene mucho que contar —dije enfadada—. Yo la vi liándose también con Nat.

Erika me miró incrédula. Le expliqué lo que yo había visto y las dos acabamos riéndonos de la locura que parecía todo. La veterinaria era la verdadera triunfante de aquel juego de cuernos y las otras dos se engañaban mutuamente sin saberlo.

—Parece que todas las historias de amor de nuestro alrededor acaban mal. —Erika soltó una carcajada y me la contagió.

La situación era cómica porque teníamos que fingir ante mis amigas que no sabíamos nada, sobre todo Erika, que tendría que hacerse la tonta como que no se había dado cuenta de lo que pasaba detrás de aquel *quad*. A mí, por suerte, no me habían visto cuando las pillé.

—Mejor que todo esto no salga de aquí —dije—. Ahora que ya sé que las dos tienen la misma culpa me he quitado un peso de encima. Me sentía mal por no contárselo a Lara, ¿te lo puedes creer? Que se apañen ellas con su historia. Deberían dejarlo, sería lo más sensato para todos.

Y así, sin haberlo planeado, Erika y yo teníamos de nuevo otro secreto en nuestras espaldas.

Ya era bien entrada la tarde cuando decidimos salir a tomar algo por la ciudad. La chica de las gallinas nos dijo que con las prisas no se había traído ropa como para salir, ella siempre iba con su estilo de campo. Natalia, que tenía una talla similar a ella, se ofreció para dejarle algo y yo me quedé esperándola junto a Lara en el salón.

—Me gusta para ti —dijo Lara. La miré confundida—. Erika, digo. Hacéis buena pareja.

—No somos pareja.

—Seguro que no es porque te falten ganas. He notado tu forma de mirarla. Sois muy *cuquis* las dos.

—¿Tan obvio es que Erika me encanta?

—Se te ve a la legua. Os miro a las dos y ya no pienso ni en la diferencia de edad. Es tu Shakira, como diría Nat.

Yo reí. Lo cierto es que cada vez pensaba menos en que nuestra edad podía ser un impedimento.

—Vamos despacio. Tenemos que estar en el mismo punto y ella creo que aún no lo está.

—Pues yo la noto muy en tu «mismo punto». Debes de gustarle mucho para haber accedido a venir. Por cierto, ¿te ha contado algo de mí?

—No. ¿Algo como qué? —Sabía de sobra a qué se refería.

—Quería decirte que…

—Chicas, ya estamos —gritó Natalia mientras salía de la habitación con Erika.

«Salvada por la campana», pensé.

Mi Shakira estaba despampanante. Vaquero ajustado de color negro con rotos en las rodillas, camiseta granate amplia a juego con sus zapatillas de calle y una cazadora preciosa con letras en la espalda que regalé a Natalia para un cumpleaños. Estaba vestida informal, como era ella, pero todo le quedaba tan bien que no podía parar de mirarla. Su pelo, sus rasgos, sus gafas, sus labios, la forma de sus piernas marcadas en aquella tela. Todo. La hice un escáner, un TAC y varias radiografías con los ojos. Creo que dejé un reguero de saliva en el suelo de aquel salón.

Dios, me encantaba la Erika vestida para salir por Barcelona.

—Al final me voy a enamorar de ti —le susurré al oído.

Ella permaneció callada, vergonzosa, con los mofletes colorados. Era pura ternura. Joder, lo que le dije era cierto.

—¡Vamos de fiesta que ya está bien de tanto campo! —gritó Natalia, Lara se acercó a ella, le dijo algo al oído y se besaron con pasión.

«Increíble, cuánta falsedad», pensé.

52

Estábamos en Aire, un local de ambiente lésbico al que solía ir con mis amigas muchos sábados. Allí conocíamos a las chicas de la puerta, a las camareras e incluso a la encargada. Todas me habían saludado con cariño cuando me vieron aparecer y Erika se sorprendió de lo conocida que era por aquel lugar.

Llevábamos allí una hora y Lara y Natalia estaban a su rollo en uno de los sofás, metiéndose mano o bailando sentadas, según el momento. Empezaron a poner temas de los ochenta y los noventa y la chica de las gallinas estaba disfrutando de lo lindo.

—En esto me ganas, yo no conozco muchas canciones —le dije mientras bailábamos.

—Hay muchas cosas que yo también te puedo enseñar.

—Estoy a tu disposición para que me lo enseñes todo. Todo —insistí olvidándome del «poco a poco» y de todo lo demás. Aquel ambiente daba pie a desinhibirse.

Empezó a sonar *La chica de ayer* del grupo Nacha pop y Erika se emocionó.

—Esto sonaba cuando yo era pequeña —dijo levantando los brazos como si estuviera en un concierto.

—Los de mi época son más de reguetón. Esto me gusta más.

—¿Te gusta más que lo de la gente de tu edad?

—Mucho más que el reguetón. Es más interesante. Más bonito. Mas tú —dije mientras bebía de mi copa de ron con Coca-Cola.

Nos fuimos a besar o, al menos, esa fue mi sensación cuando ella se acercó y agarró mi cintura provocándome un tornado de emociones con tan solo notar su presión en mi cuerpo.

—¿Erika? —oí decir a alguien a mis espaldas.

Miré detrás y había una chica a la que no conocía de nada. Morena, con el pelo lacio y largo y bastante alta. Erika se quedó blanca como un fantasma, tanto que pensé que se iba a desmayar.

—Cora —contestó—. ¿Qué haces aquí?

No entendía quién era Cora, una chica que de repente se había encontrado a ciento cincuenta kilómetros de Beget, ni por qué parecía que había visto a alguien de otro mundo.

—Eso mismo me pregunto yo. Vivo en Barcelona. Un sitio que nunca has querido pisar porque no había quien te sacara del pueblo. ¿Recuerdas?

—Espera. Erika, ¿es tu ex novia? —Nunca había oído el nombre de

esa chica, tampoco nunca se lo había preguntado.

—Sí —contestó sin mirarme—. Hace mucho que no te veo, desapareciste sin más. Te noto cambiada —dijo dirigiéndose a Cora. En ese momento yo pasé a un segundo o tercer plano. A un plano que no me hacía mucha gracia.

—Me ahogué contigo. Me ahogaste. Igual que vas a ahogar a la siguiente. ¿Es ella la siguiente? ¿Esta cría de aquí? —me señaló.

—Oye, guapa, me parece que has tomado demasiado tequila por hoy —dije apartándome.

—Déjalo ya —contestó Erika.

—¿Le estás haciendo ilusiones en Barcelona para que luego descubra su propia cárcel en aquel pueblo inhabitado? ¿Para que tenga que aguantar tus *ataquitos* de pánico cada dos por tres? Si, bonita. —Se dirigió hacia mí—. Tendrás que estar tranquilizándola todo el rato como si fueras su madre y encima vivir entre mierdas de gallinas porque la señorita no puede dejar el campo.

—Yo no te obligué —contestó Erika antes de que yo saltara. Me mordí la lenga.

—Bueno, después de años de relación estaba claro que o yo daba el paso de vivir allí o tú no lo ibas a dar. —Cora se acercó a Erika demasiado—. No hiciste nada por mí. Nunca hacías nada.

—Las dos acordamos que tú te vendrías porque yo no podía dejar a mis animales. En vez de contarme lo que te preocupaba empezaste a atacar contra mí con discusiones absurdas cada día. Hasta que te fuiste sin un adiós.

—Creo que deberías de marcharte —le dije a Cora cuando vi la incomodidad creciente de Erika.

—A mi tú no me vas a mandar callar, niñata. —Llevaba una copa en la mano y demasiadas en su cuerpo.

—No voy a consentir que le hables así —gritó Erika apuntándola con el dedo.

En ese momento, Lara y Natalia se dieron cuenta de la situación y vinieron a ver qué pasaba.

—¿Ahora tienes guardaespaldas? —preguntó la morena que seguía dando tragos largos a su bebida.

—¿Qué pasa aquí? Creo que tú sobras, ¿no? —dijo Natalia.

En unos segundos todo se lio demasiado como para recordar los detalles. Cora agarró de los pelos a Nat y Lara se metió para defenderla. Acabamos todas metidas en una pelea que nunca debió de empezar, y yo con un moflete morado por un guantazo dirigido a mi amiga que paré con la cara. La encargada vino corriendo, después acudieron las chicas de la puerta y nos separaron. Cora acabó en la calle con indicaciones de que no volviera por ahí. Por suerte, ese era nuestro territorio y la gente del local sabía que nosotras nunca nos

metíamos con nadie, así que me creyeron cuando les expliqué la absurda situación que acababa de vivir. Todas acabamos como si nos hubiera pasado una apisonadora por encima, no tanto por los golpes, sino por lo agotadas que nos dejaron los nervios.

—Andrea, Natalia y yo nos vamos. Estamos un poco agobiadas aquí. Luego nos vemos en casa, te dejo unas llaves para que entres —me dijo Lara mientras yo intentaba hablar con las camareras para disculparme por todo.

—Vale, chicas —las abracé.

—Gracias. Siento mucho lo ocurrido —se disculpó Erika, aunque en realidad ella no tenía la culpa de nada.

—Erika, espérame y ya nos vamos —le dije—. Voy a dar las gracias a Maite, la encargada, y a las chicas de la barra. No te preocupes por nada. Ha sido casualidad encontrártela. ¿De verdad estabas con esa matona?

La chica de las gallinas estaba seria y no paraba de mirar la marca de mi cara lamentándose por lo ocurrido.

—Esto no tenía que haber pasado —dijo tocándome el moflete.

53

Erika

Anduve durante… ¿veinte?, ¿treinta minutos? De repente, mi percepción de estar en un sitio cerrado se disparó, algo que no había sentido durante todo el tiempo que estuve allí pasándolo bien. Tuve que irme de aquel local sin avisar a Andrea. Me fui sin más, como una cobarde.

Me encontraba mal, con una rabia por dentro incontrolable que me repetía una y otra vez lo que había salido de la boca de mi ex pareja. Vi a una mujer muy cambiada, llena de odio, de dolor. Ella rara vez bebía, no le gustaba, y en ese momento estaba descontrolada, como si le diera igual lo que hacía o lo que decía. Sentí que era una persona totalmente distinta. No la reconocí. No tenía nada de la chica de la que yo me había enamorado.

¿Ella tenía razón? ¿Nunca hice nada por Cora? ¿Iba a hacer que Andrea se sintiera en una cárcel si tuviéramos una relación? ¿Lo hice tan mal? ¿Estaba tan cambiada por mi culpa? Eran las preguntas interminables que empezaron a atormentarme mientras me perdía por las calles oscuras de Barcelona. No conocía aquella ciudad, así que no tenía ni idea de dónde estaba.

«Me ahogo. Me estoy ahogando», pensé. Y entonces eché de menos a Andrea, ella hubiera sabido tranquilizarme, como lo hizo en el gallinero, porque nos complementábamos como si nos conociéramos de toda la vida. Sin embargo, no podía hacerle aquello. No podía meterla en una cárcel o tener con ella una relación a distancia para siempre. No podía hacer que cargase con mis miedos, mis inseguridades y hasta mis putos ataques de pánico.

Quise irme, lejos, muy lejos y sin decir nada. Al fin y al cabo, sentí que era igual que Cora: una mala persona. Me llegué a arrepentir de haber ido hasta allí para causar que Andrea acabara con un morado en la cara. Me perseguía la culpa.

Llegué hasta una playa y pronto me di cuenta de que era la Barceloneta. Bajé a la arena, me descalcé y fui caminando hacia la orilla buscando consuelo y tranquilidad. Hacía mucho que no sentía el mar en mis pies, la última vez aún mantenía una relación con Cora. El sonido de las olas tranquilas sirvió como terapia para mi pánico y en

pocos minutos me sentí mejor. Respiré hondo y elevé mis brazos para estirarme mientras miraba a la luna llena que me acompañaba en ese día tan caótico. Era enorme, totalmente redonda, e iluminaba toda la playa. Pensé en Andrea, era inevitable que cada vez que observaba algo bonito sin ella la echara de menos. Saqué del bolsillo el móvil, estaba silenciado: diez llamadas perdidas y cuatro mensajes preguntándome que dónde estaba.

Quince minutos después me senté en la arena. Solo quería poder pensar con claridad y hacerme todas las preguntas que necesitaba: ¿Cogía el primer autobús hacia Beget? ¿Llamaba a Andrea? ¿Estaría enfadada conmigo o, lo que podía ser peor, desilusionada?

Veinte minutos después seguía sin respuestas. Cogí arena, cerré el puño y la fui soltando poco a poco, en bucle. Estaba siendo una cobarde.

54

Andrea

No tenía ni idea de dónde estaba Erika. Empezó a ser angustioso. ¿Cómo se había podido ir sin decirme nada?

Cinco minutos. Solo cinco minutos fueron los que tardé en hablar con las chicas del *pub* para disculparme por lo sucedido. Cinco minutos que deseé que nunca hubieran sucedido. Después de buscarla por los baños del local, en toda la calle, de llamarla mil veces y de gritar su nombre por cada rincón decidí caminar sin rumbo preguntando por ella a cada persona que pasaba. Erika no conocía el barrio, ni siquiera la ciudad, por lo que me dio miedo que se pudiera meter en alguna zona conflictiva o que hubiera perdido el móvil y no pudiera llamarme. También barajé la posibilidad de que se hubiera enfadado por algún motivo, de que de repente hubiera visto algo en mí que no le gustase y hubiera preferido volver al pueblo.

Eran las tres de la madrugada, demasiado tarde como para que se hubiera cogido un autobús y demasiado pronto como para que amaneciera y llamar directamente a la policía.

Marqué el número de Natalia: no lo cogió.

Marqué el número de Lara: no lo cogió.

«¿Para qué narices la gente tiene teléfonos móviles?», pensé enfadada.

Fui a la casa de mis amigas pensando que quizá podría haber vuelto allí. Llamé al timbre, pero no contestó nadie. Estaba tan nerviosa que tardé unos segundos en atinar con la llave en la cerradura. Abrí y recorrí a toda prisa cada una de las habitaciones

Nadie. No había nadie.

Me senté en el sofá y sujeté mi cabeza con las manos mientras se me saltaban las lágrimas.

Nueva llamada a Erika: no lo cogió. Entonces, hice lo que no tenía que haber hecho nunca: reventar el teléfono tirándolo contra la pared. Ya sí que no podía llamarla más.

Salí de la casa con el único pensamiento de que no le hubiera pasado nada. Era todo lo que deseaba. Acepté que no quisiera estar conmigo, acepté que ver a su ex novia le hubiera traído demasiados recuerdos como para ponerse a pensar en mí, acepté que nunca

estaríamos en el mismo punto. Demasiados pensamientos, demasiadas hipótesis, como siempre, pero solo quería encontrarla.

«En Beget esto no hubiera pasado, allí es imposible perderte o esconderte. No teníamos que haber venido», me repetía mientras cruzaba las calles de Barcelona buscando una aguja en un pajar.

Estaba tan agotada que ya no me respondían las piernas y fui donde solía sentarme cuando las cosas no me iban bien, donde todo parecía solucionarse entre la arena y el sonido del mar y donde mis pensamientos se ponían en orden si pasaba una mala época. A esa hora había varios grupos de personas que seguían la fiesta en la playa, como solía pasar cada fin de semana. Me alejé un poco de ellos para no oírlos y liberé mis pies de las zapatillas. Fijé la mirada en un punto del horizonte, donde la luna brillaba tanto que iluminaba el agua, y allí, a medio camino, vi una silueta que se parecía a la de Erika. El pecho me dio un pellizco y grité su nombre, aunque sabía de sobra que desde la orilla no iba a oírme. Corrí hacia ella con mi calzado en las manos y, cuando se percató de que alguien se le abalanzaba, dio la vuelta y se encontró con mis brazos alrededor del cuello. Las dos nos caímos sobre la arena. Empezaba a ser algo habitual lo de tener accidentes cuando nos veíamos.

—Me has asustado —me dijo.

—¿Asustarte? —respondí en el suelo sin soltarla—. Asustada es lo que estoy yo. Llevo horas buscándote. Ya pensaba llamar a la policía. ¿Estás bien? ¿Qué te pasa? ¿Por qué te has ido? —Me separé para que pudiéramos sentarnos.

—Lo siento. Me bloqueé. No quiero que te sigas haciendo ilusiones con lo nuestro, Andrea, no es justo para ti. No voy a hacerte eso. —Se quitó las gafas, secó sus ojos con el dorso de la mano y se levantó.

—No, no. Pero ¿por qué dices eso ahora?

Yo también me puse en pie. Mis peores pensamientos se estaban haciendo realidad, Erika quería apartarse de mí.

—Ya sé que aún nos estamos conociendo, pero no quiero ilusionarme más para, al final, tener una relación a distancia contigo, estaría echándote de menos a cada segundo. Tampoco quiero que llegado el momento tengas que elegir quedarte en una cárcel.

—Un momento —interrumpí—. ¿Estás llamando cárcel a tu campo de vistas increíbles y a tu acogedora casa donde estoy deseando volver para hacer una sesión de té delante de la chimenea? —Erika asintió con la cabeza—. Si es por lo que te ha dicho esa mujer, Cora, o como se llame, ya lo puedes ir olvidando. Yo no veo los barrotes por ningún sitio.

—¿No piensas lo mismo? —me preguntó con los ojos brillantes, las manos en los bolsillos y el pelo revuelto por la brisa.

—Erika, en Beget he descubierto muchas cosas bonitas. Me gusta

esa vida y donde tú vives para mí es un paraíso. —Cogí sus manos obligándola a que las sacara de los bolsillos—. En realidad, me gustas tanto que todo lo demás es secundario. Podría vivir en tu finca o en la India si es contigo. Me da igual y nada me ata a Barcelona.

Me miró como si no se creyera lo que la decía, pero no fueron palabras tiradas al aire, lo sentía de verdad. A mí me daba igual dónde estar, yo solo quería que estuviéramos juntas. Jamás había sentido esa conexión con nadie y lo que más deseaba es que a ella le pasara lo mismo. Soltó una de mis manos y me tocó la mejilla con su pulgar de forma muy suave. Me quejé porque el golpe que me había dado Cora dolía.

—Tendríamos que denunciarla por esto —me dijo y volvió a tomar contacto visual con mis ojos—. Soy estúpida, tengo al lado a la mejor persona del mundo. Te he tenido al lado todo este tiempo y estás cargando con todos mis temores.

—No cargo con nada. Solo me gustas. Erika, me gustas. No sé cómo hacer para que te enteres y te olvides de todo lo demás. Deja de hacerte mil preguntas, solo siente como lo hago yo.

—¿Te gustan las cuarentonas? —preguntó sin hacer caso a lo que le decía.

—Como tú sí. Me gustan como tú: buenas, divertidas, trabajadoras y con los brazos definidos —reí—. ¡Ah! Y el culo, el culo también es importante. El tuyo es de infarto. —Giré sobre ella y le miré el trasero de forma descarada. Conseguí sacarle una sonrisa—. ¿Y a ti no te da miedo que sea una niñata veinteañera?

—Eres de todo menos una niñata.

—A veces lo soy.

—Entonces, serás mi niñata —me dijo.

En ese instante el ruido de la gente haciendo botellón nos sacó del momento que estábamos viviendo. Erika me soltó la mano.

—No vuelvas a darme otro susto como el de hoy. He roto hasta mi teléfono lanzándolo contra la pared.

—Andrea, lo siento, de verdad.

—Te perdono, pero solo si nos vamos de aquí y te vienes conmigo a un sitio.

—Vamos. —Me agarró de nuevo la mano, esta vez más fuerte, y tiré de ella para salir de la playa.

No quería que la noche acabara así y que Erika se quedara con esa imagen de Barcelona. Lo normal no era que de repente te apareciera una ex de debajo de las piedras y le diera un sopapo a la mujer que tuvieras al lado. Además, ella estaba disfrutando hasta que Cora llegó a nuestras vidas, por lo que sabía que si se lo pasaba bien no se agobiaba, aunque el espacio fuera cerrado. La llevé a mi pub favorito: el Carita Bonita. Solo quería bailar con ella, dejarnos llevar,

olvidarnos del mundo y ser nosotras dos sin todo el cúmulo de circunstancias que nos rodeaban.

55

A Erika le hizo gracia el nombre del local.

—Carita bonita la tuya —le dije.

—Anda, que menuda labia tienes —contestó de forma divertida.

Nos dirigimos hacia la barra y ella pidió un zumo de piña. Eso hizo que me gustara aún más. Dios, me encantaba la Erika de los zumitos en las discotecas. Yo tomé un refresco de limón porque quería estar como ella y permanecer sobria en todo momento. Tenía que acordarme de absolutamente todo lo que pasara esa noche, porque era nuestra noche. Al día siguiente volveríamos al pueblo y no sabía cuánto tiempo pasaría hasta que nos viéramos de nuevo.

Se fue hacia el centro de la pista y levantó los brazos para bailar, yo seguí sus movimientos y le agarré la cintura por detrás respirando el aroma de su nuca con los ojos cerrados. Me dejé llevar por el momento y besé su cuello, lo que hizo que ella tocara mi cabeza con una mano y se siguiera contoneando al ritmo de Coldplay, aunque la música la poníamos nosotras moviéndonos la una para la otra. Ella era mi ritmo, mis acordes y mi melodía favorita. Me estaba poniendo romántica y me estaba poniendo cachonda.

Me estaba poniendo demasiado.

Cuando estaba completamente en una burbuja en la que el resto de gente no existía, se terminó ese tema, sonó la siguiente canción y las dos nos miramos. Sé que estaba pensando lo mismo que yo: esta es la nuestra.

Madre mía, ¿cómo se hace para tanta conexión?
Tú lo sabes, yo lo siento, vamos a otra habitación.
Donde nadie, nadie pueda oírnos.
Se nota en mi boca que yo no quiero hablar.

Nos pusimos las dos a cantar, pero no como si estuviéramos en un karaoke, que es lo que nos pasó en el gallinero. Esta vez, Erika se acercó de un modo muy tierno, incluso sexi, me rodeó con los brazos y susurró la canción en mi oído causándome el mayor y más placentero chispazo de todos los que había tenido desde que la conocí. La corriente eléctrica me llegó hasta el mismo corazón y me lo aceleró de tal modo que casi se me saltan las lágrimas. Me iba a dar el mejor puto infarto del mundo.

Porque desde que estás aquí

Aquí cerca de mí.
Que tú eres mi baby.
Ese recuerdo de tenerte sin ropa.

Me alejé un poco de ella para poder enfocarla bien. Miré sus labios mientras seguían la letra de la canción, húmedos, carnosos, y me acerqué cada vez más, sintiendo más fuerte que nunca ese torrente imparable de sensaciones que me envolvían cuando aquella chica estaba delante de mí. Me encantaba. Era una locura. Una puta locura. Rocé sus labios suavemente y ella se apartó un segundo.

—Uf, ¿lo has sentido? Mira. —Señaló el vello de su brazo, lo tenía de punta y la carne de gallina.

—¿Notaste el chispazo?

—¿El chispazo? He notado toda una corriente recorriéndome la piel.

Entonces lo supe, estábamos en el mismo punto. Ese dichoso «punto» que tanto había deseado como si fuera un sueño que estaba tardando demasiado en cumplirse. Como si fuera un imposible que nunca alcanzaba.

Nos besamos con la canción de Aitana de fondo, que ya nunca más sería de ella, sino nuestra. Sabía a piña, dulce, deliciosa. Era ese trago fresco que te inunda la boca cuando tienes mucha sed en un día de verano. En ese momento lo era todo.

Y me pasó. Sin más. Lo sentí y lo dejé fluir por cada una de mis venas.

—Te quiero —le susurré sin frenos, sin duda.

Fue así.

Ocurrió.

Así es como me enamoré de la chica de las gallinas.

56

Erika

No me podía creer lo que estaba ocurriendo. Me acababa de decir que me quería.

Me
quería.

Y me volvió a dar esa corriente tan placentera que estaba recorriendo todo mi cuerpo desde hacía un rato. De arriba abajo, de abajo a arriba, pasando por el estómago como una bandada de mariposas aceleradas. Ese aleteo me hizo temblar, sentir y coger aire para asumir de una vez lo que me estaba ocurriendo.

Y me pasó. Sin más. Lo sentí y lo dejé fluir porque estaba segura de Andrea y segura de que lo nuestro podría superarlo todo. Habíamos llegado hasta ese punto despacio, sin prisas y había respetado mis tiempos porque yo le interesaba de verdad. A pesar de la edad, de la distancia y de todo lo demás.

—Yo también te quiero —contesté.

Volví a besarla mientras bailábamos y me olvidé hasta de dónde estaba. Nuestra historia fue así: un baile lento.

Sabía a limón. Y a mí, me encantaban los limones.

57

Andrea abrió con prisas el piso de Natalia y Lara. No lo podíamos negar, lo que menos nos apetecía en ese momento era estar con gente, así que esperábamos que estuvieran durmiendo o que siguieran la fiesta por la Ciudad Condal.

Nos quitamos las zapatillas para no hacer ruido y fuimos andando por el pasillo que había hasta llegar al salón. Allí seguía el móvil de Andrea, o lo que quedaba de él, y el suelo lleno de cristalitos de su pantalla. La miré con asombro por la tontería que había hecho y ella me puso carita de: «Ya lo sé, no me digas nada». Miramos en las habitaciones, solo nos faltaba un par de pasamontañas y unos guantes negros para que eso pareciera un robo, era divertido.

Respiramos al fin.

—Vale, no hay nadie. Estas deben de haberse ido a algún sitio. Siempre han sido de trasnochar más que yo —me dijo.

Cogió mi mano y fuimos hasta la habitación de invitados. Cerró la puerta y sus ojos se convirtieron en dos faros que me atrajeron hasta su cuerpo.

Se desnudó de la forma más sexi que había visto nunca, quitándose la ropa lentamente y contoneándose hasta que todas las prendas acabaron donde mejor estaban: en el suelo.

—Eres preciosa —dije.

Tenía un cuerpo perfecto. Suave, aterciopelado y sin ninguna estría. Lo que me dio cierta vergüenza porque a mí sí que se me notaban los años en la piel y en el pecho. La diferencia de edad era evidente. Aun así, me deshice de mi ropa sin tanto erotismo como ella y Andrea me hizo una radiografía de arriba a abajo.

—Y tú. Me vuelves loca. Te estaba deseando desde que te vi. Joder, eres perfecta. Eres la mujer más perfecta que he visto nunca.

Y así, de un plumazo, me quitó toda la inseguridad.

Nos tumbamos en la cama, haciéndonos un nudo inseparable con los brazos. Al sentir el calor de su piel con la mía, el «chispazo», como decía Andrea, lo noté en medio de las piernas.

Quería volver a bailar lento con ella, pero esta vez de forma horizontal.

Besé sus labios, cogiéndolos entre mis dientes de forma delicada. Hice un tango con su lengua y bajé al cuello. Noté la tensión en los poros de su piel, acaricié su pecho pequeño y firme y soltó un gemido que me volvió loca. Ella me acarició los brazos y luego tensionó sus

manos en mi espalda, como si tuviera ganas de dejarme marcada por sus uñas. Sentí su placer y eso aumentó el mío. Toqué su sexo: muy húmedo. Subió las piernas y acaricié la parte interna de sus muslos. Si seguía así iba a llegar pronto al final, así que tuve que aminorar la marcha porque a mí me gustaba lento, como todo con ella, y nos teníamos tantas ganas que solo con rozarnos la piel podríamos llegar al orgasmo. Volví a besarla, hubiera estado así toda la vida, envuelta entre sus labios. Ella puso una de sus manos en mis nalgas y con la otra logró rozar mi clítoris. Ahora era yo la que estaba a punto de desfallecer y moví mis caderas al ritmo que necesitaba. Paró, siguiendo mi juego de lentitud placentera, pero matadora, y me miró como diciendo: «¿Ves lo que se siente?». Entonces, no me torturó demasiado e introdujo sus dedos provocando que gritara de placer. Seguí moviéndome, sin pausa, sin prisas. Esa chica era joven, pero me tocaba de una forma en la que podía apreciarse que tenía incluso más experiencia que yo. No pude más, me dejé llevar del todo y suspiré de alivio cuando llegué a uno de los clímax más intensos que había experimentado nunca.

—Me encantas —susurró en mi oído de una forma tan suave que era casi inaudible.

Bajé sus curvas, como si fuera una ruta marcada que tenía que explorar, y cuando llegué a su sexo lo exploré con la lengua hasta descubrir lo que más le gustaba. Y ahí, donde vi que sus gemidos subían de decibelios, me recreé más. Cuando noté que ella estaba en el punto más alto de placer toqué con mi mano toda su humedad. Aguanto el aire y tensionó sus piernas para caer relajada segundos después.

Nos seguimos besando con nuestras piernas y brazos entrelazados. ¿Fueron minutos? ¿Horas?

El sueño pudo con las dos y nos quedamos dormidas. Lo último que recuerdo es el sonido de su respiración relajada. Sonaba a hogar. A noches con una taza de té entre las manos. A mañanas de buenos días. A futuro.

¿Podríamos estar así para siempre?

¿Podría dejarme de preguntar todo?

58

Andrea

Era nuestra primera vez despertando en la misma cama y quise disfrutar del momento. La observé mientras aún dormía. Las aletas de la nariz se le movían acompasadas con su respiración tranquila y eso me pareció lo más tierno del mundo. Eran como un pajarito en el nido moviendo las alas. Lucía un pelo perfectamente revuelto y los rayos de luz que entraban por la persiana medio abierta se reflejaban en uno de sus hombros. Tenía el torso desarropado y su clavícula me pareció tan perfecta que la recorrí con la yema de los dedos, pero sin tocarla. Tan solo con eso abrió los ojos, sonrío y empezó nuestro día. Me abrazó y nos comimos a besos un rato más.

—Habrá que levantarse y ver si mis amigas han llegado. No quiero tener que salir a buscarlas como a ti —le dije bostezando entre cada palabra.

—Vas a recordarme toda la vida que casi denuncias mi desaparición a la policía, ¿verdad?

—Voy a estar contigo toda la vida, eso es lo importante —contesté y ella mostró su amplia sonrisa mientras se frotaba los ojos con la mano.

Abrí la ventana para ventilar la habitación y cuando fui a ponerme una camiseta para salir al salón escuché un ruido de platos mezclado con risas de complicidad.

—Parece que sí que hay gente y que se han levantado contentas. Deben de estar desayunando ya. Son las diez de la mañana —dijo Erika con un ojo abierto mirando su reloj y el otro cerrado porque le daba la luz.

Salí yo primero, fui al baño y cuando entré en el salón me encontré lo que menos me esperaba.

—Hola, Andrea. Buenos días —me dijo Sam que estaba en la mesa sirviendo algo para ella y para Natalia.

—¿Hemos hecho ruido? Lo siento —se disculpó Natalia—. Mira quién ha venido para darnos una sorpresa.

—Sorpresa la mía —contestó Sam—. No sabía que estabais Erika y tú aquí.

Yo aún no había articulado palabra, solo me sostenía con la mano

en la puerta mientras me mordía la lengua por la tremenda caradura que tenían las dos o, mejor dicho, por la tremenda caradura que tenía Sam, porque no podía olvidar que Natalia y Lara se estaban poniendo los cuernos mutuamente con la misma persona. ¿Cómo seguir pasando de ese tema cuando tenía delante a la tercera en discordia?

—Hola —logré decir—. Erika y yo vamos también a desayunar.

—Qué seria estás, Andrea. Ven aquí. —Nat tocó la silla de su lado —. Ayer te pusieron la cara bonita. ¿Qué le ha pasado a tu móvil? Está ahí estampado y todo lleno de cristales. Por cierto, ya se lo he contado a Sam. Menuda gilipollas la chica esa. —Escupía mientras hablaba con la boca llena de churros con chocolate. Parecía que no había comido en la vida.

—Si te sirve de consuelo, Cora siempre me ha caído fatal. Encima le hizo muchísimo daño a Erika —dijo Sam también con la boca llena. La educación de estas dos brillaba por su ausencia.

—Andrea, sírvete chocolate de esa jarra. Sam ha traído churros para todas.

Yo seguía con el cerebro que me iba a explotar, barajando la posibilidad de mostrar mi desconcierto porque que esa chica estuviera ahí, en la casa de una pareja que iba a romper de un momento a otro, en la casa de mis amigas. En ese momento apareció Erika y, a continuación, Lara también salió al salón. Ya estábamos todas.

—¡Sam! —Lara fue corriendo y se abrazó a ella. Noté cierta tensión en aquel saludo, como si no supieran si besarse en la cara o comerse la boca—. ¡Qué sorpresa!

—Ya os dije que nos veríamos pronto. Erika, ven aquí que parece que hayas visto a un fantasma. Me alegro de verte tan bien y, por lo que veo, estás con Andrea, ¿no? —preguntó Sam que cada vez me ponía más nerviosa.

Erika me miró poniendo los ojos en blanco y fue a saludarla. Estaba segura de que pensaba lo mismo que yo. Era una situación muy rara.

—Bueno, ya que estamos todas vamos a contar algo —dijo Natalia.

Yo, que en aquel momento ya era un hervidero de tensión acumulada, salté.

—Yo soy la que tengo que contar algo. Esto me parece increíble. —Mi tono era de tal enfado que todas se sorprendieron porque no era habitual en mí.

—¿Qué pasa? —oí preguntar a Lara por lo bajo.

—Andrea, déjalo —me dijo Erika.

—No, lo iba a dejar y que vosotras ordenarais vuestra vida, pero esto ya es demasiado.

—¿A qué te refieres? —Natalia tragó y soltó los churros de su mano. Qué guarra era comiendo.

—Que ya sé lo que pasa aquí. Sam, ¿cómo te atreves a presentarte en esta casa? Ellas son mis amigas y no voy a pretender que te rías así.

—Andrea, creo que deberías de…

—Déjame —interrumpí a Nat—. Natalia, lo siento, pero os vi a ti y a Sam besándoos en Beget. —Lara miró a su novia—. Y a ti, Lara, te vio Erika con Sam también en actitud más que cariñosa. Esta mujer se está aprovechando de vosotras dos y, lo que es peor, os estáis engañando la una a la otra por una persona que no vale nada y a la que le dais igual. ¿Qué clase de juego raro es este? Ya no podía callarme más, lo siento. De todas maneras, esto os iba a explotar por algún lado —sentencié y me senté a comer mi chocolate con churros. Me lo había merecido.

Erika se mantuvo en medio del salón con los ojos muy abiertos observando todo, perpleja de verme sacar el carácter. Intenté relajarme porque no quería asustarla, yo no era así.

—¿Has acabado? —dijo Sam y yo asentí con la cabeza porque no quería hablar con la boca llena como ellas.

De repente, las tres se pusieron juntas y se besaron en la boca. Primero Lara a Sam, después Natalia a su novia y de nuevo a Sam.

—No entiendo nada —dijo Erika.

—Os queríamos explicar esto —empezó a contar Lara—. Al fin hemos encontrado lo que le faltaba a nuestra pareja, un poco de chispa.

—Y esa chispa nos la ha dado Sam —continuó Natalia—. Tuvimos una conexión tan fuerte las tres cuando fuimos de excursión que apenas nos hemos separado desde entonces. Lara y yo hablamos y a las dos nos pasaba lo mismo con ella, pero a la vez no queríamos acabar con lo nuestro porque nos queremos.

—No me jodas —dije con la boca manchada de chocolate, pero yo me limpié con una servilleta al menos.

—Nunca nos hemos puesto los cuernos. Sabíamos en todo momento lo que la otra hacía con Sam —dijo Lara.

—Bueno, resumiendo, que nos hemos vuelto modernas y a partir de ahora tenemos una relación a tres porque esto nos está dando la vida —concluyó Natalia.

—¿Sois poliamorosas? —preguntó Erika—. A mí me parece perfecto. Mucho mejor que lo que Andrea y yo nos estábamos imaginando.

—No sé qué deciros después de la que os he montado. Nos hicimos una película de engaños y cuernos. Nunca me podría imaginar esto —dije señalándolas.

—¿Estás enfadada? —me preguntó Lara.

—No, no. Estaba rabiosa porque pensé que os estabais volviendo locas poniéndoos los cuernos y yo, que lo sabía todo, me he mordido

la lengua hasta que no podía más. —Respiré, estaba más relajada—. Lara, si estáis bien así me alegro muchísimo por vosotras. Perdonadme por cómo me he puesto. Sois mis poliamorosas favoritas. —Me levanté y les di un abrazo calmando así la tensión que se había creado en aquella casa.

—Bueno, asunto arreglado. ¿Podemos seguir comiendo churros? Se van a enfriar —preguntó Sam como si nada.

Nos reímos y me sentí bien. En ese momento allí solo se respiraba amor y yo era feliz de ver a todas las personas a las que quería con una sonrisa en la boca y los dientes llenos de chocolate caliente.

Una sensación placentera que se vería truncada un rato después, cuando me puse a comprobar desde el teléfono de Erika si tenía mensajes importantes en mi buzón de voz.

59

—Erika, tenemos que irnos rápido. Ahora te cuento —dije cuando terminé de escuchar.

Recogimos nuestras cosas, me despedí de todas explicándoles por encima lo sucedido y en menos de quince minutos estábamos andando para coger el coche. ¿En qué diablos estaba pensando para tirar el móvil contra la pared? Tenía varios mensajes de Ferrer que me dejaron muy preocupada. Uno era del día anterior y contaba que habían tenido que ingresar a Montse porque su pulso era demasiado bajo. Había otro de esa misma mañana en el que decía que, aunque seguía débil, volvían a casa porque no eran capaces de retenerla más en el hospital, al que habían ido en contra de su voluntad. Ferrer me pedía ayuda para no quedarse por la tarde solo con ella, confiaba más en que estuviera conmigo por si volvía a pasarle algo. Su voz sonaba rota, temblorosa. En el último mensaje me confesaba que a su madre le quedaban pocos días de vida. Su corazón se apagaba y con esa noticia también un poco del mío. Me culpé por no haberme enterado antes para estar allí, las noticias recibidas eran demasiado tristes.

Conduje con un nudo en la garganta durante todo el camino. Erika me agarraba la mano cada vez que la ponía en la palanca de cambio y estuvimos casi sin hablar, pero diciéndonos todo en aquel silencio cómodo que nos invadió, cada una metida en sus propios pensamientos y con la lágrima queriendo brotar de nuestros ojos.

—Es una mujer muy fuerte —me dijo.

—Solo espero llegar a tiempo.

Se acercó a mi asiento, me dio un beso tierno en la mejilla y sus labios me calmaron. Tenían el poder de calmarme o de ponerme nerviosa a partes iguales.

Cuando llegamos, mi chica de las gallinas vio apropiado volver a su casa para dejar que Montse descansara y que no se alterase demasiado. Antes de bajarse del coche me dio un abrazo que me supo a hogar y del que no hubiera querido separarme nunca, si no fuera por las circunstancias.

Al entrar encontré a Montse dormida en el sofá y a un Ferrer desencajado y con unas ojeras prominentes.

—Lo siento, Ferrer, se me rompió el móvil y te he escuchado esta mañana.

—¿De verdad? Coge uno viejo mío que hay en un cajón de la

cocina. —Era un hombre muy generoso—. No pasa nada. Solo era para informarte porque estaba nervioso. Son tus únicos días de descanso, no quería molestarte. No imaginé que la situación se podría poner tan fea.

Se puso a llorar e intenté consolarlo. Le hice una infusión de tila y lo convencí para que se fuera a dormir un rato a la habitación, más tarde se tenía que ir y no quería que condujese tan cansado. Él me hizo caso, se fue a la cama y me quedé a solas con Montse. Agarré su mano, las uñas las tenía más azuladas que nunca y la cara de un color pálido. En el hospital le habían dejado la vía puesta porque, según me contó su hijo, él les comentó que tenían una enfermera en casa y que yo podría ponerle la medicación por vena. Leí todos los informes médicos, le puse una bolsa de suero y le ajusté bien el cable del oxígeno en la nariz. Me di cuenta de la gravedad cuando Montse no se quejó de nada en ningún momento, apenas se despertó, me miró y se volvió a dormir.

A la media hora abrió los ojos y vi ese azul de la pupila que tanto me gustaba.

—Niña, estás aquí. ¿Qué tal con Erika?

Me sorprendió que lo primero que pensara al volver a la consciencia fuera en mi relación con la chica de las gallinas. Sonreí y decidí darle la buena noticia para que se alegrara.

—Muy bien, estamos juntas, ahora podrás tener huevos gratis —le susurré acercándome a ella.

—Qué alegría me das. Ostia, niña, no veas si habéis tardado. Con lo rápidos que sois los de vuestra edad y la de vueltas que le habéis dado. Dime, ¿le has pedido ya ser novias?

Me hizo mucha gracia porque en cierto modo tenía razón.

—Queríamos ir despacio. Aún no se lo he pedido, pero se supone que somos novias. Hoy en día no se ponen tantas etiquetas a todo.

—Madre mía. Qué juventud. —Se echó las manos a la cabeza.

—Me he enamorado de ella, Montse, me gusta mucho.

A la anciana se le iluminó la cara al oírme, se quitó el oxígeno de repente y su gesto cambió por completo.

—Y ella de ti, seguro. Eres una niña especial, lo supe en cuanto te vi y por eso no te eché como a todos. Además, aguantas a una vieja pesada como yo, eso tiene mérito. Estáis hechas la una para la otra.

Sus palabras me hicieron muy feliz porque yo también sentía eso, Erika y yo estábamos destinadas de alguna manera.

—Gracias, Montse. Parece que la edad te está volviendo una blandita.

—Sé que voy a morirme pronto. Dejaré de daros el coñazo a todos.

—No me gusta que digas eso.

—Necesito huevos —dice de repente cambiando por completo el

giro de la conversación y dejándome descolocada.

—¿Ahora necesitas huevos? —No estaba en mis planes irme de nuevo, y menos con Montserrat enferma—. Cuando me fui tenías la nevera llena y has estado en el hospital, así que seguro que sigues teniendo los mismos.

—Ferrer se comió uno.

Suspiré, no había manera con ella.

—Montse, tienes muchos, no es necesario y ahora mismo no puedo ir.

—Quiero ir yo. Quiero ir a la finca de la chica de las gallinas.

Entonces me pareció entenderlo todo. Lo que deseaba era ir a esa finca que tantos recuerdos le había traído porque sentía más que nunca que eran sus últimos días. Lo lamenté, pero no era posible. Ella no podría andar hasta allí y menos en el estado en el que se encontraba. Fue en ese momento cuando vi la oportunidad de preguntarle por su relación con la persona de las cartas. Erika merecía respuestas y la confirmación por boca de la anciana de que su madre había tenido la mayor historia de amor con esa mujer. Ella era la única que podía contarlo y no era justo para la hija de Dolores que se llevara a la tumba ese secreto.

—Montse, eso ahora no es posible. Tu estado de salud no lo permite.

—Niña, recuerda que voy a morir en la hora gris, así que si voy de día te prometo que no vas a tener que bajar mi cuerpo viejo, arrugado y sin vida de ese campo —me dijo convencida, aunque yo lo ignoré por completo.

—¿Por qué tanto empeño en ir a la casa de Erika?

—Haces demasiadas preguntas.

—¿Conocías a Dolores?

Montse se secó los ojos con el pañuelo que siempre guardaba entre su ropa. Su gesto se quedó serio y permaneció en silencio un rato.

—No sé de quién me hablas —dijo al fin.

—Dolores, la madre de Erika. —Suspiré y me armé de valor para hablar sobre lo que tanto nos rondaba la cabeza—. Ella sospecha que os conocíais porque encontró una pulsera exactamente igual que la tuya en una caja donde guardaba sus joyas. Tú dijiste que te la regaló el amor de tu vida y que ella tenía una igual.

—Todo por una pulsera. Eres muy imaginativa. —Agachó la cabeza.

—No tienes que temer más. No pasa nada si amaste a una mujer. —Montse empezó a toser y supe que le estaba presionando demasiado. Le puse de nuevo el oxígeno que ella misma se había quitado un rato antes—. Bueno, no te preocupes, son cosas tuyas. Ahora descansa otro rato. ¿Quieres que te ponga la televisión?

La anciana miró sus dedos curvados, con uñas azules y huesos prominentes. Abrió y cerró la mano con dificultad y suspiró. Una lágrima le recorrió la mejilla y me sentí culpable de haber sido la causante de que se sintiera mal.

—Niña…

—No, no hables, no pasa nada —interrumpí—. No estés triste. Perdona por recordarte cosas que te hacen sentir mal. Ahora lo importante es que te recuperes.

—No voy a recuperarme. Lo sabes tan bien como yo. Esto es ley de vida. No lloro de tristeza porque ya lo superé, solo de melancolía al recordarlo.

Supe que me lo iba a decir, lo vi en sus ojos. Note las ganas que en el fondo tenía de deshacerse de su secreto, ya que para ella era algo que nunca había podido compartir. Perdió al amor de su vida por no arriesgarse y ahora, si ella se moría, su historia se olvidaría para siempre porque nadie más conocía su existencia. O eso se pensaba ella.

—Puedes contarme lo que quieras. No solo estoy aquí para cuidar a una vieja. —Sonreí y ella me devolvió la mueca—. También para escucharla.

—Sí, era Dolores. Era la madre de Erika. La mujer más importante de mi vida.

Lo sabíamos, pero siempre quisimos escucharlo de viva voz, confirmarlo para que la historia se hiciera real. Se me puso un nudo en la garganta y deseé que Erika estuviera ahí en ese momento, escuchando al amor más verdadero que tuvo su madre. Al rato, Montse se quedó dormida y no quise alterarla más. Cogí el móvil que Ferrer me había prestado, le puse mi tarjeta sim, que por suerte había sobrevivido a la tragedia, y mandé un mensaje a la persona que llenaba mis pensamientos.

> Andrea_
>
> Erika, ya lo sospechabas o, mejor dicho: lo sabías. Ahora se hace real porque me lo acaba de confirmar: tu madre era el secreto más preciado de Montse.
>
> Permite que te diga que tu madre era una mujer maravillosa. Como tú.
>
> Por cierto, Montse quería ir a tu casa, pero dado su estado de salud no lo veo posible.
>
> Te echo de menos. En cuanto pueda nos vemos.
>
> Te quiero.

Aquella noche, Ferrer se fue a su casa mucho más descansado y me dio las gracias por cuidar a su madre con tanto cariño. Me alegré de tener en ese momento a personas tan buenas alrededor de mi vida. Lo

noté sensible. Todos sabíamos cuál iba a ser el final, aunque no quisiéramos hablar de ello.

Disimulábamos. Dolía.

Antes de dormirme desperté a la anciana y la ayudé a subir a su habitación porque, aunque su hijo insistió en bajar la cama al salón para que no tuviera que subir las escaleras, ella se negó, como era de esperar. Volví a ver la llave apoyada en el brazo del sillón de Montse, parecía querer tentarme continuamente a que la cogiera. No lo hice.

60

Pasaron tres semanas y con ellas varias visitas de médicos, cambios de medicación y un Ferrer que empezó a cogerse días libres para ver a su madre más a menudo. Montse se quejaba de tanta visita y no paraba de decirme día tras día su deseo de subir a la finca. A veces la ignoraba, otras veces le decía lo peligroso que podía ser y en ocasiones avivaba sus ilusiones diciéndole que pronto se pondría mejor y podría llevarla. Lo cierto era que su capacidad para hablar y expresarse fue mermando, así como sus movimientos que, aunque no estaba postrada en la cama todo el día, sí que eran algo torpes y más lentos de lo habitual. Yo intentaba bajar sus niveles de estrés y de dolor, mantenerla contenta, tranquila, pero sin calmantes, ya que los rechazó desde el primer momento.

A la cuarta semana, y contra todo pronóstico, Montse se levantó llena de energía, respirando sin necesidad de oxígeno y pudiendo moverse por la casa sin ahogarse, como si nada le pasara, como si hubiera retrocedido diez años de su vida. Vino hacia la cocina decidida, bien peinada como siempre y con un olor a colonia de limón que inundó la estancia.

—Niña, seguro que hace días que no ves a Erika por mi culpa. Dile que venga y tomamos un té.

Lo cierto es que sí que la veía todas las semanas. Cuando tenía que ir a comprar ella se hacía todo el camino desde su finca al pueblo para pasar unos minutos conmigo. Unos minutos en los que nos parecíamos a su madre en esa historia de amor de momentos fugaces. Nos abrazábamos, nos comíamos a besos y le contaba cómo evolucionaba Montse, a la que todavía no había podido ver porque por orden del médico tenía que intentar evitar de todas las maneras que tuviera estímulos que la alteraran demasiado. Sabía que si venía hablarían de Dolores, de su historia, y era algo que a la anciana no le iba bien en ese momento. Sin embargo, me lo pidió con unos ojos tan llenos de ilusión y de vida que decidí que había que aprovechar los días buenos para cumplir todos los deseos que fueran posibles, y ese lo era. Además, nunca estuve de acuerdo del todo con esa orden de: «Que nunca se altere». ¿Por qué no podía alterarse de forma positiva en sus últimos días? ¿Por qué no vivir sin más?

Avisé a Erika y en menos de dos horas estaba en la puerta con una gran sonrisa, una cesta de huevos y una colección de besos y de «te quiero» para mí. Era imposible no enamorarse cada día de esa mujer.

—Niñas, qué bien se os ve juntas. Tenéis que quereros mucho, para siempre —decía Montse cada vez que nos veía hacernos algún cariño.

La anciana estaba pletórica y Erika y yo felices de verla así. Nos siguió contando cosas de su juventud, batallitas que todo abuelo tiene a sus espaldas, anécdotas de su casa y de sus padres que nos dejaban aún más claro lo estrictos que eran con ella. Demasiado para una chica joven que lo único que quería era ser feliz, tomar sus propias decisiones y no perderse nada.

—Me encanta que hoy te encuentres tan bien, Montse —le dijo Erika.

—Y a mí que hayas venido a verme. Quise mucho a tu madre, ¿sabes?

Erika se quedó blanca, no se esperaba que la anciana sacara el tema en ese momento.

—Lo sé. Ella seguro que a ti también.

—Quiero que sepas que siempre me arrepentiré de no haber ido a esa cita.

Mi chica me miró. Esa información solo la sabía por las cartas que yo le había contado, así que hizo como si ella no supiera nada.

—¿Qué cita? —contestó.

—Tengo que explicártelo a ti también.

Montse le contó toda la historia de aquel día en el que no fue al encuentro con Dolores para fugarse de Beget. Algo que a mí ya me había dicho en una ocasión, pero sin dar nombres. En ese momento, y ya con la imagen de su madre en la mente como la protagonista de esta historia, sus sentimientos estaban mucho más a flor de piel y noté cómo se aguantaba las lágrimas para no crear un ambiente demasiado tenso.

—Eran otros tiempos. Entiendo tu decisión. No es culpa tuya haber vivido en esa época ni con ese ambiente en casa —acabó por decir Erika para quitarle hierro al asunto y que Montse se relajara.

Se fundieron en un abrazo. A la anciana, a pesar de todo, se la veía muy entera.

—Quiero ir a la plaza. Al árbol. Erika, ven con nosotras —dijo Montse con la mirada perdida.

Mi chica me miró confusa y yo sopesé la idea unos segundos. Aquel lugar estaba cerca, la anciana podía andar, respiraba bien y éramos dos personas para ayudarla. Asentí con la cabeza, cogí su inhalador, agua y salimos de casa observando la sonrisa de la anciana.

Sentadas en el banco, hablando de todo y de nada a la vez y disfrutando también del silencio de aquel lugar donde solo estábamos nosotras y los pájaros que piaban alrededor, así pasamos un buen rato.

—Mira en el tronco del árbol —dijo la anciana a Erika de repente.

Nos levantamos las dos para ver a qué se refería.

—No vemos nada —grité.

—Mirad bien. Por el lado de la rama más caída. Qué inútiles —rio.

Y cuando encontramos a lo que se refería nos miramos las dos perplejas.

—Joder, esto ha estado aquí todo el rato. Si lo hubiéramos visto antes… —susurré.

En aquel tronco estaban marcados con una navaja y muy pequeños los nombres: Dolores y Montse. Tocamos los surcos de aquellas letras como si fuera braille y fue entonces cuando recordé las palabras de la anciana cuando un día, en ese mismo sitio, le pregunté cómo se llamaba su amor: «Pregúntaselo al árbol», me dijo. Qué tonta fui de no darme cuenta.

—Lo escribió el día en el que no acudí al encuentro. Un acto de rabia, supongo, al estar cansada de esconderse. Dolores era única. —La anciana miró al cielo y tiró un beso con la mano—. Niñas, llevadme a la finca.

—Montse, no puede ser. Está muy lejos. No quiero que te pase nada —contesté.

—¿Qué me va a pasar? ¿Morirme? Eso va a ocurrir en algún momento. Qué pesadas, coño. Puedo ir parando para descansar. Erika, llévame tú, es tu casa.

En ese instante vimos aparecer a Sam por la plaza, nos levantamos y se acercó para saludarnos. Nos contó que estaba viviendo entre Beget y la casa de Nat y Lara en Barcelona. Lo cierto es que en las últimas semanas a penas me había mensajeado un par de veces con mis amigas y sabía que todo iba genial en su nueva relación de tres, pero no había estado demasiado presente entre la preocupación por la salud de Montse y el sacar tiempo como podía para ver a Erika.

—Encantada de conocerla, señora. ¿Estáis tomando un poco el sol? Hoy hace buen día —dijo Sam cuando se percató de que la anciana estaba sentada en el banco.

—Llámame de tú. Demonios, siempre igual. Sí, estamos pasando el rato e intentaba convencer a tus amigas para que me llevaran a la finca de Erika, pero son muy cabezonas.

—Quizá podríamos… —contestó Erika.

«¿Cómo que quizá podríamos? ¿Quizá podríamos qué? Ahora me tocará seguir inventando negativas», pensé. Le hice un gesto de «no» con la cabeza.

—Venga, vamos —insistió la anciana.

—Está muy lejos para ti —protesté.

—Yo tengo aquí mi *quad* y hoy me lo he traído con un pequeño remolque enganchado. Justo vengo de transportar a un mastín que no podía andar hasta el hospital veterinario. ¿Os llevo?

—¿En un remolque? Podría hacerse daño —dije llevándome las manos a la cabeza. Hubiera deseado que eso me lo dijera a mí en privado, porque en ese momento a la anciana se le abrieron los ojos como platos y ya no habría manera de quitárselo de la cabeza.

—Qué buena idea. Yo peso menos que un perro de esos —exclamó Montse.

—Me vais a volver loca —susurré.

Erika me agarró del brazo y me apartó un poco para hablar en privado.

—Andrea, quizá es la última vez que tenemos la oportunidad de llevarla. Mírala, parece encontrarse bien, respira sin mucha dificultad y está contenta. ¿No tendrías remordimiento si se va de este mundo sin cumplir este pequeño sueño?

—¿En un remolque? —volví a preguntar.

—Yo lo he visto. Es bastante grande. Incluso cabríamos las tres. Podemos poner unos cojines y entre las dos la sostenemos en los baches. El camino andando es pesado, pero así no, llegaremos rápido. Un pañuelo en la boca y nariz para que no respire la arena que pueda levantarse y listo.

Sopesé la idea. Miré hacia la anciana, estaba hablando con Sam y sonriendo. En realidad, me daba pena arruinarle la ilusión de su pequeña aventura.

—No sé. Soy yo la responsable.

—Venga, cariño —me puso cara de perrito abandonado y fue mi debilidad. Era complicado resistirse con esos morritos y ese gesto de «por favor, por favor».

—Espero no arrepentirme. Vamos.

Preparamos todo para la excursión y al ver la cara de Montse supe que pasase lo que pasase merecería la pena. Era como llevar a un niño a un parque de atracciones.

61

Me dolían los brazos de sujetar con tensión a la anciana y dimos un culetazo en un bache, pero aparte de eso no ocurrió nada tan peligroso como yo pensaba.

—A menudas aventuras me convences —le dije a Erika sonriendo cuando llegamos.

—Y las que te quedan —me besó, suave, dejando entre sus dientes un segundo mi labio inferior.

—A ver, las novias, ayudadme a salir de aquí —comento Montse que seguía en el remolque sentada con el casco de Sam puesto.

Entre todas la ayudamos y, cuando pisó la tierra en la que tantos buenos momentos había pasado con Dolores, se deshizo en un llanto que aseguró que era de alegría.

—¿Está todo como lo recordabas?

—Todo está igual —dijo girando la cabeza hacia los lados para abarcar con su visión cada punto de la finca—. Menos las gallinas, ahora hay más.

—Sí, cada vez vendo más y he multiplicado su número.

—El limonero. Está precioso. —Se acercó hacia él despacio y olió sus hojas—. Desprende un olor tan agradable. Es ella, es tu madre en cada rincón de este campo.

Se metió, ante nuestra sorpresa, en un hueco entre el árbol y el gallinero y sacó con cuidado un ladrillo de este. Erika no tenía ni idea de la existencia de ese falso fondo.

—¿Qué hay ahí? —pregunté.

—Es la única carta que no sabía dónde estaba. Erika, tu madre y yo nos escribíamos cartas a escondidas y ella las guardaba aquí —dijo mientras sacaba un papel doblado de aquel agujero.

—Como si no lo supiéramos —le susurré a mi chica, que seguía fascinada por el descubrimiento y solo contestaba moviendo la cabeza.

—Una vez me dio una nota que, entre otras cosas, ponía que me dejaría todas las cartas de nuevo en el sitio donde siempre se las escondía.

—Monte, siéntate —le dije al notarle la voz un poco agotada, se sentó en una banqueta baja de madera que había cerca.

—Era cuando se enfadó por no irme con ella —siguió contando—. Sacó todas las cartas de esta casa. No quiso romperlas, pero tampoco quedárselas. Comprendí su rabia. Yo las fui a buscar, pero las volví a leer y las dejé en el mismo lugar, pensé que debían de estar ahí para

siempre, en el puente. Esta se la quedó. —Se agarró con fuerza al papel, lo abrazó, olió sus esquinas buscando algún resto de Dolores y lo desplegó—. Se la quedó —volvió a repetir y se la entregó a la hija de la persona que tanto había querido.

62

Carta de Montse

Cariño,

Tengo que contarte algo. Hoy te miré mientras estábamos en el gallinero y lo supe. Fue tu sonrisa, la forma en la que te revolvías el pelo, la tonalidad verde de tus ojos, los músculos tensos de tus brazos mientras me arropaban, el olor de tu nuca mientras te respiraba, el chispazo que me recorrió el cuerpo y que no quise que se terminara nunca, tu capacidad para que todo se volviera etéreo a mi alrededor.

Guarda esto porque quiero que siempre recuerdes cuándo fue el momento en el que lo sentí. Seguro que me lo preguntarás algún día: esa manía tuya de preguntarlo todo y yo de ser tan callada. Somos la pareja perfecta.

Fue así. Así lo supe. Así me enamoré de ti.

Así me enamoré de la chica de las gallinas.

Te quiero.

63

—Tu madre era como tú, una preguntona y una mujer increíble capaz de provocar electricidad en un cuerpo —le dije a Erika agarrando su mano. Ella rio y lloró, lloró y rio.

Vi reflejados mis sentimientos en aquella carta que bien podría haberla escrito yo.

Después de un rato entramos en la casa y me acurruqué con Erika. Sam se quedó para llevarnos de vuelta a Beget cuando lo necesitáramos y estuvo ayudando a Montse, que daba una y mil vueltas a la estancia buscando cada detalle que le hiciera recordar a Dolores. Se paró delante de una vieja máquina de escribir que había en una vitrina a modo de decoración y la relacioné al momento con esa máquina con la que le habían escrito profundos sentimientos.

—Estoy muy emocionada de tenerla aquí —me aseguró Erika.

—He traído algo —dijo Montse acercándose despacio a nosotras. Nos sorprendimos porque, de repente, sacó de su pecho un sobre.

—¿Qué es? Si que lo tenías bien guardado —dije.

—¿Nunca has tenido la curiosidad de coger la llave que me cuelgo del cuello y abrir el cajón del aparador? Niña, te la he estado dejando a ver si tenías un poco de picardía y curiosidad. Pero nada. Esta vieja no te despierta interés. Esto es para Erika —se puso a reír de forma picara.

Mi chica se mantuvo en silencio y yo tampoco supe qué contestar. El sobre contenía las cartas que ya había leído, y también las dos que me faltaron. Noté cómo el rubor me subía por las mejillas.

—No me gusta meterme donde no me llaman —respondí.

Decidí que una mentira piadosa estaba justificada en ese caso. No quise hacer enfadar a Montse y estropear el momento que estábamos viviendo. Yo solo deseaba que disfrutase y no podía permitir que por contarle la verdad se empezara a encontrar mal. Estábamos demasiado lejos de casa. Erika pareció comprender mi forma de actuar y disimuló igual que yo.

—Son las cartas de tu madre. Léelas mejor cuando yo no esté.

—Lo haré —contestó y las guardó, aunque yo estaba deseando leer lo que me faltaba.

Fue una tarde mágica en la que con solo mirar a la anciana nos dimos cuenta de que, pasase lo que pasase, llevarla hasta allí había sido la mejor de las decisiones. Yo, por mi parte, no me solté de la mano de mi chica de las gallinas en ningún momento, quería

aprovechar cada segundo que se nos brindaba para estar juntas con la compañía de su amiga y de aquella maravillosa mujer.

—Me alegro tanto por vosotras. Sois la pura imagen de que el amor no entiende de nada —comentó Sam en un momento en el que puse mi cabeza en el hombro de Erika.

—Niñas, ¿sois novias? —preguntó Montse.

—Erika, tengo que decirte algo —dije mientras me levantaba para ponerme de rodillas ante ella.

—¿Qué haces?

—Algo que tenía que haber hecho, ¿verdad, Montse? —Miré a la anciana y ella me devolvió un gesto de afirmación.

Sam se puso las manos en la cara y mi amor, la chica que más sentimientos me había hecho aflorar en mi vida, comenzó a respirar de forma agitada.

—Estás loca —dijo.

—Erika —la interrumpí y cogí su mano—. ¿Quieres ser mi novia?

Montse comenzó a aplaudir y la veterinaria pareció respirar aliviada.

—Qué tonta eres —suspiró—. Claro, si ya lo éramos. Te quiero. —Me besó.

—¿Lo ves, Montse?

—Ahora sí, niñas, esto es lo correcto. Qué alegría me dais. Quereos mucho. Quereos siempre.

No, no fue una proposición de matrimonio, fue algo mucho mejor: que ella no tuviera ninguna duda de que esto iba en serio y que Montse tuviera la certeza de que nuestra relación era verdadera. La hija de su amor secreto y su enfermera estaban enamoradas y en una relación real y sana.

—También tengo algo para ti —le dije a la anciana. Me acerqué a ella y le coloqué la pulsera del orgullo gay que yo tenía siempre en la muñeca. La que tanto miraba cuando me conoció y que, aunque entonces no lo entendía, en ese momento tenía todo el sentido del mundo—. Es tuya, sé que te gusta. Te queda genial.

—Gracias, niña. Es muy bonita. La llevaré con orgullo.

Fantaseé con ella en una carroza, vestida con una bandera del arcoíris y proclamando el derecho a que «cada uno ame a quien se le salga del coño». Hubiera sido apoteósico.

Antes de que anocheciera nos fuimos de vuelta hacia Beget. La anciana, esa señora difícil a la que hasta hacía poco me había sido imposible de conocer sin recibir malas palabras, se había convertido en una mujer agradecida que me daba todo su cariño con solo una mirada.

Estaba siendo el mejor trabajo que había desempeñado en mi vida.

64

Las seis menos cuarto de la madrugada: la hora gris, ese momento en el que no es de día ni de noche. Ese momento que Montse tenía grabado en su mente como la hora de su muerte, como la protagonista de su novela favorita. La hora en la que murió con un gesto de total tranquilidad mientras yo le preparaba la medicación en su cuarto. Solo fue un suspiro y voló con una sonrisa al encuentro de Dolores. Justo fue el día en el que a mí se me acababa el contrato y Ferrer tenía que renovármelo. Parecía que todo lo tuviera planeado y bien colocado, como su ropa, como su moño, como sus manías que ya me parecían adorables.

Algunos científicos han afirmado en diversos estudios que antes de morir podemos experimentar lo que se llama «la mejoría de la muerte», y que tiene una relación directa con un aumento de la endorfina, adrenalina y dopamina generadas por nuestro cerebro como un último recurso para mantener el cuerpo con vida. Las hormonas se disparan y cuando se produce el agotamiento de todas esas reservas el efecto termina y la persona empeora y muere en poco tiempo. Como sanitaria pensé que eso era lo que le había pasado a ella. Como romántica me imaginé que ese día se había sentido pletórica, como si nada le pasase, porque Dolores la había sujetado desde donde estuviera para brindarle una última oportunidad de hacer aquello que deseaba: ver el lugar donde se había sentido llena de amor por última vez, darle las cartas a Erika e irse mientras soñaba plácidamente. No sufrió y lo asumí bien porque se fue con mucha paz.

Hubo un bonito funeral en su casa y con poca gente, como ella hubiera querido.

Aún sonreía al escucharla en mi cabeza diciendo: «Niña, no seas pesada, coño»

65

Carta 11

No sé cómo empezar esta carta. ¿Por el principio? ¿Por el final?

Quizá el principio es algo más fácil, ya lo sabemos las dos: nuestro amor cruzó todas las barreras menos una, la que no quisiste cruzar conmigo para poder avanzar y dejar de escondernos.

Podía haberte perdonado que no vinieras aquel día. El miedo es algo que muchas veces no podemos controlar, pero que te acostases con ese hombre con el único motivo de alejarme de ti fue demasiado. Hay ocasiones en las que una persona sabe cuándo debe de retirarse y ese fue mi caso. Haber vuelto detrás de ti solo hubiera supuesto alargar el dolor, los reproches y la desconfianza que se me había albergado en lo más hondo. Sentí la decepción como un cuchillo con dientes que me rasgaba poco a poco. Y esas palabras de tu carta diciéndome que lo querías… Aunque tú creyeras que así terminarías con todo y que no me harías más daño, al leer aquello ya no pudo caber más dolor dentro de mí. Tanto que un día me encontré a Damián y le dije delante de todos los que pasaban por allí que como algún día te hiciera daño iría a por él y le cortaría el cuello. Vale, me pasé y no debí de hacerlo, pero fue fruto del momento. Él no contestó nada, se limitó a seguir andando y eso acrecentó aún más mi fama de «rara» por este pueblo, pero me dio igual. Ahora se cambia de calle si algún día nos volvemos a cruzar por casualidad.

No lo hiciste bien, pero seguro que tú misma ya te has castigado demasiado con esto y, al final, solo quiero que sepas que mis sentimientos por ti, aunque estuvieran con miles de abrigos de decepción encima, no podían cambiar de un día para otro.

Ahora, con el tiempo, sí que he cicatrizado heridas y ya has pasado a ser un bonito recuerdo que siempre albergaré en mi colección de vivencias maravillosas. Ahora tengo las fuerzas como para contestarte porque entiendo que cada una actuó como creyó que era lo correcto, pero en el fondo entre tú y yo solo existía amor verdadero.

Me alejé por mí y por ti. Me alejé porque así me lo pediste y para darme la oportunidad de poder ser feliz.

Enhorabuena por ese niño que has tenido. Sí, ya había oído rumores en el pueblo, es inevitable viviendo aquí. Una nueva vida siempre es una buena noticia y seguro que ese pequeño tiene a la mejor madre del mundo,

porque te conozco y tienes mucho cariño para ofrecer.

Sé feliz tú también, te lo mereces. No me des las gracias por no contarlo, nunca lo haría a no ser que estuvieras de acuerdo. No ha sido solo mi historia, ha sido de las dos.

Por cierto, claro que he ido cada semana al puente a ver si me habías escrito algo. Pensé que iba a estar haciéndolo toda mi vida porque era el único hilito que me conectaba contigo, por eso te agradezco mucho que te hayas despedido y que esa fuera tu última carta. Te la he dejado en el puente, junto con todas las demás que seguro que ya has visto. Las puse ahí porque cuando pasó todo no quise tenerlas en casa, pero no me atreví a romperlas. Quizá no hice bien porque alguien las podía haber encontrado, aunque es difícil saber quiénes somos, inconscientemente hemos cuidado mucho nuestra forma de escribirnos. Si quieres puedes llevártelas tú. Lo dejo a tu elección.

Me va a costar ir hasta tu casa y dejarte esta en el escondite, pero yo también quiero cerrar el ciclo.

Bajo poco al pueblo, cada vez menos. Al principio era para no encontrarme contigo, pero ahora tengo mucha paz en todo lo que me rodea y solo voy a lo necesario. Aun así, si nos vemos, te saludaré como lo que eres: la persona más importante que ha pasado por mi vida.

Te quise, te quiero y te querré, de la forma que sea.

Tu secreto más preciado.

66

Carta 12

Montse,

Seguro que esta carta te sorprende porque han pasado cincuenta y ocho años desde la última. He tenido que estar un rato contando para darme cuenta de lo mayores que somos.

Las pocas veces que te he visto por el pueblo me he alegrado mucho y he sentido que estaríamos conectadas toda la eternidad, da igual de qué manera. A veces, no importa el contacto, la distancia o lo que la vida te haya deparado, sientes que hay una persona que siempre estará en tu vida, y es lo que me ha pasado contigo. Aún me acuerdo cuando conocí a tu hijo en la cola de aquella frutería que estaba pegada al bar. Era igualito a ti y cuando me acerqué y le atusé el pelo te preguntó: «Mamá, ¿esta señora quién es?». Tú le respondiste: «Es mi persona favorita después de ti». Al cabo de muchos años yo llevaba a mi hija de la mano mientras paseaba por la plaza, tú te acercaste y ella me preguntó lo mismo: «Mamá, ¿esta señora quién es?». Mi respuesta también fue: «Es mi persona favorita después de ti». Después vinieron otro millón de preguntas, porque ella siempre ha sido muy curiosa.

Hoy Erika tiene treinta y ocho años y yo estoy a punto de morir de cáncer. Su padre nos abandonó cuando era niña y, aunque ella tiene novia, siento que pronto se quedará muy sola porque esa chica con la que está no me gusta nada. Va a hacerle daño de un momento a otro, lo sé. La veo muy distinta a ella en algunas cosas y no me cuadran muchos de sus comportamientos. Erika no lo ve, por supuesto, está cegada con ella, pero yo tengo ese sexto sentido de madre y sé que va a destrozarle el corazón.

Montse, acudo a ti, mi segunda persona favorita, para que por favor la cuides. No a ella, porque ya es mayor y es una chica muy trabajadora y buena, sino a su corazón. No sé de qué manera podrás hacerlo, y quizá te pido demasiado, pero asegúrate de que no le hagan daño y de que a su lado tenga a la persona más maravillosa del mundo. Es lo único que se merece.

Por suerte, son otros tiempos y ella vive su amor con libertad sin importarle lo que puedan o no decir en este pueblo, pero mi hija tiene muy mal ojo para las mujeres, no como yo.

Esta carta no es una despedida, así que no quiero que estés triste. Nos

volveremos a ver, sea donde sea, porque las personas favoritas están unidas, aunque estén lejos.

Te quise, te quiero, te querré.

Tu secreto más preciado.

67

Erika

—¿Por qué mi madre nunca me dijo que pensaba eso de Cora? Si se reconciliaron ella y Montse, ¿por qué no intentaron estar juntas?

—Cariño, aunque tu madre te hubiera advertido sobre esa chica tú no la hubieras escuchado. Y si no estaban juntas es porque ya no lo sentían así, al menos Dolores. Se nota que la quería, pero ya no era algo romántico, la quería como persona porque tuvo que olvidarla como amor —me contestó Andrea en aquel banco donde nos sentamos a leer esas dos cartas que nos faltaban. Sus explicaciones me convencieron.

—¿Te das cuenta? —volví a preguntar—. Siempre me has dicho que Montse era una mujer muy difícil y que había echado a todos los enfermeros que su hijo había contratado. Ahora veo claro que era porque ella buscaba a la persona que le gustase para mí. Al fin y al cabo, era su única manera de conocer a gente.

—Tiene sentido. Por eso su manía de pedirme tantos huevos. Era para subir a tu casa una y otra vez. Una y otra vez. Los huevos se le iban a salir por los ojos.

Me reí por su comentario y, al mismo tiempo, mi cabeza era una montaña rusa de emociones y pensamientos con demasiada información que asimilar. Gracias a mi madre y a la anciana había conocido a Andrea.

—Esas dos mujeres tuvieron muy buen gusto eligiendo —afirmé.

—Sí, porque si es por ti te quedas con la desagradable de tu ex novia —bromeó.

Andrea también estaba impactada por el contenido de la última carta. El destino la trajo a trabajar a Beget y la historia de amor que tuvieron dos mujeres hace muchos años la guio, sin ella saberlo, a conocerme.

Lara, Natalia y Sam, que habían venido al funeral de Montse, se acercaron a nosotras y nos dimos todas un abrazo. ¿Qué íbamos a hacer a partir de ese momento?

—Cariño, si ya tienes todo listo nos vamos a casa. ¿Quieres? —le pregunté a mi novia.

—Lo estoy deseando —dijo, y me cogió de la mano.

De camino devolví todas las cartas de Montse a su sitio de siempre: la piedra más oscura a la derecha del puente pequeño. Las dos pensamos que era ahí donde deberían de estar, porque así lo quiso mi madre y así lo quiso la anciana.

Cerramos de esa manera un ciclo para abrir otro: el nuestro.

Epílogo

10 años después

—Échales sal a esas chuletas, que siempre se te quedan sosas —dice Lara.

—Cuando acabe comprobaréis que estoy al nivel de la alta cocina en cuanto a barbacoas —contesta Nat chasqueando los dedos.

—Claro que sí, cariño, nos vamos a chupar hasta los nudillos. —Sam da un beso a sus dos chicas y las agarra por la cintura.

—Mami, yo no tengo hambre y están haciendo cosas raras de comer —grita la niña.

—Para ti hay tortilla —contesto.

Nuestras amigas han venido a comer a casa. Desde que todas viven juntas en Barcelona no nos vemos muy a menudo, pero sí que hacemos videollamadas cada semana, sobre todo desde que tuvimos a Daniela, nuestra hija. A Andrea se le empezó a despertar el instinto maternal y quiso formar una familia conmigo a los dos años de venirse a vivir a la finca. Yo esa idea ya la tenía descartada, sobre todo por mi edad, pero el poder crear una vida nueva a partir del amor de las dos me pareció lo más bonito del mundo, y lo conseguimos. Daniela es una niña preciosa, fantasiosa y, cómo no, preguntona.

—Tía Sam, ¿me das una galleta de chocolate?

—¿No decías que no tenías hambre? Eso pregúntaselo a tus madres.

—Mama, mami, ¿puedo comer galleta?

—No —decimos las dos a la vez.

—¿Y por qué no? A Nico siempre le dan galletas y no pasa nada.

—Lo que le den a Nico da igual. Tú nunca te lo quieres comer todo, Dani, así que si te doy ahora dulce luego no te tomarás la tortilla —le dice Andrea suspirando.

—¿Quién es Nico? Ya le has nombrado varias veces —pregunta Lara.

—Es el hijo del matrimonio que compró el terreno de al lado. Este año acabaron de hacer su casa y viven ahí. Desde entonces, Nico y Dani se han hecho inseparables, tienen la misma edad.

—Chicas, esto ya está listo. —Natalia porta con orgullo en una

bandeja todo lo que ha estado cocinando en la barbacoa.

Nos metemos dentro de casa y retiro de encima de la mesa la L de conductor novel que acaban de darme en la autoescuela. Tomamos asiento, sirvo el agua en todos los vasos, después le hago una carantoña en la mejilla a Andrea y me acerco para besarla. Están nuestras amigas, nuestra hija y somos felices, parece un sueño hecho realidad. Además, ella consiguió trabajo en el centro médico de Beget gracias a la recomendación de Ferrer y le hemos comprado el *quad* a Sam para que pueda ir y venir fácilmente. No nos pueden ir mejor las cosas. En muchas ocasiones, cuando bajamos juntas al pueblo, vamos al puente, comprobamos si están las cartas, miramos los nombres tallados en la corteza del árbol de la plaza y pasamos por la que era la casa de Montse solo para mantener vivo el recuerdo de una historia de amor que nos acabó uniendo a nosotras.

A veces, me da por recordar los tiempos en los que tenía tanto miedo de que esta chica me dejara para volver corriendo a la ciudad y me doy cuenta de lo tonta que fui. Ahora es mucho más de campo que yo y es ella la que da de comer cada día a las gallinas junto con nuestra hija, que ya se ha convertido en toda una experta y nos está bautizando a los nuevos pollitos con nombres de dibujos animados: Elsa, Pato Lucas, Bob Esponja…

—¡Dani, Dani! —gritan desde el exterior.

—¿Quién es? —pregunta Lara levantándose de la mesa y asomándose a la ventana—. Ese niño de pelito largo y liso debe de ser Nico.

—¡Sí, si! Mama, mami, ¿puedo salir un segundo? —Daniela viene corriendo hacia nosotras y en el momento sabemos que la batalla de la comida está perdida.

—Sal, pero no tardes —contesto.

—Menudas pedazo de madrazas que sois —dice Natalia—. Dejad a la niña, está emocionada porque están aquí sus titas.

—Siempre está emocionada —dice Andrea riéndose.

A los diez minutos Daniela vuelve con la boca llena de chocolate, una cara de pilla que no puede con ella y una nota en la mano.

—Nico me ha escrito una carta. Mirad, mirad. —Nos la enseña poniéndola demasiado cerca de nuestros ojos y no logro enfocarla.

—Te ha dado una carta y una galleta, ¿no? A ver qué pone. —Andrea lo coge, me mira y se ríe.

—¿Qué es? ¿Algún juego? —pregunto.

—La saga continua —me dice burlona y yo no entiendo nada.

Nuestra hija se tapa la boca y empieza a saltar. Yo me acerco a Andrea y ella sale corriendo provocándome para que corra detrás. Logro hacerle un placaje en el sofá, le hago cosquillas para arrebatarle el papel y lo leo.

Mi madre dice que si quieres mucho a alguien te puedes enamorar.

Me voy a enamorar de ti, niña de las gallinas.

FIN

Agradecimientos

A Isa siempre, por su apoyo en cada nuevo proyecto, por ser la que disfruta una y otra vez con una sonrisa cada novela antes de que llegue a vosotros, por sus ánimos para conseguir hacer de esto mi profesión y por ser mi seguidora número uno. Te quiero.

A Aly, mi seguidora número dos, porque a ella le cuento las novelas que tengo en mente y siempre me contesta con aplausos, sonrisas y un «¡Pero qué imaginación tienes!». Eres la mejor.

A mamá, por animarme a cumplir mis ilusiones, y a mi hermano porque nunca leerá esta frase. ¿O sí?

A Justin, mi perro, porque es él el que está tumbado a mis pies hora tras hora mientras escribo.

A todas las suscriptoras y a la gente que se interesa por mi trabajo y hace que todo esto siga siendo posible.

A ti, que has llegado hasta aquí en tu lectura y que vas a ir ahora a dejar tu valoración en Amazon para ayudarme a continuar. Gracias.

Acerca del autor

Yolanda Mariscal

Licenciada en periodismo y escritora de vocación. Es madrileña, aunque actualmente vive en Cádiz, ciudad de la que está enamorada y

donde la podrás encontrar haciendo surf o paseando descalza por la playa con la compañía de su perro.
Escribe novela romántica lésbica y le gusta narrar las historias con un estilo fresco y actual, de forma que la lectura enganche de principio a fin. Su primer trabajo, PideUnDeseo, fue un éxito que ayudó a que siguiera su camino en la escritura.
Si quieres saber más sobre ella síguela en Instagram donde publica, entre otras cosas, microrrelatos y textos de su día a día. Además, tiene una web donde podrás suscribirte para ser parte de su comunidad de lectoras y recibir correos donde cuenta sus avances y novedades.
Recientemente ha abierto un canal de YouTube donde muestra su vida en una finca demasiado salvaje y abandonada que quiere ir transformando poco a poco hasta convertirlo en su «finquita de la escritora».

INSTAGRAM: @Yomariscal.escritora

TWITTER: @YoMariscal_

YOUTUBE, TIKTOK: @Lafinquitadelaescritora

www.yolandamariscal.com

Libros de este autor

PideUnDeseo

¿Es posible encontrar el amor a través de un chat?
Me gusta ponerme un nick que sorprenda. Últimamente soy PideUnDeseo, un nombre que da mucho de sí.

Yo las entradas, tú las palomitas

Conoce la historia de Patri, una apasionada de las comedias románticas que solo quería encontrar el amor.
¿Será capaz de dar con su chica perfecta? ¿O esas cosas solo pasan en las películas?
Una comedia erótico-romántica que te sorprenderá.

Mi chica de diciembre

Si no te enamoras no dolerá, pero ¿y si todo cambiara al mirarlo a través del objetivo de tu cámara de fotos?
Un relato romántico que te llevará desde enero hasta diciembre en un recorrido lleno de sentimientos.